



**Ismail
Kadaré**

Tres minutos

**Sobre
el misterio
de la llamada
de Stalin
a Pasternak**

Alianza Lit



Ismaíl Kadaré

Tres minutos

Sobre el misterio de la llamada
de Stalin a Pasternak

Alianza editorial

Ismaíl Kadaré

Tres minutos

Sobre el misterio de la llamada
de Stalin a Pasternak

Traducido del albanés por
María Rocés González

Alianza editorial

Primera parte

La estación se encuentra en la acera de la derecha. El trolebús es el número tres. Continúa por esa calle hasta la plaza Pushkin. Allí está su estatua, como sin duda sabes. *Exegi monumentum*, etcétera. Después gira a la derecha, atraviesa la calle Gorki y, unos pasos más allá, comienza el bulevar Tverskói, que se cruza con ella.

Desde ahí todo es más fácil. A menos de un minuto a pie y en la acera de la derecha tendrás delante la puerta del Instituto Gorki. Te sale ella misma al paso, ¿comprendes? Aunque no quieras, te sale al encuentro... ¿Cómo no voy a querer? Hace años que sueño con venir aquí. ¿Por qué no iba a querer? ¿Por qué? Nunca se sabe. Cuántas veces creemos querer una cosa y, en realidad, no es así.

Oh, no. Me ha costado tanto llegar hasta aquí. Los trolebuses relinchaban como caballos salvajes. Había baches por doquier. Hasta que mis ojos dieron, al fin, con la famosa estatua. Me dirigí, como se me había dicho, hacia su derecha...

¿Qué estatua, muchacho? ¿Desvarías acaso? No hay por aquí ninguna estatua... ¿Cómo que no? La estatua de Pushkin. He pasado a su lado en múltiples ocasiones. Tienes visiones, nunca hubo tal cosa. Ja, ja, si el mundo entero lo sabe: *exegi monumentum*... tú mismo lo has dicho. Un monumento yo alcé... Continúa, joven. Un monumento yo alcé, imposible de erigir con las manos. Es decir, un monumento *nerukotvornyy*. Caíste tú solito en la trampa. Un monumento erigido no con las manos, sino con las almas, dice el poeta. Es decir, un monumento que nadie puede ver, salvo los estúpidos. Como vosotros, los estudiantes del Instituto Gorki.

Nosotros no éramos eso. Vosotros erais aún peores. Cada uno de vosotros soñaba con derribar la estatua del otro para erigir la propia. ¿En el mitin de Pasternak? No era así en absoluto. Era otra cosa. ¿Estuviste en aquel mitin? ¿Bramaste contra él? Jamás. ¿Qué hacías entre tanto, mientras los demás bramaban? Observaba a una chica lacrimosa. Creía que era su sobrina.

¿Regresas al cabo de tantos años para verla de nuevo? ¿Te parece que aún continúa el mitin? Quizá. En realidad, es posible que continúe. Por el griterío lejano, con mayor exactitud que con la placa sobre la puerta, puedes dar con el lugar de la concentración. En Moscú o en Tirana es siempre el mismo griterío que no cesa.

La pesadilla descrita más arriba se repitió durante años de las formas más extrañas. El renqueo de los trolebuses sobre los obstáculos y baches de la calle. El monumento amenazado. Y las lágrimas y Moscú la dulce.

Estaba tan seguro de que acabaría escribiendo sobre ello que en ocasiones hasta me parecía que, entretanto, lo había hecho ya, y que incluso hasta la miriada de letras que habría de necesitar para formar las frases estaban alineadas en su lugar, a la espera.

La frecuencia de los viajes oníricos era la señal más evidente de que el momento se

aproximaba. La confusión y la ausencia de lógica que los caracterizaba no hacía más que aumentar. Ocurría que al trolebús número tres no había modo de convencerlo para que partiera. Se veían obligados a darle latigazos. ¿Desde cuándo?, me decía. Hacía varios años que había abandonado Moscú y era comprensible que muchas cosas hubieran cambiado; sin embargo, que el asunto llegara hasta tener que dar latigazos a los trolebuses, jamás lo hubiese pensado.

En Tirana continuaba la campaña sobre el conocimiento de la vida. Los escritores, casi sin excepción, habían admitido carencias relativas, sobre todo, al conocimiento de los obreros fabriles, por no mencionar las cooperativas agrícolas. Sin mencionárselo a nadie, yo había comenzado entre tanto mi novela sobre Moscú, pero no estaba en absoluto seguro de continuarla. Durante el día me parecía absolutamente imposible, pues era así como el propio Moscú se había vuelto para todos nosotros. Con la ruptura de las relaciones diplomáticas, había perdido toda esperanza de un posible regreso. Sin embargo, durante la noche, sobre todo después de medianoche, las cosas cambiaban. Me dormía con la esperanza de que volvieran a aparecerse precisamente en sueños. Pero ocurría cada vez con menor frecuencia. Y como si no fuera suficiente, su caos seguía densificándose, hasta el punto de impedirme descubrir si semejante caos me dificultaba o me facilitaba el trabajo que tenía en mente.

Era lo segundo, al parecer, lo que estaba ocurriendo. Pero a la inversa de las fábricas y las cooperativas, el Moscú de mi novela tenía la necesidad de lo contrario, del desconocimiento.

En uno de los sueños, apenas atravesé casi reptando la plaza Pushkin, encontré a la mayoría de los estudiantes en el mitin. Lo suponía y, sin embargo, puedo decir que no me sorprendió cuando vi en las pancartas mi propio nombre. E inmediatamente después comencé a oír cada vez más nítidos los alaridos contra mí.

Entre los estudiantes se hallaban algunos de los compañeros de curso. Petros Anteo no sabía hacia dónde mirar, mientras que el letón Stulpanz, mi íntimo amigo, se llevaba las manos a la cabeza.

Te ha llamado por teléfono el gran jefe de Tirana, gritó un encolerizado bielorruso. Ese, vuestro Stalin, no recuerdo su nombre.

Afirmé con la cabeza, pero él no se apaciguó.

¿Cuántas versiones hay de su llamada telefónica?

No lo recuerdo con certeza, aunque me parece, sin embargo, que debieron de ser tres o cuatro, no más, pero no me dio tiempo a adivinarlo porque me desperté.

La llamada telefónica de Enver Hoxha se había producido realmente tiempo atrás. Era mediodía, me encontraba como de costumbre en la Liga de Escritores cuando el segundo jefe de redacción del semanario *Drita* me pasó el teléfono diciéndome que alguien me llamaba.

Soy Haxhi Kroi, dijo la voz. Va a hablar con usted el camarada Enver.

No conseguí pronunciar palabra alguna, salvo «gracias». Me felicitó por un poema que acababa de publicar en el semanario. Repetí: «Gracias». Me dijo que le había gustado mucho y, mientras les hacía una seña a los presentes para que dejaran de hacer ruido, incapaz de articular ninguna otra palabra, dije «gracias» por tercera vez.

¿A qué se deben esas cuatro «gracias» seguidas?, dijo uno de los redactores. ¿Desde cuándo te has vuelto tan amable?

Sin saber cómo prevenirlos, solo hice otra seña con la mano, que difícilmente cabría

interpretar.

Era Enver Hoxha. Fueron las únicas palabras que conseguí pronunciar al colgar el teléfono.

¿De verdad? ¿Pero cómo? ¿Él mismo?

Sí, les respondí.

¿Pero cómo? ¿Qué te dijo? ¿Y tú? ¿Cómo no le dijiste nada?

Les respondí: no lo sé. Al parecer me pilló de sorpresa.

Les conté lo de su felicitación y ellos manifestaron de nuevo su pesar porque no le hubiera dicho algo más, salvo uno de ellos que me dio la razón, asegurando que en tales casos te atorras...

Idiota, le lancé en mi fuero interno al bielorruso del sueño.

En los días de la campaña contra Pasternak, la llamada telefónica de Stalin relacionada con la detención de Mandelstam se mencionaba como una de las principales razones para denigrar al poeta. Sobre todo la parte de la conversación en la que Stalin le preguntaba qué pensaba de Mandelstam. Se contaban cinco o seis versiones de ella, pero se añadía que existían muchas más y aún peores.

Idiota, volví a insultar al bielorruso, pero sobre todo a mí mismo por soñar tales cosas.

Lo que no me impidió darle vueltas, un buen rato, al hecho de si podía existir o no otra versión.

El camarada Enver hablará con usted... ¿Qué piensa de Mandelstam?... Es decir, de Lasgush Poradeci, o de Pasko, o de Marko que... prisión... es decir, que aunque recién salidos de prisión... podían volver de nuevo a ella... O más fácil, de Agolli, Qiriazzi, Arapi... que... prisión... es decir, que aunque no habían pisado aún la cárcel... En una palabra, ¿qué piensas de ti mismo?

Sobre lo último, es decir, sobre mí mismo, la respuesta podía resultarme más fácil. Yo, como todos, pienso escribir sobre la vida... Pese a una novela inédita, que puede haber supuesto un problema incluso para la camarada N., acerca de la vida estudiantil en Moscú. Si bien todo sucede lejos, a orillas del Báltico, en un lugar llamado Dubulti, en una casa de reposo para escritores.

¿Qué piensa de Pasternak?

La pregunta parecía inesperada, pero no lo era en absoluto. A decir verdad, era la única que no quería que se me hiciera.

¿Pasternak? Nada tenía que ver con él. Solo en una ocasión lo había visto de lejos en Peredélkino. Y si acaso se le menciona en el desarrollo de la novela, tiene que ver con la campaña, telón de fondo de los acontecimientos. Había una allegada suya en el Instituto Gorki. Una estudiante de segundo curso, con los ojos de continuo llenos de lágrimas. Por razones que cabe imaginar.

Estaba dispuesto a extenderme en detalles inútiles con tal de que no llegara la siguiente pregunta, que incluso me parecía peor, la del premio Nobel.

Resultaba fácil decir que la mayoría de estudiantes, mientras bramaban a coro contra él, no soñaban sino con ese mismo premio. Sin embargo, no se trataba de ellos, sino de mí mismo. ¿Se podría decir que no se me había ocurrido nunca? Naturalmente que no. Lo había imaginado a menudo mucho más tarde, mucho tiempo después, cuando se murmuraba que podía estar yo mismo incluido... en aquella lista.

Ajá, de ahí que el estruendoso griterío contra Pasternak sea descrito de forma tan sorprendente y en cualquier caso diferente. Como si no se tratara solo de él, sino de algún otro.

Quizá de ti mismo. Por eso el desasosiego era simultáneamente desagradable y embriagador. Tú, solo, frente a tu país, que te insulta y te grita en plena cara con odio y amor a la vez. Devuelve ese maldito premio, gritan todos los estudiantes, las mujeres embarazadas, los mineros de Tepelena. Mientras que tú, caprichoso indeciso, dubitativo Hamlet, lo acepto o no lo acepto, digamos. Y el patriarca Sterjo Spasse, del mismo modo que Kornéi Chukovski se presentó en la dacha de Pasternak, vendría a ti: te tengo por hijo mío, hoy estoy, mañana no, pero en aras de los recuerdos de Moscú... ¡devuelve ese veneno antes de que sea demasiado tarde!

Afortunadamente, en raras ocasiones vivía situaciones tales. Lo que en mi magín denominaba «andanzas moscovitas nocturnas» escaseaba cada vez que tomaba notas para la novela. Era ella la única que venía prolongándose más de una década. De vez en cuando escribía unas páginas, como si tratara de hacerle la corte. Por demostrarle al menos que no la abandonaba.

Era como mantener un hermoso pájaro, pero muy peligroso, en una jaula. Había momentos en que me enfurecía con él y naturalmente conmigo mismo. La esencia de mi rabia tenía que ver con la obligación que todos ellos (es decir, la novela, yo mismo, ciertos cabellos femeninos, Moscú, el arte) consideraban que yo tenía frente a Dios sabe quién para llevar a término aquel... rito.

En otros momentos, cuando pensaba tranquilamente en el asunto, todo me parecía más natural. No había por qué dramatizar, ni tampoco de qué lamentarse. Y menos calificarlo de obligación o... rito. Era la misma seducción de siempre, esa que algunos llaman «don» y otros «locura» o «demonio», la que me empujaba. La que me dividía el mundo en dos partes: la adecuada al libro, y la otra, la inadecuada. La segunda, comparada con la primera, era infinita. Mientras que la adecuada era demasiado rara. Las señales que emitía eran también nebulosas, enigmáticas, hasta que un buen día las captas sin que te sean completamente desveladas.

Cabía la posibilidad de que Moscú hubiera entrado de repente en la parte adecuada del mundo el día que se convirtió en imposible. Solo habían quedado las angustias nocturnas capaces de reemplazar a los aviones, los visados y los inexistentes aeropuertos. Y excepto ellos, el medio más seguro que podía llevarte allí, donde, como había dicho yo en alguna parte, ni el tanque más temible te conducía, era: la novela.

Que Moscú se hubiera hecho ineludible precisamente en el momento en que se había convertido en el enemigo número uno de Tirana no constituía ninguna sorpresa. Lo asombroso podía proceder de Pasternak. ¿Qué pintaba él en la ciudad que acababa de formar parte de mi reino? Entre los cabellos juveniles y las cartas en las que aún seguía escrito: «tú has dicho que regresarás».

En una palabra, ¿podía escribir sobre todo ello sin Pasternak? Cada cual a lo suyo. ¿Él con sus graves reveses y yo con mi salga lo que saliere estudiantil?

Cuanto más trataba de convencerme a mí mismo de que no resultaría difícil, tanto más me lo parecía. Hasta que comprendí que era imposible. Él había estado allí... cuando todo ocurrió... Más exactamente... yo me encontraba... allí. Y no cabía decir que nada tenía que ver con él. Todos teníamos que ver con él. Y tendríamos que ver por siempre por cuanto pertenecíamos al mismo clan, el de los escritores.

La cuestión del clan había sido uno de los enigmas que era incapaz de descifrar en la niñez.

Ante mi insistente pregunta de por qué ciertas personas eran primos nuestros y otras no, la abuela, tras evitar varias veces darme respuesta, me había dicho que eso lo decidía Dios, pero que no debía contárselo a nadie.

No me convenció. Me parecía injusto que estuviéramos obligados a tener por prima a la encorvada tía Bakushe y no, por ejemplo, a Laura Mezini, la hermosa estudiante de instituto que se contoneaba tan grácilmente al caminar.

¿Qué piensas tú de Mandelstam?

La respuesta de Borís Pasternak: «Nosotros somos distintos, camarada Stalin», se mentaba cada vez más frecuentemente como demostración de haber dejado tirado en el lodo al compañero.

¿Qué pensaba yo de Pasternak?

La respuesta: «nosotros somos distintos» podía articularla con mayor facilidad, porque eso es lo que parecía, otra nación, Estado, época, religión, igualmente. Y sobre todo la lengua.

Sin embargo, éramos parientes. Y ello era absolutamente inalterable. Moscú se había vuelto ineludible desde el día que se había convertido en adecuado para el arte. En consecuencia, a Pasternak lo hacía ineludible el demonio de la parentela artística.

Sin poder evitarlo, me encontraba entre él y el Estado comunista. Con el poeta contra el Estado, pues. O con el Estado contra el poeta. O neutral, con ninguno de los dos.

Había ocurrido entre tanto algo increíble: la posibilidad de posicionarse contra el Estado soviético no se excluía. Pero jamás en el caso de Pasternak. Jamás de los jamases. Desde la perspectiva albanesa, el Estado soviético demostró una vez más ser atroz, pero no por comportarse mal con el poeta, sino por haberse portado con él demasiado... ¡blando!

En una asamblea imaginaria del conjunto del campo socialista, aún sin fracturar, tras las palabras: «camaradas, Estados, países hermanos comunistas», nos ha surgido un gran problema con uno de nuestros poetas, acariciado por la burguesía mundial; aconsejarnos qué debemos hacer con él. Estaba seguro de que al menos dos Estados, mi Albania y Corea del Norte, responderían los primeros: ¿qué hacer? Ya se sabe. Lo que hemos hecho siempre: un tiro en la nuca y se acabó el asunto.

Las circunstancias habían hecho viable la primera e imposible suposición: estar contra el Estado soviético. Pero la otra, la de estar, como exigía la lógica, de parte de Pasternak, era inimaginable.

Contra los dos. Con el uno y contra el otro. Con los dos. Con ninguno. Todas las versiones parecían delirantes. La neutralidad chisporroteaba aquí y allá, pero se extinguía de inmediato. Yo era extranjero y me encontré casualmente con aquel embrollo. Que hicieran lo que les viniera en gana, que se reconciliaran o que se sacaran los ojos el uno al otro. Yo no tenía nada que ver con ellos. Yo era distinto.

Lo único que podía casar con esa clase de pensamiento era una carcajada macabra. No solo no figuraba casualmente en aquella historia, sino que estaba implicado en ella más que nadie. Suponía bastante más que un asunto de parentela. Había de por medio una corona de terror. Allí en Peredélkino, en la planta baja de su dacha, tendido sobre un camastro estrecho, como de soldado, rendía el alma, víctima del premio Nobel, Borís Pasternak. Poco más de medio siglo después de que el premio fuera instituido, el poeta ruso era su primera víctima. Plañirían por él,

como por pocos lo habían hecho, sus allegados, sus hijos, Zinaida Nikolaievna, gentes desconocidas, su amante. Era el mes de mayo, aún me encontraba en Moscú y presentía, si bien turbiamente, la futura y enigmática ligazón con él.

Los años pasaban. Y lejos de que aquella ligazón se ensombreciera, ocurría lo contrario. Iba más allá de todo, incluyendo mi propia voluntad.

Durante un tiempo no tuve claro si eran los cabellos y los ojos de las jóvenes moscovitas los que me conducían a Pasternak, o si era él quien me conducía a ellas.

Era esta una historia plagada de imposibilidades. Imposibilidad de contemplar de nuevo aquellos ojos y aquellos cabellos que había filmado con tanta alegría. Pero eso era lo de menos frente a otra infinita y aciaga imposibilidad. Al abandonar el campo socialista, caímos en el engaño de que tarde o temprano le diríamos adiós a aquel mundo. Mas, entre tanto, las señales indicaban lo contrario. Cuanto más tiempo pasaba, más imposible parecía la separación. Y la triste historia de Pasternak no era sino otro de los numerosos testimonios. Moscú y Tirana estaban a punto de prenderse fuego la una a la otra, pero cuando se trataba del escritor maldito, compartían la misma opinión y el mismo decreto: la fama, buena o mala, la tenéis aquí, en nuestro mundo. Mejor será que os olvidéis de ese otro mundo. Nada, salvo veneno y duelo, procede de él.

Yo había editado, sin embargo, al otro lado y todavía no me había alcanzado ningún mal. Lo mismo le había ocurrido a Pasternak antes del escándalo. Moscú había recibido en silencio la publicación de *El doctor Zhivago*. Mas, si teníamos algo en común, era en lo referente a su parte silenciosa. De la otra, la ensordecedora, no se sabía aún.

Había escrito una parte de la novela sobre mis años de Moscú cuando surgieron los primeros rumores sobre Estocolmo. Un nuevo misterio hacía refulgir en ocasiones las páginas de la novela, oscureciéndolas en otras.

Había creído que los rumores serían suficientes para que el deseo de continuar la novela se extinguiera por sí mismo. Que bastaría con el refrán de no mentar la soga en casa del ahorcado. Sin embargo, no había sucedido así. No había sucedido ni siquiera cuando mi nombre apareció en la lista de candidatos al premio.

Como para probarme a mí mismo, abrí las notas de la novela y, en lugar de sentir terror ante ellas, con la misma mano que creí se iba a quedar petrificada en un instante, añadí algo. Al principio unas líneas, después páginas enteras. La amenaza de que no debía ni siquiera imaginarme la fama en el mundo de allá, junto con la certeza de que todos nosotros no éramos sino presos en libertad condicional, no me parecían impedimentos.

Podía rememorar cualquier cosa de Moscú, incluso los cabellos y las lágrimas y hasta los pechos femeninos, tan raros en las letras albanesas, mientras que el recuerdo de Pasternak resultaba ilícito. Encontrarse en la lista del Nobel significaba ser estigmatizado por su parte peligrosa. Me había caído en suerte revivir su calvario ulterior, interrumpido, en su caso, por la muerte. Lo quisiera o no, yo era el actor obligado a interpretar aquel papel. En calidad de tal, me parecía normal que los demás pudieran olvidarlo, pero yo no. Mas había otros días en los que, lógicamente, me parecía todo lo contrario: todos los demás podían permitirse hablar de él, salvo una persona, es decir, salvo yo mismo.

Entre tanto, de vez en cuando despuntaba un tercer tiempo, el de la literatura, muy parecido a los sueños, donde las tribulaciones y los posibles peligros palidecían, tanto que se volvían una

suerte de garabatos que se quedaban fuera de mí.

En ese tercer tiempo había hecho, entre otras cosas, algo extraño, sin sentido y totalmente increíble: había terminado la novela imposible.

Mis tribulaciones, esas que me gustaba llamar «angustia», consideradas desde lo más hondo, no parecían haber sido tan dramáticas. Eran ante todo un juego del que podía salirme cuando quisiera, lo mismo que se sale de la pesadilla, en la que el terror, por eterno que parezca, lleva la marca de la falsedad.

En contadas ocasiones, cuando el pensamiento, por causas sobradamente conocidas, no gozaba del derecho a mantenerse por más tiempo, me parecía asimismo que yo portaba en mi interior algo equiparable: mi propio terror amenazante. Qué era ese terror, cuándo podría servirme de él y contra quién, no era capaz de desentrañarlo.

La novela era la prueba de toda aquella alucinación. Estaba ante mí, tangible y hermosa. Bastó esto último para que la considerara terminada. Así era, estaba, pues, completa, o dicho en otras palabras, acabada.

Automáticamente me imaginé, decenas de siglos atrás y en el antiguo teatro de la Acrópolis, el instante en el que hay que contener la respiración, ese en el que la mujer de Agamenón le da la bienvenida y halaga al esposo, a quien poco después habrá de matar, pronunciando la frase de doble sentido: «Tú que eres un hombre consumado».

Según yo, también mi novela estaba consumada, es decir, terminada, lo que significaba hermosa y simultáneamente muerta.

Ah, parece una trilogía, dijo el responsable de la casa editora al tomar la carpeta. *¿El puente de los tres arcos?* ¿Es ese el título general o...?

Es el de la primera parte, pero también el de la trilogía.

Cuando recibía un manuscrito, tenía siempre la mala costumbre de hojearlo delante del autor.

La segunda parte será sobre los grandes bajalatos, continuó como si hablara consigo mismo. Muy atrayente, sí, como estructura. Y la tercera será sobre Borís Pasternak... estuvo a punto de gritar sorprendido. Habría querido decirle, ¿por qué no? Acaso porque estaba ya en la lista y no tenía derecho... o justamente porque estaba en ella...

En vez de eso, pensé: ¿cómo demonios se le han ido los ojos al nombre de Pasternak en un manuscrito de seiscientas páginas?

Fue él mismo quien me dio la respuesta.

Sin apartar los ojos del texto, se le escapó una sonrisa. Estoy leyendo el comienzo de un capítulo, dijo entre dientes. Doctor, doctor Zhivago... parece como si Rusia, enferma, necesitara un médico... Hermoso hallazgo.

Ah, me dije, liberado. El deseo de dar explicaciones, extinguido por completo desde el instante en que puse los pies en su despacho, volvió a mí de repente.

Desde hace años deseaba escribir algo sobre mis años estudiantiles en Moscú. Así comenzaba incluso la novela, pero tomando distancia. Ligera, lírica. Una casa de reposo de escritores a orillas del Báltico, cerca de Riga. Hermosos crepúsculos. Partidas de *ping-pong*, una muchacha de nombre Birgita, como se llamaban la mitad de las letonas. Nada hacía presagiar la tempestad de la gran fractura del campo socialista. La que se aproximaba junto con el otoño moscovita. Y que necesitaba al doctor... Zhiv...

Sentí que, contra mi costumbre, hablaba demasiado, como todos los que son cogidos en falta.

En suma, Pasternak aparecía casualmente. Al escuchar su nombre, asintió con la cabeza satisfecho de nuevo. Aquellas cinco o seis líneas eran ciertamente brillantes. No había necesidad de darle más explicaciones sobre el asunto.

Hum, me dije, tratando de imaginar su sorpresa, cuando viera que no eran únicamente cinco o seis líneas, sino casi la mitad de la novela.

Habría querido que la conversación sobre el escritor maldito no se prolongara más.

Así pues, se acercaba el otoño moscovita. En otras palabras, las manidas historias de muchachas, en medio de las cuales tenía lugar el mitin de Pst.

Cierto que había una joven lacrimosa, de segundo curso, que me había llamado la atención durante el mitin. Alguien me dijo que era la sobrina de Pasternak, por lo que no era extraño que tuviera los ojos llenos de lágrimas mientras escuchaba el clamor contra su tío.

Pero igualmente de no ser así, tenía la impresión de que las lágrimas femeninas me afectaban más de lo debido. Incluso me gustaba utilizar como enseña, para explicar una Albania diferente, los dos famosos versos de Pashko Vasa: «Llorad, mujeres, llorad, muchachas, con tan bellos ojos que saben llorar». Pero no como antes, no como la Albania a la luz de los archivos medievales, o la de los documentos del Vaticano, o la de las ideas de Marx, sino bajo otra luminosidad, una explicación, digamos, lacrimosa.

El problema residía en que hacía demasiado tiempo que no sabíamos llorar.

El pensamiento de que hasta el gato comprendería que, ciertamente, hablaba demasiado no conseguía hacerme parar.

La joven que sabía llorar no era en realidad su sobrina, pero eso no cambiaba nada.

Tenía la impresión de que el editor no me prestaba atención, como los que tienen la mente en otra parte.

Quizás también él se sintiera mal. (Doctor, no estoy bien. Doctor Zhivago).

Al parecer, ambos teníamos prisa por separarnos.

De camino, repasaba los pormenores de la conversación tratando de captar si había surgido o no alguna duda acerca del texto. A no ser que yo mismo, con aquellas innecesarias explicaciones, la hubiera suscitado.

Lo que no me impedía seguir repitiéndomelas. Así pues, la joven de las lágrimas no era en realidad la sobrina de Pasternak, sino la hija de su amante, una tal Olga Ivínskaya, una atractiva rubia, en boca de todo el mundo aquellos días, y se comprende por qué.

Era, pues, Irina, una joven de diecinueve años, lo que no solamente no cambiaba en absoluto las cosas, en el buen sentido de la palabra, sino que, quizá, las empeoraba...

Un mes más tarde, cuando volví al despacho de la editorial en busca de respuesta, lo primero que traté de descifrar fue ese famoso entumecimiento, tan familiar a los autores, que se produce cuando los editores mantienen alguna reserva sobre la obra.

Sus ojos, al contrario que la última vez, me evitaban.

Cuando mi mirada descendió hasta sus manos, me pareció que le temblaban ligeramente.

No es posible, me dije. Si en este despacho hubieran de ponerse a temblar los miembros de alguien, solo podrían ser las manos del autor.

Este libro es singular, dijo, mirando hacia su derecha. A continuación, como si hiciera un

descubrimiento añadió: tres obras, tres novelas cortas, se podría decir, o novelas propiamente dichas, unidas por un hilo conductor.

Sí, respondí en voz baja. Un hilo conductor. Incluso en una ocasión se me ocurrió llamarle «tríptico», pero...

Quizá tríptico sería demasiado... pero de todos modos hay un vínculo.

Lo hay, repetí.

Él dijo algo sobre la primera parte, *El puente de los tres arcos*, y sobre todo acerca de la cifra «tres», que anticipaba, como si dijéramos, la estructura del libro.

Precisamente, le respondí. Tres arcos, digamos, simbólicos. Qué tonterías estoy diciendo, pensé.

A continuación, fue él quien pronunció las palabras: «un trío simbólico».

Todavía dedicamos un instante a la palabra «tríptico», mientras que, con cierta falta de celo, como prefería yo mismo creer, pasamos a la segunda parte: el relato sobre la cabeza cortada de Ali de Tepelena, expuesta en el «nicho de la vergüenza» para ser contemplada por la muchedumbre. (Traidor al Estado, infiel, Zhivago).

Jamás habría creído que, cuando pronuncié *El nicho de la vergüenza*, en vez de tratar de que la conversación concluyera lo más rápidamente posible, haría lo imposible para que se prolongara.

La cabeza cortada del visir rebelde expuesta en el centro del Imperio Otomano, bajo la mirada curiosa de los habitantes de la capital. Sus ojos petrificados. Los ojos de la muchedumbre. El terror en medio.

Había sido el profesor Çabej quien, durante un viaje a Estambul, me había explicado el sentido de su nombre otomano: *Ibret Tashé*.

«Aprende del escarmiento». ¡Se parecía tanto a cuanto ocurría en todas partes!

No obstante, curiosamente, no evité la conversación. La cabeza cortada del que ha errado. *Koka që Gabime Bën* (La Cabeza que Errores Comete)... KGB... Estertores, doctor, doctor...

La conversación se iba volviendo peligrosa. Y súbitamente estalló en mi cerebro la pregunta: vale que yo quiera retrasar la conversación sobre la tercera parte, la más delicada, la de la campaña contra Pasternak, pero a él, ¿qué le pasaba?

Él cargaba sobre sus espaldas el mismísimo Estado, lo que resultaba suficiente para que en cualquier caso me enseñara los dientes. Querido amigo, hay aquí ciertas cosas preocupantes. Por lo que es mi obligación devolverte una vez, dos veces, doce veces, si fuera necesario, este texto.

Ahora bien, él continuaba mostrándose temeroso, se diría que aquella lobreguez, por no decir aquella calamidad, no era cosa mía sino de ambos.

Su mano derecha comenzó de nuevo a temblar levemente. Y a su mirada asomaba una especie de súplica, se diría que estábamos ante una inquietud compartida. Se distanciaba, lo mismo que yo, de Pasternak, sin percatarse de que era como pasar de la lluvia al granizo.

Sentía que apenas podía contener el deseo de decirle: ¿qué te preocupa, ay, hombre? Y como ocurre con frecuencia, justo cuando se está en una situación tensa, sin saber cómo recordé algo parecido a un enigma del que se hablaba pocas veces: el terror que sentían ellos de que a nosotros, los autores, nos parecieran terroríficos... los editores.

De algo así me había hablado D. D. (DobleDilaver, como lo llamaban en broma), pero indirectamente. Vosotros, autores, habéis convertido en norma chismorrear de nosotros, pero

raramente sabéis de nuestras inquietudes.

Lo había escuchado con la máxima atención, puesto que se refería a reuniones a puerta cerrada y solo para los leales al Estado, un espacio prohibido al resto. Ellos eran los guardianes que nos vigilaban, por eso sus quejas te recordaban el refrán: se lamenta el jinete de haber perdido los estribos.

Según DobleDilaver, no era así en absoluto. Tras cada libro prohibido llegaba el lacerante examen. La pregunta: ¿cómo no percibiste tú, editor, el veneno que destila el autor?, por fría que pareciera, era muy simple. Similar habría de ser la respuesta: fui un ingenuo, un lerdo, a consecuencia de mi superficial comprensión del marxismo-leninismo. Soy culpable. Que el partido me castigue.

Lo imprevisto podía suceder en la versión contraria, cuando en lugar de «¿por qué no percibiste?», la pregunta fuera «¿por qué percibiste?».

Tras el inevitable desconcierto del primer instante, cuando la pregunta era precisa: «¿por qué percibiste tal cosa?», todo se complicaba. El silencio se hacía más profundo. Las dudas igualmente. ¿Cómo se te ocurrió una interpretación tan suspicaz? ¿Qué estabas pensando cuando exigiste al autor que eliminara todo rastro de celos del sultán y, sobre todo, sus inclinaciones homosexuales? ¿Eh? ¿Acaso hemos de proteger al sultán de Turquía en la actualidad? ¿Eh?

Con cautela nos fuimos alejando de la segunda parte del libro para aproximarnos, lo quisiéramos o no, a la zona de peligro: Moscú. Sin ocultar apenas que la desazón era compartida. Su voz se volvió extrañamente baja cuando comenzó a decirme que en este libro había enfrentadas dos... cosas... o, más exactamente, dos fuerzas, o tendencias, o no sabía cómo llamarlas... En una palabra, el Estado soviético de un lado y frente a él el escritor Borís Pasternak. O, dicho de otro modo, el escritor Pasternak y contra él el Estado soviético. Lo especial, en este caso, era que ambas partes, el Estado y el escritor, eran igualmente condenables. Por no decir que el uno era peor que el otro. Mientras que tú, como autor, y nosotros contigo no estamos con ninguno de los dos. Nosotros estamos, como si dijéramos, ni, ni. En fin, nos da igual que esos dos se saquen los ojos.

Ni, ni, me repetí, bastante sorprendido de aquel modo de hablar.

En realidad, era poco más o menos lo que yo había pensado cuando tramé el modo de legitimar la obra. Yo era un simple testigo. Me encontraba allí cuando todo había sucedido y no había sido cosa mía mezclarme en nada.

Normalmente, la neutralidad no era aconsejable, y, además, puesto que mi nombre había sido mencionado en aquella maldita murmuración, mi neutralidad podía resultar muy poco convincente.

Ni, ni, pensé de nuevo, con cierta calma. Él me miró por primera vez a los ojos, antes de continuar con la explicación. Con el Estado soviético, como si el cielo y la tierra se hundan, imposible, imposible estar. Eso es sabido. Pero, vaya, tampoco con el escritor.

No era capaz de interpretar a dónde quería llegar, o simplemente me decía a mí mismo que, sin pretenderlo (naturalmente, sin pretenderlo), me había puesto de parte del escritor.

Con el Estado soviético jamás, continuo, balanceando la cabeza como los que dicen «¡ayayay!»... Sobre todo porque en los últimos tiempos se oyen rumores de algunas nostalgias del tipo: ah, cómo echo de menos aquellas canciones rusas... etcétera, rumores de esos que se difunden en vísperas del descubrimiento de algún complot. Quizá había oído hablar de una

detención en los últimos tiempos, precisamente en la casa editora.

Nuestras miradas se habían quedado prendidas la una en la otra. He aquí la causa de su prudencia. No me habría extrañado que me dijera: ¿dónde fuiste a buscar este tema, precisamente ahora? O peor: ¿por qué me ha tocado a mí?

En lugar de eso, continuó hablando contra Pasternak.

El Estado soviético se merecía arder, pero, indudablemente, también Pasternak resultaba intolerable. De ninguna manera, no, repitió por tercera vez sin quitarme los ojos de encima.

Por supuesto, le respondí. No creo que en mi libro haya la menor señal de tal cosa.

No quería decir eso, me cortó. De ninguna manera, nadie debe hacerlo. ¡Una y mil veces no!

Le dije que quizá un enfrentamiento de tal calibre podía suscitar automáticamente cierta sensibilidad o cierta pena hacia el hombre aislado.

Precisamente, estuvo a punto de gritar. Te encuentras solo. Te insulta una sexta parte del globo, como has descrito. Incluso más, quizá medio mundo, y tú guardas silencio.

Precisamente... Tú guardas silencio... Y ello resulta bastante tenebroso, sin la menor esperanza. Y tú sientes que los ojos de la muchedumbre no se despegan de ti: una parte con odio, otra con desprecio, aquí y allá con ternura... Entre tanto, a nadie se le puede ocurrir que en medio de aquella negrura, tú, es decir, Pasternak... es decir, cualquiera que sufra su misma suerte... pueda experimentar un fenómeno muy extraño, el de la mezcla sin par de la oscuridad y el resplandor: la ebriedad de la caída.

Suspiras en tu fuero interno: insulta, pueblo salvaje, descerebrado, y, de pronto, para tu sorpresa, como al atrapar la esencia de un misterio que a nadie estaba permitido desvelar, se adueña de ti un enfermizo respeto hacia él.

Lo habías visto vitoreando, muerto de risa en los mítines festivos, y de golpe se te apareció distinto, lúgubre y amenazador, y tú suspiraste de nuevo: insulta, echa espuma por la boca, un día me agradecerás, tal vez, que te haya dado esta oportunidad.

Pese al intento de alargarnos un poco más en la parte ligera de la novela: las orillas del mar Báltico, la caída del ocaso, las partidas de *ping-pong*, la mirada abstraída de la joven siguiendo el vaivén de la bola, nada podía detener la aproximación del sombrío otoño moscovita.

Casi podía sentir, en medio del silencio, cómo iban pasando las hojas. Hojeó las de la parte de la agonía, doctor, doctor... de Rusia, pero contrariamente a la vez anterior no mostró el menor entusiasmo.

Aguanta un poco más, rogué a lo que en mi fuero interno imaginaba como una máscara protectora. Después me consolé a mí mismo: al menos no ha dicho nada malo.

A continuación venían las noches delirantes, aquellas en las que los escritores, borrachos, contaban las tramas de sus obras y lo del mongol que se había arrojado desde la cuarta planta.

¿Qué pensaba de aquella muchacha con los ojos llenos de lágrimas?

¿Qué?, dijo él.

La que yo había creído que era la sobrina de Pasternak y en realidad era la hija de su amante.

Balanceó la cabeza en señal afirmativa. Era la tercera vez que se lo decía, y hasta recordaba su nombre, Irina, pero a mí me daba igual parecer un desmemoriado. Había creído de nuevo que aquella descripción podía ser la tabla de salvación, y no tenía pensado darle de lado tan fácilmente. Se trataba, pues, de lágrimas de muchacha y de una atmósfera de aleteo, como al comienzo de la novela. Dicho con brevedad, de una historia de recuerdos.

Se llamaba ciertamente así, Irina, y como si no bastara el embrollo de su madre con Pasternak, ella misma era la prometida de un francés.

Ajá, exclamó, con cierta sorpresa. Sin embargo, no recordaba ese detalle en la novela, y le aclaré que no me extendí a ese respecto para no recargar el libro.

Volvió a exclamar «ajá» de un modo tan distraído que me resultó ofensivo.

Así le llamábamos nosotros, «el prometido francés», *frantsuzskiy zhenikh*, continué insistiendo con terquedad. En aquella época, los compromisos con extranjeros no suponían ningún ¡ayayay! Llegabas al aeropuerto de Tirana y en la aduana, mientras declarabas el magnetófono o el televisor traídos de Moscú, señalabas hacia la joven desconocida que estaba a tu lado: en cuanto a ella, es mi prometida.

Algo he oído al respecto, dijo él. Hoy parece imposible, continué yo, pero en aquella época era realmente así, incluso cuando la joven venía con un pequeñín en brazos. Divertido, ¿no?

Él me respondió con una mirada del tipo: cierto, así es, divertido, mientras que yo esperaba que añadiera un tonante «pero».

Mas, en realidad, aquello solo era aplicable a nosotros, los chicos del Este, es decir, los del campo socialista. Mientras que para los demás, los occidentales, las cosas eran diferentes. De modo que «el prometido francés» de Irina no suponía una rareza insignificante.

Está claro, dijo él, sin disimular una cierta impaciencia. Al parecer, su atrevimiento de actor retornaba a él.

Irina, pese a sus ojos llenos de lágrimas, no había sopesado los primeros días la verdadera envergadura del escándalo. Incluso, como contaba Dalia Epschteiks, una de sus compañeras, a quien le gustaba bromear con los jóvenes bálticos de nuestro curso, fue precisamente Irina la que le había narrado una escena grotesca en el trolebús, donde una mujer despotricando contra el revisor le había gritado: ¿por qué la tomas conmigo? No soy ninguna piltrafa yo, te has enterado, no soy ninguna *zhivaga*.

Mira, mira, indicó el editor, sin despegar los ojos de las páginas que continuaba hojeando, al margen de las cuales, había escrito, sin duda, las anotaciones.

Allí continuaba la gran afrenta planetaria.

Tras el silencio de rigor, musitó: hum. Después añadió: pero tampoco este Pasternak, en fin, parece tener nada de ángel.

Recordé de nuevo la célebre llamada telefónica de Stalin. De todas las taras que se atribuían a Pasternak, aquella llamada telefónica y sobre todo la frase «nosotros somos distintos, camarada Stalin», dejaba la peor de las impresiones.

Espera a que te diga: podías haber mencionado aquel diálogo, pero de pronto recordé que tanto Mandelstam como Anna Ajmátova e incluso Ernest Koliqi estaban en la lista de nombres prohibidos en Albania, lo que con toda seguridad el editor sabía.

No es en absoluto un ángel, continuó, y yo esperé que dijera que no estaría mal que ese aspecto se acentuase, a fin de replicarle: pero dónde poner más el acento cuando insultos como aquellos jamás se habían visto en el mundo. Y él podía añadir que era cierto, pero que parecía, vaya, que me burlaba un tanto de esos insultos... por lo que no quedaba demasiado claro cómo debía tomarse.

Por fortuna, no se metió en ese embrollo. Movía de vez en cuando los labios como diciendo: «¡uy, uy, uy, vaya con esto!», sin ir más lejos.

Los insultos proseguían como si fuera el fin del mundo. Pero todo se estaba yendo al garete y cada cual tenía derecho a pensar únicamente en salvar su propia cabeza.

De sopetón, la pregunta de si él sabía o no que yo estaba también en la maldita lista me estalló cegadora de nuevo en el cerebro. Junto con la idea de que el quid de la cuestión, antes de atañer a escritores espías o a la mención del *Infierno* de Dante, tenía que ver conmigo mismo: ¿me comparaba o no me comparaba yo mismo con Pasternak?

¡Nosotros somos distintos, camarada Stalin!

Me estaba invadiendo una especie de indiferencia, señal de un cansancio nada habitual. Ya pasó también esa parte, me decía, mientras él seguía hojeando el texto, y sin saber con certeza qué es lo que llevaba revisado y lo que no.

Pero al fin, la tortura concluía. Él cerró la carpeta, diciendo más o menos estas palabras: nosotros hemos terminado. Ahora a esperar lo que digan los demás.

Cabía imaginar a los demás, pero no exactamente. La oficina del Comité Central, y otras oficinas cuya existencia tal vez no conocía nadie. Solo el jefe del editor. Y, con seguridad, el jefe del jefe. Por encima del cual podía haber otro jefe.

Abandoné el despacho con un extraño alivio que, sin embargo, sentía como entumecido. Pensaba que quizás fuera mejor no saber con exactitud cómo eran las cosas. Al fin y al cabo, aquel tormento había terminado. Y el alivio, fuera como fuese, suponía lo que significaba en sí la palabra misma: alivio.

Al contrario que en ocasiones anteriores, en las que el plazo para que se tomara la decisión definitiva sobre la publicación siempre me resultaba interminable, en esta ocasión no era así. Se podría decir que íntimamente estaba deseando que se prolongara.

De vez en cuando pensaba en el manuscrito, pero sin impaciencia. Los fiscales trabajan, me decía. La denominación «fiscales» englobaba, curiosamente, a cuantos pudieran ocuparse de la novela.

Cuando el editor me llamó, finalmente, por teléfono, estuve a punto de decirle: ¿tan pronto?

Como si hubiera adivinado mi pensamiento, añadió: ha estado bastante libre la imprenta las últimas semanas. De modo que tu libro ha tenido suerte.

Ah, ¿ya ha salido?, pregunté atónito.

Ha salido, claro, respondió, sin ocultar su satisfacción. Hacia el mediodía podía pasarme a recoger el primer ejemplar.

Volví a repetir «ah», pero me contuve para no decirle, medio en broma, que esta vez los fiscales se habían mostrado diligentes.

Fue lo que le dije, no obstante, apenas nos encontramos.

Me miró un tanto sorprendido.

¿Qué fiscales?, dijo. Los fiscales lo verán ahora, una vez impreso.

Ajá, es decir, que aún no se ha terminado...

Los fiscales intervienen rara vez, dijo. En caso de vulneración de las leyes. A decir verdad, ni siquiera yo lo tengo claro... Pero tú olvídate. Felicidades por el libro.

Tomé el libro, mas no sin cierta turbación. El sentimiento resultaba familiar, pero completamente distinto a lo que todo el mundo se imagina. En absoluto agradable, al revés. Algo frío, casi amenazador, emanaba del libro. Se diría que no había salido de uno. Se diría que tras

transformarse en letra impresa se había alienado.

Mientras lo observaba, el primer impulso defensivo fue la interrupción de la publicación.

El pensamiento, como ocurre en los momentos de pánico, se inclinaba hacia lo imposible: el retorno del libro a su fase de manuscrito y desde ella a su fase de preescritura.

De ahí a la situación surrealista: yo narrando oralmente la historia de Pasternak como un rapsoda épico de las montañas, no había más que un paso.

Emerge en Estocolmo el negro bajloz¹...

Por ingenua o infantil que pudiera parecer esta antigua fábula, ello no me impedía continuarla bien al estilo de los rapsodas del norte, bien al de los cantores de mi tierra natal.

*Álzate Maxim Gorki de la fosa,
pues Moscú con el zar se desposa.*

Vuelve en ti, me dije. Y en lugar de chifladuras, harías mejor ocupándote de lo esencial... De lo esencial. Es fácil de decir, pero ve en busca de lo esencial. Eso... lo esencial... que ahora había aflorado y ya no podía retornar a su ser.

*Fue Zinaida, al escucharlo,
que afligida rompió en llanto.*

En lugar de decirme «¡basta!», cambié el nombre de la mujer de Pasternak por el de Irina, la lacrimosa... E incluso en una ocasión por el de Helena...

El editor no despegaba de mí los ojos mientras yo hojeaba el libro como si buscara algo. Ahora que lo miraba con otros ojos, la primera parte, aquel bendito comienzo con partidas de *ping-pong* a orillas del Báltico, me parecía demasiado corta. Mientras que la parte del *Infierno* de Dante, por el contrario, resultaba interminable. Habría podido evitar aquella endiablada comparación entre las plantas del Instituto y los círculos dantescos, pensé. Sobre todo la mención de los escritores espías... La examinaba con cierto pasmo, como si no la hubiera escrito yo mismo. Yo, de acuerdo, pero este idiota de editor podía haberse dado cuenta, pensé. Por no hablar de los fiscales.

Dejé de pasar las hojas para preguntarle cómo iba lo de las detenciones en la casa editora.

Va mal, respondió. La investigación se está profundizando cada vez más.

Los fiscales deben de tener mucho trabajo, dije en tono aparentemente displicente.

Eh, exclamó, dándome a entender que, tras el descubrimiento de los complots en el ejército y en la economía, se esperaban otros más. De modo que cabría decir que nadie podía sentirse tranquilo.

Así que es eso, me dije. Que cada cual pensara en salvar su propia cabeza, vale, pero que lo dijera el tipo que tenía delante resultaba inesperado. Extrañamente, no evitaba los temas delicados. Se esperan complots donde ni siquiera quepa imaginar, siguió. Tras el petróleo, por ejemplo, podrían descubrirse en el cromo. Ajá. ¿Y otros instigados desde el extranjero, digamos, por los soviéticos?

Esos serán los que hayan de ser, dijo, dando a entender que algo sabía pero que no podía decir

ni una palabra más.

Ajá, pensé, quizá sea esta la razón por la que los fiscales no sepan ni ellos mismos dónde tienen la cabeza.

Bajó la voz: desde ese punto de vista tu novela sale en el momento oportuno. Una ducha fría semejante contra Moscú no había aparecido nunca en literatura.

¿Ah, sí?, respondí bastante sorprendido.

Bajó aún más la voz. El filosovietismo está de capa caída en los últimos tiempos, continuó. Pero los nuestros, los de aquí, hagan lo que hagan, no despegan la mente de allí. Suspiran por Moscú, por el invierno ruso y por todas esas cosas de las que tú sabes más que yo. Mientras que esta novela les dice a todos ¡alto! Es otro Moscú el que aparece aquí.

Claro, otro, le respondí. Otro absolutamente. No obstante, los escritores espías debí evitarlos, pensé. No por nada, sino porque se parecen mucho a los nuestros. Ciertamente, si de similitudes se trata, son muchas las cosas que se parecen, por no decir todas. Y es comprensible, hemos pertenecido demasiado tiempo a la misma familia. Con las mismas costumbres o manías, llámalas como quieras.

Este pensamiento tenía la facultad de tranquilizarme. Incluso, cuando se trataba de parecido o de imitación, se podía decir que las dos partes tomaban el equivalente la una de la otra. Por no decir que era posible que las peores cosas Moscú las tomara... de Tirana.

El acelerado ritmo de los pensamientos me ayudaba, posiblemente, a hojear a toda velocidad el libro. Salvo los espías, sentía que estaba hojeando otras partes peligrosas, mas ahora tenía la impresión de haberme acostumbrado a ellas.

Que se parezcan lo que les dé la gana, estuve a punto de gritar en voz alta. Lo esencial era... Lo principal era que yo no me pareciera.

Que yo no me parezca, me repetí a mí mismo. Ni a Pasternak ni a nadie.

Y pues, yo no... Por más que les reconcomiera, no me llegaban a decir que me parecía. Ni a él ni a ninguno.

Yo era distinto, camarada Stalin. Diferente de Ajmátova, de Nadiezhda Mandelstam, es decir, de su marido y sobre todo de Pst. Y en cuanto a la lista, que la agitaran cuanto quisieran. Las listas las puede confeccionar cualquiera sobre cualquier cosa.

De repente, antes incluso de tenerlo claro, sentí que algo desactivaba mi furor. ¿Una palabra del editor o una sonrisa irónica suya, mientras observaba con qué brío pasaba yo las páginas casi arrancándolas? Era algo peor. La ironía provenía del propio libro. De una de sus frases. Estaba agazapada allí, en medio del cuarto capítulo, emboscada. Quise hacer como si no me hubiera dado cuenta y seguir adelante, pero no pude. Era la carta de una joven rusa que el mismísimo demonio me había empujado a publicar. Se trataba de una P. D., una posdata al final de la carta. «Ayer la radio estuvo hablando todo el día de cierto escritor que ha traicionado y yo me acordé de ti».

Me quedé de piedra. Aquel terror, que por encima de todo intenté que no se percibiera, lo había evidenciado yo mismo como un imbécil y por mi propia mano. Me había convertido, pues, en lo mismo que Pasternak, en el escritor que había traicionado, y estábamos en 1976, el segundo año en que yo figuraba en la misma lista que él. Y la declaración no la había hecho ningún provocador burgués, sino mi amante moscovita, una de esas jóvenes que se distinguen por la dulzura de sus acariciantes palabras: «mi pequeño traidor», deja que te insulten el pueblo ruso e

incluso el albanés, tú me tienes a mí...

Oh, calamidad, me dije. Me llamé a mí mismo imbécil de nuevo, y a ella ¡cállate, *moya blyad*!, y por vez primera en la vida estuve a punto de bufar, usando esa palabra contra el arte.

No era necesario continuar hojeando, pues la deslealtad del libro quedaba patente. Toda la lobrete de Moscú, con los espías y los círculos del infierno y la epidemia de cólera, minuciosamente descrita en las últimas páginas, era automáticamente trasladable a Tirana.

¿Qué me has hecho?, les dije simultáneamente a la muchacha de la carta y a mi propio arte. Entre tanto, desde las páginas del libro asomaba un desafío, un «salga lo que salga» despreocupado y tozudo. ¡Detenme si te atreves! En tu mano está.

Durante un instante, mi mirada pareció estar atrapada en una trampa suspendida en el espacio. Estaba en mi mano, es cierto, detener aquel milagro de mal agüero. Bastaba con decirle al editor que revisaría el libro de nuevo para introducirle algunas mejoras. Incluso a mi costa...

Quieres detener la novela, pero, ay, no te atreves.

Solo necesité un breve instante para comprender que no lo haría.

Jamás, me dije. Jamás de los jamases.

Repentinamente, vinieron a mi mente las últimas páginas, las del epílogo, en las que, como si no bastara la desolación de la epidemia, yo mismo, personaje difunto ahora, atravesaba Moscú sobre un caballo, junto con la muchacha de la carta, a la que acababa de llamar *blyad*, es decir, puta, y que era la misma. La misma justamente por la que yo me había alzado de la tumba, por haberle dado mi *besa*², como en una balada ancestral que llevaba años queriendo escribir y no escribía.

Sentía que aquel cansancio de muerte me invadía de nuevo. Repasé mentalmente el epílogo del libro y en vez de proporcionarme una razón suplementaria para suspender su publicación, me indujo a pensar que si había algo que perfeccionar, es decir, algo por lo que padecer, sería una suerte padecer por culpa de aquel milagro.

La ebriedad de la caída había vuelto a mí con más fuerza que nunca. Y con ella habían vuelto las palabras de doble sentido sobre el hombre consumado, es decir, perfecto y a la vez muerto, tal como había denominado una mujer a su esposo, justo antes de asesinarlo, dos mil quinientos años antes en el teatro de la Acrópolis.

Aquel epílogo los contenía a ambos, el perfeccionamiento y la muerte, mientras que un destino semejante quedaba, en ocasiones, supeditado a las condiciones que imponía el arte: no podía ser perfecto sin ser acabado.

1. *Bajloz* o *baloz*: descomunal y feroz figura mitológica, procedente del extranjero, surgida del mar para cometer atrocidades; impone gravámenes y tributos (incluso humanos), oprime, holla el territorio, mata. Antiguamente nombraba al embajador, al enviado de un Estado extranjero, seguramente por el bailo o embajador veneciano. [*N. de la T.*]

2. *Besa*: precepto fundamental del derecho consuetudinario albanés; ley, palabra de honor, palabra dada, protección jurada. [*N. de la T.*].

Segunda parte

Pasternak. Punto. com. Y así sucesivamente. Ósip Mandelstam. Irina Emelianova. Iósif Stalin. Punto. com. ! Anna Ajmátova. Nikolái Bujarin. Nadiezhda Mandelstam. Olga Ivínskaya. Georges Nivat. Zinaida Nikolaievna. Anne Nivat. Café Saint-Claude. (Poco probable entre tanto). Peredélkino. Punto. com.

Increíble.

Resulta fácil de decir, pero jamás cabrá medir su envergadura. Lo increíble era tanto el tiempo transcurrido como el propio año 2015 en un café de París, por no decir que lo más inaudito era la hora, la hora del mediodía en un pequeño restaurante de la calle Monsieur-le-Prince, detrás de nuestra casa, donde Helena e Irina Emelianova me esperaban para comer.

(¿Ves a esa muchacha de ojos tristes? Etcétera, etcétera). Era precisamente ella, tal como la había evocado en la novela de antaño.

Ya había resultado increíble tiempo atrás, *neveroyatny*, cuando en nuestra vivienda del número 63 del bulevar Saint Michel se presentó por vez primera la Irina de los años moscovitas.

Las palabras «no me puedo creer lo ven mis ojos» las pronuncié en francés, en ruso y en albanés, y no me habría extrañado que ella se hubiera pasado la palma de la mano por los ojos para limpiarse, al fin, después de tanto tiempo, sus hermosas lágrimas del pasado siglo.

¿Irina, puedes imaginarte qué estoy a punto de escribir? Esperaba que Helena le hubiera contado ya que volvería a escribir sobre Pasternak, pero en esta ocasión únicamente sobre tres minutos de su vida.

Si Helena no se lo hubiese comentado para evitar que Irina sintiera, siquiera levemente, una primera decepción, (¿por qué tan poco en ese retorno a Pasternak?), debería aclararle que se trataba de los tres minutos de la famosa llamada telefónica de Stalin... Y si la incomodidad continuaba (¿por qué has elegido, precisamente, esos tres minutos?), trataría de explicarle las razones...

Tras un instante de agobio porque no conseguía calcular cuántos minutos habían supuesto los setenta años de vida de Pasternak (unas veces me salían treinta millones y otras cuarenta), me puse a pensar en cómo explicarle aquella manía mía: homenaje, siquiera sesgado, a uno de los dos interlocutores telefónicos, Pasternak o, Dios nos asista, Stalin. O un misterio relacionado quizá con uno de ellos. Con los dos, tal vez. Por no decir conmigo mismo. O, por el contrario, con ninguno de nosotros.

En cualquier caso, no lo conseguí atrapar. Cuando me parecía que se acercaba, de repente se me iba.

¡Ah, aquellos tres minutos! Habían ocurrido... habían tenido lugar... (¿cómo nombrar tres minutos del lejano año de 1934?). Habían... tenido lugar, pues, una tarde de junio, ochenta años atrás. Y yo había oído hablar de ellos por vez primera a los veintidós años, durante mi primer mes en Moscú. En la vorágine de la tempestad contra Pasternak, eran aquellos tres minutos los

que se mentaban con mayor frecuencia. Había incluso gente que preguntaba: ¿por qué se han recordado precisamente ahora, tras un olvido tan prolongado? Y otra que contestaba que seguramente se recordaban justamente ahora porque era precisamente ahora cuando más convenían para tumbar al poeta.

Las infinitas suposiciones jamás cesaban. Tampoco las preguntas, naturalmente. Retornaban una y otra vez a aquella tarde inolvidable. Se narraban de diferentes maneras. Yo mismo había recogido unas trece versiones, hasta que un día me pregunté: ¿y a ti por qué te atrae tanto ese *tres minutos*?

No había sabido explicármelo, lo que no me impedía volver a pensar en ello como entonces.

La explicación resultaba no solo imposible, sino que iba más allá. Era indebida. Una señal nefasta llegada de un mundo extraño. El poeta y el tirano jamás debían aparecer juntos. Pero una voz discordante afirmaba lo contrario. Lo quisieran o no, eran dos formas de la misma sustancia: el dominio. Cautivos el uno del otro en el mismo círculo dantesco. Torturadores y destructores ambos, poco importaba si en tres minutos, en siglos o milenios.

No cabía duda de que tenía relación con nuestro misterio común. Lo quisiéramos o no, el poeta entraba en escena, como se suele decir, no por voluntad propia, sino porque así lo exigen las leyes de la tragedia.

Se habían juntado, pues, los tres. Pasternak, Stalin, Mandelstam. Dos poetas y el tirano en medio. El primer pensamiento que te venía a la mente era gozoso: la unión de dos poetas para derribar al tirano.

Ambos habían vilipendiado al tirano más a hurtadillas que abiertamente. Mandelstam lo había llamado «el montañés del Kremlin». Y de Pasternak se decía que lo había descrito como un enano con el cuerpo de adolescente de catorce años y el rostro de hombre avejentado. Y ahora lo tenían en medio, dos contra uno, para aniquilarlo ferozmente, tal como saben hacer los poetas.

Mas he aquí que los tiranos contaban también con sus propios ardides. Al potente dúo de poetas, sabía Stalin cómo escindirlos. La leyenda de haber dejado tirado en el lodo al compañero había sido calculada para servir de pasto a varias generaciones. Un cuarto de siglo más tarde, en el otoño moscovita del Nobel, daría sus primeros frutos. Y medio siglo más tarde, en el tercer milenio, aún seguía circulando por todas partes. En París. En Tokio. En Nueva York. Se examinaba cada uno de sus detalles segundo a segundo. Las palabras, las pausas entre ellas, las respiraciones. ¿Fue por la tarde o al oscurecer cuando ocurrió? La llamada de teléfono. La primera palabra pronunciada. La respuesta. El primer silencio. El titubeo. El desarrollo. Los testimonios solían ser semejantes al principio. Después, menos. Más adelante, en absoluto. Y algo más tarde volvían a parecerse.

No resultaba trivial que se hubiese convertido en un enigma para todos nosotros el que comenzaba con la pregunta: ¿será aplastado el poeta por el tirano?, para concluir con: ¿se acabará sometiendo al pueblo o no?

De las trece versiones que yo acaparaba, cada una de ellas trataba, porfiada y solitaria, de ofrecer la verdad.

La advertencia: cuidado, no te precipites, era lógica en esta historia. Era, pues, un día de junio de 1943 y Ósip Mandelstam acababa de ser detenido. El hecho estaba en boca de todo Moscú cuando sonó el teléfono. Era el mes de junio, pues, y su día veintitrés, cuando todo había comenzado con una llamada telefónica de Stalin. La conversación tiene lugar entre él y

Pasternak. Realmente eran tres: de una parte, el dúo de poetas Mandelstam-Pasternak, y de otro, frente a ellos, el tirano. El primer pensamiento que asaltaba a todo el mundo era que el tirano los tenía a ambos a su merced. El segundo: se ignora quién tenía en sus manos a quién.

Sea como fuere, eran un dúo. Un dúo de poetas, el uno más grande que el otro. Mientras que el tirano era solo uno.

Se conocían dúos o tríos de poetas, obra de ellos mismos, pero sobre todo de los demás.

El dúo Mandelstam-Pasternak existía realmente, y se podría decir que hasta estaba de moda. En esa época todos hablaban de ellos, a tal punto que el dicho de Anna Ajmátova: ¿Mandelstam o Pasternak, café o té? se convirtió de inmediato en proverbial. En otras palabras: ¿de cuál de los dos hablaremos, queridos invitados? ¿Qué hemos de pedir, café o té?

Seguían después las matizaciones, sorprendentes e incomprensibles en ocasiones, como la comparación con Rosencrantz y Guildenstern, los dos compañeros de Hamlet, aunque con mayor frecuencia exactas y desoladoras: Pasternak, el hombre de la dacha, Mandelstam, el de la choza del campo de internamiento. El primero siempre vencedor, el segundo siempre perdedor. Y así sucesivamente hasta la Muerte, la misma que los separa tanto como los une definitivamente. La muerte de Pasternak en la dacha, en la que le permitieron seguir viviendo incluso tras las maldiciones, seguramente porque ese hecho lo avergonzaba bastante más que cualquier maldición. Y la muerte de Mandelstam en la choza del campo de internamiento.

La primera causada por un premio Nobel, que hizo temblar al mundo entero, la segunda obra del tifus y del hambre, de la que nadie se enteró. Ahora bien, si las dos muertes eran diferentes, como solo pueden serlo las muertes, eran simultáneamente semejantes, como aún pueden serlo.

En todo caso, en este mundo los poetas se parecen, bien sea bajo las luminarias de la gloria, bien en el trance del duelo.

Mandelstam y Pasternak se parecían incluso sin saberlo. Y sin querer parecerse.

Tenían casi la misma edad. Cuerpo de mediana corpulencia. Madres judías y pianistas que adoraban a Rubinstein. Los dos nacieron en invierno. Se conocieron en 1922. Se casaron ambos aquel mismo año. Habían viajado al Cáucaso, uno a Georgia y el otro a Armenia. Sentían una especie de culpabilidad frente al pueblo. Eran con frecuencia depresivos. Sufrían de insomnio.

Su semejanza irradiaba asimismo hacia afuera, hacia los demás.

Los querían a los dos.

O a ninguno.

También se les imitaba.

Los había que querían ser como uno de ellos.

Otros que querían ser como el otro.

Y otros más que querían ser como los dos a la vez.

Para comprender mejor lo que ocurría con ellos, es imprescindible retrotraerse a la atmósfera reinante en los años 1910 y 1920. Como si presintiera la sequía sin parangón Krúpskaia-Lenin que se acercaba, la estación literaria había sido conquistada en el entretanto por una sensibilidad sin par, pavorosa y simultáneamente febril, pero, en todo caso, fascinante. Corrientes literarias de toda laya y jamás vistas, cuyos poetas futuristas, presimbolistas, acmeístas, posmodernistas, preposmísticos se sumaban a ellas y la abandonaban sin cesar. Clubes, salones literarios, mujeres, que naturalmente brotaban donde menos se esperaba. Los programas eran confusos, tanto como inverosímiles las noticias. De Aleksander Blok, el poeta más mundano del momento,

se contaba que era el presidente no declarado de la Organización de Escritores de 1923, muerto en la miseria aquel mismo año. Y simultáneamente el lechuguino que, de vez en cuando, por pura ostentación, interpretaba en escena a Hamlet. Las interminables peleas por determinar quiénes destrozaban más la lengua rusa, si los abogados o los dentistas, se entrelazaban con las murmuraciones sobre las cinco hermanas Siniakov, ante las cuales, tarde o temprano, todos caían rendidos de amor, «incluido el derviche Khelbnikov». Este último, algunos años antes de su muerte en 1925, se había proclamado a sí mismo presidente del globo terráqueo y uno de los fundadores de la lengua «transmetal» (telepática). Tampoco faltaban los retos a duelo, con preferencia los del 29 de enero, fecha del desafío y muerte de Pushkin. Los suicidios eran siempre bienvenidos, y mucho más cuando escaseaban como presas de pánico. Pasternak, aunque de natural solitario, pero como si debiera cumplir una obligación, se había mezclado tanto en los primeros, los duelos, como en los segundos, los suicidios. Asimismo, era prácticamente obligada la participación en veladas poéticas, en cuyas convocatorias se anunciaba con absoluta naturalidad: «Inmediatamente tras las declamaciones, recibirá una paliza el poeta Shengel». Y, sin duda, esa fue una de las primeras frases de Pasternak, según el testimonio de su amante Ivínskaya: «Soy pavoroso, para mí el bien es solamente el mal».

Nadie puede vanagloriarse de haber podido evitar los caprichos de su tiempo, y todavía menos las semejanzas. Circulaban diferentes conjeturas sobre la invitación al baile del zar y su aceptación por Pushkin, la velada en la que el monarca había dado por concluido su desdén hacia el poeta. Según unos, aquella aceptación le habría resultado fatal a Pushkin, mientras que, según otros, merced a aquella invitación, la literatura rusa se había nutrido de nuevas perlas un decenio más. No era difícil adivinar que la polémica guardaba relación con las posiciones mantenidas por los poetas de la época frente a los jefes comunistas, comenzando por Stalin. Los observadores de la vida literaria llegaban en ocasiones tan lejos que, como por casualidad y sin malicia, ponían de relieve que la hermosa Natalia Nikolaievna de Pushkin y la atractiva Zinaida Nikolaievna de Pasternak compartían el mismo patronímico, derivado de los nombres de sus respectivos padres. A partir de ahí, a la imaginación le costaba poco volar desde el otrora baile real, en el que el zar, tomando de los hombros al poeta recién llegado, les confesaba a los cortesanos: «Este es mi Pushkin», hasta la sala del primer congreso del realismo socialista, ciento ocho años después, en el que Bujarin pronunciaba el discurso inaugural y Pasternak, desde el presídium, dirigía una de las sesiones. Mientras Stalin, en el palco y en penumbra, no despegaba los ojos de «su Pasternak», dado que, dos meses después de su llamada telefónica, era muy probable que esperara que, por más orgullosos que se mostraran, acabarían doblando la cerviz uno tras otro. Todos, sin excepción, desde el obstinado Bulgákov, pasando por las melindrosas damas Ajmátova-Tsvetáieva, hasta el que parecía menos recuperable de todos, Platónov.

Un buen número de espías disponían de toda suerte de información sobre ellos, comenzando por sus vicios y enfermedades, hasta sus amantes secretas. Pasternak, por ejemplo, soportaba sin la menor pesadumbre haber sido coronado primer poeta del país. Mandelstam no se sabe. Sus insomnios también eran distintos (como poco según dos de las hermanas S.). Y así sucesivamente.

¿Qué le importaban a él sus caprichos?, puede que se preguntaran sus lacayos con extrañeza. ¿Acaso no sería mejor que los dejaran sacarse mutuamente los ojos?

Era fácil de decir, pero lo era bastante menos comprender lo que ocurría en el caos moscovita.

Las dudas brotaban allá donde menos se esperaba, como el día que, al pasar como de costumbre junto a la estatua de Pushkin, estalló en mi cerebro la idea de que la estatua no solo no era la que él habría deseado, sino todo lo contrario.

Más que la rudeza de la idea, me sorprendió mi propia convicción de que era así y de ninguna otra manera. Durante todo aquel día, mientras garabateaba, como hacía habitualmente cuando la clase me aburría, intenté traducir el *Monumento* de Pushkin; más exactamente, su primer verso.

Ya pamyatnik sebe vozdvig nerukotvornyy.

Siempre me había parecido intraducible, lo que opinaban igualmente la mayoría de los compañeros de curso que habían intentado verterlo a sus correspondientes lenguas. Curiosamente, todos se atascaban en el término *nerukotvornyy* (no creado por las manos), que era, por otra parte, la palabra clave del verso.

*Un monumento no cincelado
por las manos me erigí a mí mismo.*

Traducción más espantosa no cabe imaginar.

Se tomara como se tomara, como creación religiosa, desafío o blasfemia, aquel llamamiento contenía en sí lo imposible. El poeta proclamaba que había erigido un monumento singular, de aquellos que las manos eran incapaces de crear. Es decir, un monumento que los ojos tampoco podrían ver, en otras palabras, que estaba ausente. Un monumento, pues, contrario al que él habría deseado.

Por lo tanto, el comienzo de su exhortación habría podido ser: *Un monumento contrario a mi deseo, me erigí*. Y por llevar más lejos la lógica del razonamiento, habría que precisar que, un monumento así, más que erigido por el propio poeta, lo más normal sería que se lo hubieran alzado los demás, lo que le confería el derecho a encabezar de una manera completamente distinta su propio poema epílogo: *Un monumento que vosotros me erigisteis como nunca quise*.

Que existía un problema entre las estatuas de los personajes y lo que ellas representaban era más patente en Moscú que en parte alguna. En ocasiones parecía que el bronce trataba de ocultar esa discrepancia, pero en otras la evidenciaba desde lejos.

Un buen día, cuando se lo conté a David Samoilov, traductor y editor del libro de poemas del que yo era autor, cuya publicación en ruso y en Moscú estaba próxima, me miró sospechosamente sin decir palabra.

No me gustó nada su mirada y estuve a punto de decirle que, si de sospechas y enigmas se trataba, también yo sabía cómo mirar así, máxime cuando hacía poco tiempo que el Stulpanz de nuestro curso me había dicho en confianza que aquel David Samoilov mío se llamaba realmente David Kaufman y que solo Dios sabía por qué se había cambiado el apellido.

Cuanto más avanzaba mi libro en ruso, tanto más me parecía que la sombra de misterio que envolvía a Samoilov no dejaba de crecer. Tras su apariencia un tanto atolondrada se ocultaba el importante poeta que fue en otro tiempo, transformado ahora en traductor de lenguas menores. Las palabras eran de nuevo de Stulpanz, pero sonaron en mis oídos de manera diferente. (Que había quedado reducido a traductor de albanés).

Mientras contenía a duras penas mi resentimiento, le repliqué que su letón también era una

lengua menor, pero él, pacífico como era, borró como con una esponja mi irritación al afirmar que era justamente así. Seguro que así es, repitió por tercera vez, y añadió incluso que tenía la impresión de que el albanés gozaba en Europa de mayor consideración que las lenguas bálticas.

Más adelante, y otra vez a través de Stulpanz, supe que Kaufman mantenía relación con los círculos de Pasternak y de Anna Ajmátova, lo que me agradaba sobremanera. Creía que cuanto mayor fuera su peso en aquellos círculos, mayor sería la importancia del libro que él me editaba.

El misterio en torno a Samoilov creció sobre todo a raíz del escándalo Pasternak, precisamente cuando se comenzó a chismorrear sobre la conversación de tres minutos mantenida por él con Stalin. Tú eres de los que nos puedes ofrecer una información más precisa sobre esa llamada telefónica, me dijo un día, medio riendo, Stulpanz. Necesité un instante para interpretar que se refería a las noticias que pudieran proceder de Samoilov, quien, aparte de con Pasternak y Ajmátova, mantenía relación con todo su círculo, Lidia Chukósvkaia, Zamiatin y hasta quizá con el propio Mandelstam.

Ajá, me dije, a la vez que le contestaba que no creía que sus relaciones fueran tan estrechas como para atreverse a hablar de cosas tan delicadas.

Sus relaciones... dijo aturdido. Escucha, añadió. De haber alguien en todo Moscú capaz de desentrañar el enigma de aquella llamada, solo podía ser mi David Kaufman.

Me reí. Y a continuación se rio también él. Y otra vez yo. Le dije que no nos entendíamos puesto que estaba suponiendo que yo creía que Kaufman le preguntaría a Pasternak por el contenido de la conversación.

¿Por qué no lo habías de creer?, me respondió.

Justamente, le dije, y él repitió lo mismo: justamente.

Durante un instante nos embarullamos con la dichosa palabra, hasta que me dijo: analicémoslo con calma. Y en verdad así había que analizarlo. Había tenido lugar una conversación entre dos personas. Para saber la verdad se podía preguntar por el asunto a ambos, o a uno de ellos. En el caso precedente era evidente que el interrogado debía de ser Pasternak. De lo contrario, ¿quién se lo iba a preguntar a Stalin?

Con ojos desorbitados acercó su cara a la mía: justamente, dijo con tono apagado, a Stalin...

Yo podía desorbitar los ojos todavía más que él, mesarme el cabello, aullar... Lo inconcebible había sido pronunciado. David Samoilov, mi Kaufman, para enterarse de lo que se había dicho por teléfono aquella tarde de junio de 1934, no debía preguntárselo a Pasternak, ni a todos los acmeístas o a la mitad de los futuristas con las cinco hermanas S. y demás alcahuetes del bulevar Tverskói, sino al mismísimo Stalin. Y podría hacerlo no porque existiera una línea especial de comunicación con él, sino sencillamente porque su hija, Svetlana Alilúieva... o de otra forma Sveta Stálinea... o Svietik, como la llamaban cariñosamente sus allegados, fue durante un tiempo la amante de Kaufman.

Medio Moscú lo sabía, menos yo, me mortificaba Stulpanz, señalándome amenazadoramente con el dedo. Incluso se mentaba el epigrama del borrachín Misha Svetlov:

*Trudno lyubit' printsess,
Uzhasno muchitel'nyy protsess*

(Difícil es amar a una princesa, /

qué arduo y tortuoso proceso.)

Y eso por no hablar de la frase de múltiples sentidos de no sé quién, aquella que decía que dormir con la pequeña Stálinka era como hacerle el amor a un mausoleo.

Sin querer, me veía mezclado en uno de los secretos más peligrosos de Moscú. Cada vez que nos encontrábamos, mi decisión de hacerle a Kaufman la fatal pregunta reculaba ante su rostro impenetrable.

Una vez lo vi en sueños mientras me contaba en un albanés deslavazado su historia con Sveta.

Yo vi Sveta, conocí en casa Mikoyán. No fue nada fría Sveta. Fue volcán. Tú no. Tú *net* preguntas detalles. Ellos peligrosos.

Asentí con la cabeza. Ciertamente, los detalles aún eran peligrosos. Pero yo no le preguntaría por ellos, sino por algo más sencillo, por ejemplo, por aquella conversación *tresminutos* con Pasternak.

Sin haberme oído bien, él continuaba repitiendo: peligro grande. ¡Uy, uy! Hasta que me desperté.

Tercera parte

La curiosidad que yo sentía por conocer exactamente el número de versiones que circulaban sobre la llamada telefónica Stalin-Pasternak es posible que volviera a reavivarla el libro *Stalin y Pasternak* de Izzi Vichnievski, un ruso de la época poscomunista, publicado en 2009 en Moscú.

El estudio era algo así como una especie de respuesta, esencialmente serena, a otro ruso, Benedikt Sarnov, conocido crítico literario, antiguo estudiante del Instituto Gorki y autor del libro *Stalin y los escritores*, publicado en 2008 igualmente en Moscú.

Tras un esmerado análisis, Izzi Vichnievski, sin perder, como de costumbre, la modestia, escribía que, al contrario de las doce versiones que ofrecía Sarnov, él calculaba que existía una más, es decir, trece.

Me habría inclinado a creer con mayor facilidad al antiguo estudiante del Gorki, por la simple y comprensible razón de haber estudiado ambos en el mismo instituto.

Las versiones eran múltiples. Y bastaría con dos de ellas para levantar toda una humareda. Según Vichnievski, en el libro de Sarnov aparecía, junto a cada versión, la fecha y las circunstancias que rodeaban los hechos. Los famosos versos de Mandelstam de 1933. Su lectura en un círculo de amigos en 1934. La detención de Mandelstam en mayo de aquel mismo año. Su primer encarcelamiento en la Lubianka con la instrucción de su expediente y las previsibles torturas. Seguía la llamada telefónica Stalin-Pasternak de junio de ese año. Los lugares donde se hallaban ambos interlocutores: en un extremo, el despacho de Stalin del Kremlin, en el otro, el apartamento de Pasternak en la calle Volkonska de Moscú.

Y he aquí el texto según los archivos del KGB.

Primera versión

Pervaya versiya. En todos los textos se utiliza la palabra de origen latino *versio*.

Telefonea Poskrebyshev, secretario de Stalin: «Ahora hablará con usted el camarada Stalin» (*Seychas s vami budet govorit' tovarishch Stalin*).

Y ciertamente, Stalin está al aparato.

«Hace poco que fue detenido el poeta Mandelstam. ¿Qué puede decirme de él, camarada Pasternak?».

Borís, al parecer, siente miedo y le contesta:

«Lo conozco poco. Él es acmeísta, mientras que yo pertenezco a otra corriente. De modo que no puedo decir nada de Mandelstam».

«Pues yo sí que puedo decir que es usted un pésimo camarada, camarada Pasternak», dijo Stalin, y colgó.

Siempre según Izzi Vichnievski, el texto está extraído del libro *Esclavos de la libertad, los archivos literarios del KGB*, de un tal Vitali Shentalinski, seguido de la anotación: «Archivos del KGB», y, como lugar y fecha de publicación, Moscú 1995.

No aparece la menor información sobre el testigo.

El texto se presta a circular muy fácilmente como murmuración. En cuanto tal, se ajusta no solo al nivel del oyente ordinario, sino al habla cotidiana de la época. La utilización en cuatro ocasiones del término «camarada», uno de los morfemas familiares del socialismo, en un texto de diez líneas contribuye a ello. Para quien oye la murmuración, la noticia suena así: el camarada Stalin llamó por teléfono al *camarada* Pasternak, para recalcarle al *camarada* Pasternak que era un mal *camarada*.

Cualquiera que leyera este texto por vez primera raro sería que percibiera algo más.

Se informaba de una detención, como de algo sabido, lo que era cierto, pero no de su causa. Visto con frialdad, tampoco era tan extraña su ausencia. La causa de una detención podía ser tanto explícita como secreta. Incluso, por seguir el razonamiento hasta el final, la propia detención tanto podía tener un motivo como carecer de él.

Al darle la amarga noticia a Pasternak, no se le comenta, ni siquiera de paso, la razón o el tipo de motivación de la detención (actividad antisoviética, agitación y propaganda, etcétera), y no solo, sino que se le exige, precisamente a Pasternak, una opinión sobre el colega, sobre el hecho. Se le pregunta más o menos: te detuvimos al camarada, ¿tú que dices, hicimos bien o mal?

Pasternak responde con torpeza, lo que puede tomarse por desconcierto, miedo o negativa a entablar esa clase de diálogo con el Estado.

Hoy, transcurridos ochenta largos años, los interrogantes podrían ser múltiples, por no decir infinitos.

¿Por qué telefoneó Stalin y por qué se turbó Pasternak? La detención de un gran poeta podría haber resultado terrible en Londres o París, pero no en Moscú en 1934. ¿Qué esperaban el uno del otro, el poeta y el tirano, ocultaban algo y sentían miedo ambos de lo que ocultaban?

Lo único que se entiende del mencionado texto con absoluta claridad es la frase de Stalin: «Usted es un pésimo camarada, camarada Pasternak». Demasiado poco para un texto de diez líneas, que pronto cumplirán un siglo, perennemente examinado y reexaminado.

Antes de buscar una explicación convincente, sería razonable un análisis del texto línea por línea.

Sin considerar las palabras del secretario Poskrebyshev, quien avisa al poeta de que le va a hablar Stalin, la conversación al completo, según esta versión, tiene solo cuatro frases.

Las dos primeras son de Stalin, y en ellas, tras mencionar la detención de Mandelstam, le pregunta a su interlocutor qué piensa de él. La tercera frase, que es la única de Pasternak, es su nebulosa respuesta: «No puedo decir nada de Mandelstam». Y en la cuarta y última se manifiesta el desprecio de Stalin hacia su interlocutor: «Usted es un pésimo camarada, camarada Pasternak».

Realmente, si hubiera que buscar un enigma en esta conversación, se hallaría justamente en su conclusión. La pregunta de por qué hace Stalin esta llamada telefónica tiene sin duda relación con ella.

Es descartable que el motivo de la llamada telefónica tenga un simple carácter informativo.

Sería más creíble que estuviera pidiendo opinión. Un test o tomarle el pulso a un asunto, si bien resulta infrecuente que lo realicen los grandes jefes por sí mismos, tampoco puede ser excluido. En tal caso, Stalin habría podido ser más claro. Hemos detenido a Mandelstam. ¿Lo hemos hecho mal? ¿Nos hemos precipitado o, por el contrario, demasiado hemos aguantado?

Cabe la posibilidad de que Pasternak diera una de estas respuestas. La primera: un gran poeta no puede ser detenido de ese modo. La segunda: bien hecho, que así escarmienten todos... La tercera: no sé qué decir (no me mezcléis a mí en esta historia). Somos distintos.

Pasternak formuló la tercera.

No resulta tampoco difícil imaginarse las réplicas de Stalin en cada uno de los casos. Respecto al primero: ¿un gran poeta no puede ser detenido de ese modo? Normal que pienses eso, puesto que eres de su misma calaña. En el segundo caso: ¿bien hecho?, ¡bravo! (*Molodets!*). Es así como quiere el Partido a los artistas, inmisericordes frente al enemigo. En el tercer caso: ah, ¿no sabes qué decir?

No es preciso imaginarse lo que viene a continuación en el último de los casos, puesto que lo sabemos. Viene lo más inesperado de todo, lo más contradictorio, lo más demoledor, lo más remoto. ¡Tú eres un mal camarada!

Todo el mundo se quedaría con la boca abierta ante semejante comentario. ¿Stalin se duele de Mandelstam mientras este se encuentra esposado en la Lubianka?

Bastaría eso para que los interrogantes sobre lo que sabemos de esta historia, lo que ignoramos o lo que conocemos erróneamente brotaran de nuevo.

¿Existió en realidad una conversación telefónica entre el jefe supremo del país y el gran poeta, o toda esta historia no es más que una invención?

Lo último queda excluido, pues existió realmente una detención, confirmada por numerosas fuentes. Igual que está confirmada la instrucción de la causa por uno o varios jueces, por no hablar de las torturas.

Finalmente, se produjo una muerte no solamente corroborada por todo el mundo, sino que le confiere peso a todo lo demás.

De los tres personajes de esta historia, Pasternak, Stalin y Mandelstam, se sabe que el detenido, el condenado, el muerto finalmente en el campo de internamiento, fue Ósip Mandelstam. En consecuencia, cualquier otro interrogante se desvanece, y solo queda uno: ¿cómo es posible que el personaje más conmovedor de todos, quizás también para el mismísimo Stalin, el más conmovedor, incluso en vida, y no solo después de su muerte, fuera el único que sucumbió?

El enigma proyecta una larga sombra. Y no cabe duda de que es esa una de las razones, si no la principal, por las que, cerca de un siglo más tarde, este hecho se recuerde cada vez con mayor frecuencia. Se han escrito sobre él dramas y estudios sin fin, se han lanzado nuevas suposiciones, se rememora en la prensa mundial el momento en que se produjo aquella tarde de junio de 1934, cuando sonó la llamada telefónica de Stalin. Todos los testimonios concluyen con Stalin colgando el teléfono, pero realmente el enigma no palidece. Los interrogantes se repiten: ¿qué ocurrió en realidad, qué ocultan Stalin, Pasternak y el propio muerto?

Es posible que quien tenga la oportunidad de sumergirse en la búsqueda de lo desconocido, aquel a quien las trece versiones le hayan parecido en un principio demasiadas, al finalizar las pesquisas tenga la sensación contraria y le parezcan insuficientes.

Segunda versión

Siempre según Izzi Vichnievski, esta segunda versión se basa en uno de los libros de Benedikt Sarnov. La primera diferencia que se observa es que en esta ocasión se menciona la fuente testifical. Es Galina von Meck, escritora, sobrina de Tchaikovsky y posible amante de Mandelstam. Su testimonio procede de sus memorias *Como los recuerdo y Conserva mi palabra*.

Siguen las veintidós líneas del texto:

«Ocurrió poco tiempo después del internamiento de Mandelstam. Un grupo de amigos estábamos reunidos para discutir qué podíamos hacer por el poeta. Pasternak se retrasaba. Finalmente llamaron a la puerta. Yevgeny Hazin la abrió. Era Pasternak cariacontecido, nervioso.

»“Me acaba de suceder algo terrible”, dijo. “¡Terrible, y yo me comporté como un cobarde!”.

»Cuando por fin pude preguntarle, me contó lo ocurrido. La llamada telefónica del secretario de Stalin que buscaba a Pasternak. Las palabras: “Hablará con usted el camarada Stalin”. El comentario de Pasternak: “¡Estaba absolutamente impactado!” (*Ya byl v shoke*). Un instante después se oyó la voz de Stalin con su característico acento georgiano: “*Eto tovarishch Pasternak?*”.

»La respuesta de Pasternak: “Sí, camarada Stalin”.

»Stalin: “¿Cuál es su opinión sobre Ósip Mandelstam? ¿Qué haremos con él...?”.

»En lugar de solicitar clemencia para Mandelstam, Pasternak murmuró algo como (*chto-to v rode*): “Usted lo sabe mejor, camarada Stalin”.

»En la respuesta de Stalin predominó el escarnio: “¿Es todo lo que usted puede decir? ¡Cuando a nuestros amigos les sobreviniera la desgracia, nosotros sabíamos luchar por ellos bastante mejor!”.

»Tras esto, Stalin colgó el teléfono».

El nombre del testigo, máxime con un apellido tan poco habitual como el de Von Meck, y sobre todo su estatus de mujer íntimamente próxima a Mandelstam, nos alienta a suponer que esta segunda versión aporte algo nuevo. Algo que, aunque no contradiga la esencia del suceso, intensifique o contribuya a disipar la niebla que lo cubre.

Detención. Instrucción. Internamiento. Y, finalmente, muerte. Parece que no cupiera indagar más en esta calamidad. A menos que se ponga en entredicho la conversación misma. El estribillo sonaba rancio: ¿había existido o no había existido en realidad aquella conversación telefónica? En relación con ello, las crónicas de la época no solo no manifiestan la menor duda, sino que, de hacerlo, acabaría por resultar absolutamente inconcebible. En primer lugar porque una invención semejante sembraría la duda sobre uno de los interlocutores, por no afirmar que sobre los dos. Cabe decir que algo así, antes incluso de parecer ilógico, resultaría espeluznante. Ilógico porque Pasternak se habría inventado un hecho que no le honraba. Espeluznante porque Stalin habría permitido la difusión de una mentira susceptible de ser cuestionada. Sin embargo, la resonancia del hecho no solo no fue amortiguada por él, sino que, como reconocen distintas fuentes, fue alentada. El propio Pasternak ha señalado que, tras preguntarle a Poskrebyshev si podía dar a conocer aquella delicada conversación, este le había respondido que hacerlo sería lo más natural. Aparte de eso, la enorme repercusión que tuvo el hecho, hasta el punto de ser conocido

prácticamente por todo Moscú, solo se explica por la ausencia de impedimento estatal.

Entre tanto, la incógnita de si existía algo que desconocíamos por completo, o que conocíamos erróneamente, no cabía ser excluida.

En esta segunda versión, da la impresión de que el motivo de la culpabilidad se acentúa incluso más. Mientras que en la primera versión la culpa de Pasternak, por haber dejado tirado en el lodo al compañero, se evidencia claramente, en esta recae sobre ella el peso entero de la conversación. Se trata justamente de lo que no sabíamos del todo. Para denigrar al poeta, Stalin establece una durísima comparación en la que le recuerda que sus propios amigos bolcheviques no traicionan a sus camaradas.

A primera vista, el motivo de la comparación apunta hacia la esfera moral: quién es más generoso, más misericordioso. La esencia de la conversación, pues, podría resumirse en el deseo del gran jefe de recibir un consejo, un estímulo de templanza. El soberano le exige al poeta ese estímulo, pero el poeta, desgraciadamente, le decepciona.

Antes de analizar esta decepción, surge espontáneamente la pregunta: ¿de verdad necesitaba Stalin la intervención de Pasternak para suavizar la condena de Mandelstam?

E incluso esa pregunta podría ir precedida de la siguiente: ¿de verdad exasperó tanto a Stalin que Pasternak escurriera el bulto?

Como se ha dicho antes, podía haber sucedido lo contrario: que en vez de irritación, le produjera regocijo.

Ahora bien, Stalin no quería parecer tal como lo describían: inmisericorde. Y según esta conversación, resulta que deseaba lo contrario, ser clemente, pero he aquí que nadie lo ayuda. Su invocación es clara: ayudadme a ser misericordioso. Pero ellos no lo querían así. Lo querían, por el contrario, sanguinario, para poder después injurarlo...

¡Pobre camarada Stalin, camarada Stalinito! La premonición de su propia madre caucasiana, cuando su hijo le hizo la última visita a la aldea de la que ella nunca se quiso despegar, no era infundada... La emocionaban, claro está, todos aquellos ascensos y todas las alabanzas que el mundo entero le dirigía a su hijo, pero ello no le impidió decirle que, pese a todo, habría sido mejor que fuese cura...

El poeta y el príncipe. La comparación, más exactamente, la antigua rivalidad, vieja como el mundo, se había convertido en una suerte de tormento en el régimen comunista. Se había obviado el calificativo de «príncipe», sustituyéndolo por «guía» o «dirigente», pero el paradigma subsistía. Era sabido que Lenin había tratado de desterrar el morfema «grande» dirigido a los poetas, de manera que solo se le adjudicara a los dirigentes políticos y a los clásicos del marxismo.

La utilización del estéril término *sverkhpisatel* (hiperescritor o sobreescritor) y su macabro llamamiento: «¡Abajo los hiperescritores!», era una prueba palpable de su enorme odio a los grandes escritores. Lo que se había esforzado por mantener en secreto y lo que quizás explicaría asimismo la perplejidad de Stalin frente a ellos.

Puede que ni sus hombres más cercanos y ni siquiera él mismo supieran cómo debían comportarse con los «híper»: ¿había que tratarlos bien o atemorizarlos?

La duda resultaba tenebrosa y de tal calibre que no admitía explicación, toda vez que atañía al miedo, que, de repente, cambiaba de flanco para volverse contra él. Se sabía que no admitiría

jamás que pudiera temerles y, sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, tanto más contumaz se volvía el miedo.

El interrogante adoptaba la forma de un misterio: ¿eran o no eran aterradores los «híper»? Pero lo peor era que algo así no solo no debía saberlo nadie, sino que a nadie debía ocurrírsele siquiera la posibilidad de saberlo.

Cuando la conversación de un modo casual y distante giraba en torno a semejante asunto, él, aparentando indiferencia, estaba extremadamente atento a captar lo que fuera. Se mencionaba como ejemplo el caso de Ricardo III de Inglaterra, un rey como cualquier otro, hasta que al «híper» Shakespeare se le metió en la mollera convertirlo en un monstruo en una de sus tragedias.

Si el caso de Ricardo pertenecía al pasado, en la mente de Stalin el «misterio Gorki» ocupaba un rincón igual de oscuro o más.

Jamás había llegado a comprender la prosternación de Lenin ante el escritor. Él, que ante el bolchevismo no se compadecía de nadie, perdía totalmente la compostura cuando se trataba de Máximo Gorki. Las órdenes eran tajantes: a Gorki se le perdonaba todo, los errores, los caprichos, las maneras burguesas a lo isla de Capri, la ofensa que infligía a la Rusia soviética al no regresar a su país. Lo más sorprendente es que no se daba la menor explicación que justificara semejante generosidad. Simplemente, cada vez que se le mentaba, la mirada de Lenin se volvía de hielo.

En sus últimas semanas de vida, cuando sus delirios eran claros indicadores de locura, Stalin habría tratado, entre otras cosas, de desentrañar parte de aquel enigma. La mirada del enfermo se habría vuelto gélida como en el pasado, mientras que sus desvaríos no era capaz de comprenderlos nadie. Es algo malo... que no se debe saber... jamás. Por nadie. Ni por Krúpskaia ni por el mismísimo Stalin... Y a Gorki no se le debe tocar jamás... precisamente por eso... Y que nadie imagine que se le puede cerrar la boca de la forma habitual... Ese mal es de esos que, cuanto más los exacerbas, más peligrosos se vuelven.

Tercera versión

—¿Te has enterado de que Borís Pasternak rehusó ayudar a Mandelstam? He oído dos veces seguidas esta historia. ¿Y tú, la sabes?

—La sé, simplemente. Me la contó el propio Borís. Stalin lo llamó por teléfono: ¿Qué piensa de Mandelstam? Y Borís se asustó y comenzó a explicarle que no lo conocía bien, aunque había oído que Mandelstam había sido detenido. Stalin se enfadó mucho... A nuestros camaradas no los dejamos tirados en el lodo... dijo. Y colgó.

—¿Crees que si lo hubiera defendido, entonces...?

—Mira... Una situación así... resultaba muy peligrosa, pues...

—¿Pero qué peligrosaba?

—¿Puedes aclararme si lo que cuentas de Pasternak se lo has oído a él mismo o procede de Shlovski?

—Fue él mismo quien se lo contó a Maria Pavlovna. Se asustó como un demonio.

—No debió de ser así. Stalin era de esos que... Naturalmente, cruel era, pero no obstante...

(De una conversación grabada en magnetofón entre dos reputados hombres de letras: S. P. Bobrov y B. Duvakin. *Ósip y Nadiezhda Mandelstam*, Moscú, 2002).

Esta versión, si bien aumenta la dosis de amargura respecto a Pasternak, no aporta nada nuevo. La animadversión de S. P. Bobrov hacia el poeta era bien sabida. Tal vez resultara interesante analizar en detalle si había existido desde siempre o se había acentuado con el paso del tiempo, estimulada por la problemática fama de Pasternak, sobre todo tras la «nobeliada».

Y otro tipo de interés, pero este más evidente, podría estar relacionado con el interrogante de si la envidia que sentía del examigo había generado la tolerancia hacia el tirano, o si esta no dependía de ello.

Stalin, por más cruel que fu... Stalin, no obstante...

Con este maldito «no obstante» comenzaba habitualmente la coloración rosácea, por tímida que esta fuera, del guía y el oscurecimiento, por latente que este fuera, del poeta.

La cuestión de la aureola del escritor o del artista había sido, en todos los tiempos, una de las más delicadas. Y ello por la sencilla razón de que siempre llegaba el día en que la sed de gloria, junto con la envidia, se desplegaban abiertamente en la vida pública. La aureola, la fama, buena o mala, era parte inseparable de un vaivén que no terminaba nunca. Los hombres del arte, lo quisieran o no, se encontraban en el centro mismo de ese ajeteo. Frente a ellos, también queriendo o sin querer, se encontraban los líderes políticos, los patriarcas, los príncipes, los ídolos nacionales. La aureola, buena o mala, actuaba de manera distinta en ambos flancos. Y es ahí donde surge el gran estupor: el flanco deplorable de la gloria, la mala reputación, si bien resultaban destructivos para los ídolos políticos, se volvían impotentes frente a los artistas. Y por si ello no bastara, en lugar de perjudicarlos los hacía a menudo más atractivos.

¿Sufre alucinaciones? Que sea un mujeriego, un degenerado, que le guste beber, es asunto suyo. ¿Escribe bien? Eso es lo importante.

Esta paradoja, que cada siglo y cada régimen vivían de manera distinta, le resultó particularmente ardua al comunismo.

En los inicios de la Rusia soviética cupo pensar que las sombrías congratulaciones dirigidas a escritores y artistas caerían por su propio peso. Bastaría con sacar a la luz sus vergonzosos secretos y uno tras otro comenzarían a palidecer ante el resplandeciente culto que se les dispensaba a Lenin y Marx.

La espera fue larga y la decepción debió de ser amarga, sobre todo tras la intervención de Sigmund Freud contra Dostoievski. Su célebre prefacio a la edición francesa de 1928 de *Los hermanos Karamázov*, en relación con la cual Stalin abrigaba la enorme esperanza de que, simultáneamente a calificar al gran escritor de parricida en potencia, se denigrara el decadentismo ruso, tuvo el efecto contrario.

Se ignora aún que exista el menor dato indicativo de que el estudio de Freud fuera el origen, siquiera sesgado, de una nueva idea, absolutamente desconcertante, contra la aureola de los hombres del arte. En otras palabras, dada la retorcida naturaleza de este, utilizar «el mal» para lograr lo que «el bien» no podía conseguir. Dicho de otra manera, que no se esperara que decayera el peso del escritor si se presentaba como un tipo difícil, cínico, tenebroso, desesperado,

porque, muy al contrario, podía perderlo todo apareciendo sonriente, confiado, con alma inmaculada y, sobre todo, codo a codo con el pueblo.

Este «codo a codo», en particular, hacía milagros. Cayó en su trampa uno de los talentos más destacados de la época, Mijaíl Shólojov. Su novela *El Don apacible* fue declarada un clásico de la literatura, a pesar de no contar en absoluto con personaje positivo, como exigía la doctrina, sino con un hombre indeciso entre la revolución y la contrarrevolución, y anímicamente inclinado hacia la segunda.

El propio escritor aceptó, o se vio obligado a aceptar, la interpretación semioficial y semipopulista de su obra como espejo de su tiempo, pero esta incómoda interpretación no habría podido arraigar sin contar con la apariencia exterior de las cosas. Shólojov, con independencia de qué persona era y de su vida, comenzó a ser presentado en todas partes como modelo de «escritor soviético», ajeno a toda sombra de duda, de soledad, de alcohol, de mujeres, perennemente sonriente, fotografiado feliz entre sus campesinos del Don y a menudo con camisa koljosiana.

El tránsito de los grandes escritores de la época burguesa a la comunista se vivió dolorosamente en todos los países del campo socialista, tras la Segunda Guerra Mundial. El terror y las cárceles fueron la parte más tangible del cuadro. La otra, la de los dramas interiores, la de las rupturas y concesiones, que continúa sin ser analizada hasta el presente, ha acabado por ser la más incomprensible.

A los comunistas les daba miedo el arte. Las directrices de sus más altos jefes, incluyendo a Lenin y Marx, eran tan superficiales que miles de trabajadores de la cultura se devanaban los sesos día y noche para entender qué había querido decir Lenin en su único folleto sobre la literatura: *La organización del partido y la literatura del partido*.

Por increíble que parezca, nadie se atrevía a indicar que la citada incomprensión procedía de que, en aquel vulgar y tedioso librito, ni el propio autor sabía quizá a qué tipo de literatura se refería: si a la de los panfletos y octavillas del partido o a la literatura propiamente dicha. Con solo hojear a Karl Marx se podía comprender sin dificultad que el hombre que había consagrado su vida a derrocar por medio de la violencia el orden establecido no había dedicado ni media página en sus decenas de libros al desasosiego y arrepentimiento que produce el hecho de verter sangre humana.

No recordarlo no solo significa que no se ha entendido nada de nada de Homero y Dante, sino algo mucho peor. Se podría decir que Karl Marx le propone a la humanidad la gran carnicería, pero sin acompañarla, al menos, de esta sencilla recomendación humana: ¡cuidado, no obstante, con el remordimiento de conciencia!

De haberse quedado en eso, habría sido quizá el mal menor. Pero la parte que venía a continuación era incluso más macabra. ¡Cuidado con el que se cuida del remordimiento de conciencia! Bautizada como «debilitamiento de la lucha de clases», la misericordia, en miles de estudios, discursos y consignas del momento, se mencionaba como una campaña de terror que no anunciaba sino el duelo al proletariado mundial. Todos los países del campo socialista, desde la pequeña Albania superestalinista hasta la inmensa China, ofrecían su propio enfoque sobre esta calamidad. En Albania, entre los escritores no condenados, los dos más eminentes, Fan Noli y Lasgush Poradeci, mantendrían relaciones, sin explicar del todo aún hoy, con el régimen comunista. Los dos provenían de la monarquía y eran igualmente célebres, pero de forma

distinta. El primero, Fan Noli, poeta y shakesperiano, exconspirador, ex primer ministro de Albania, había acabado siendo uno de sus obispos, pero con residencia en Estados Unidos. Como se ha dicho a menudo, era, al parecer, el único poeta de Europa que había mantenido una prolongada pelea con el rey de su país, Zog, al cual había conseguido derrocar y condenar a muerte en ausencia, para ser derrocado a su vez y condenado, también a muerte en ausencia, pero por aquel.

Y así, tras la impaciencia albano-balcánica por postrar al rival, habían acabado reconciliándose en 1960, cuando ambos, en el entretanto, habían perdido Albania.

En cuanto al otro poeta, Lasgush Poradeci, todo lo suyo, incluida la aureola, era diferente, erótico-celeste. Amor, mujeres, todo un mundo más irreal que real.

Hasta él mismo se había calificado de «Zog de los cielos», por lo que las malas lenguas no dejaban de decir que, al servirse del nombre del rey Zog, que en albanés significa «pájaro», desafiaba abiertamente al monarca: ¡tú eres Pájaro terrestre, yo celeste!

Ahora bien, el rey albanés, cosa rara por lo que se ve, no sentía envidia de los poetas. Fuera por ello o porque aún le horrorizaba todo lo que hubo de soportar del otro poeta, Noli, se mantuvo a distancia, lo que en esta ocasión significaba que el poeta y el príncipe hacían como si se ignoraran.

Y fue así como, tras el desbarajuste de la guerra, Lasgush Poradeci se topó con la época comunista entre aclamaciones solo interrumpidas por las detonaciones de los pelotones de fusilamiento. Inadecuado para todo, incluyendo esto último, se quedó tan al margen de su tiempo que hasta una condena contra él habría resultado poco convincente. De todos modos, a fin de imputarle algo, momentáneamente y a la espera de golpes más severos, expandieron el rumor de que era un maniaco y un completo chiflado.

El déspota comunista, Hoxha, como si se sintiera mal por lo que cabría denominar «falta de experiencia de envidia real», imitó al exrey en lo relativo a su posición frente a los dos grandes del arte: se reconcilió a medias con Noli y continuó manifestando el mismo desinterés hacia Poradeci.

El desinterés era recíproco, es decir, extremadamente conveniente para el poeta, más no exento de peligro.

Lo que defendió realmente a Lasgush Poradeci fue la máscara de Hamlet. Aun hoy, en vísperas de la apertura de los expedientes secretos, no existe el menor testimonio que demuestre que se hiciera el loco. En mayor medida se cree lo contrario.

Su forma de hablar no parecía de este mundo. Y lo más extraordinario era que el habla de quienes lo trataban se modificaba igualmente. La primera de esas transformaciones era la utilización del término «señor», desaparecido de la circulación entre tanto. Fue ese, seguramente, el origen un tanto vago de la idea de que tal vez no estuviera vivo. Lo que se difundió por todas partes con una rapidez inexplicable. Cada vez que se le mentaba, había alguien que preguntaba si todavía seguía vivo, y a continuación otro que respondía que eso ya se sabía. Después, nadie estaba muy seguro de si el poeta aún vivía o se había muerto.

Embrollos semejantes, como el relativo al interrogante de si los poetas se sienten más poderosos en ausencia que en presencia, nunca salían en la prensa. Del mismo modo que tampoco salía el fastidio que embargaba a los lectores frente a sus escritores desde Hungría, pasando por los países bálticos, hasta Mongolia. Puesto que no eran capaces de escribir libros

atrayerentes bien por ineptos o porque no se lo permitía el realismo socialista —se quejaban—, que armaran, pues, algún que otro escándalo, como los de antaño, y si no de sangre, al menos alguna estruendosa separación de sus mujeres.

¿Qué fue? ¿Cómo empezó? ¿Cómo acabó? ¿Tuvo un final?

Que en literatura había sobrevenido una catástrofe lo sentía todo el mundo. La búsqueda de las causas del cataclismo y el hecho de no haberlas hallado continúan vigentes hoy en día, en el instante en el que escribo estas líneas y cuando los archivos secretos van a ser abiertos al fin.

Según Joseph Brodsky, de las dos formas que existen para arruinar la literatura, una, la del ataque frontal, se dejó a un lado en favor de otra solución más insidiosa, la del desgaste de los materiales de construcción (en el caso que nos ocupa, los escritores), lo que producirá sin tardanza la ruina por sí sola de todo el edificio.

Otros desgastes y alteraciones se habrían de producir en la vida misma, en los personajes que la poblaban y en la lengua que utilizaban. En la gran familia comunista, cada pueblo aportaba su propia experiencia en las distintas esferas. La progresiva escasez de ambientes considerados típicos del antiguo régimen, como casinos, locales nocturnos, burdeles y otros, iba acompañada asimismo de la merma de maniacos, atontados, chiflados, lunáticos, etcétera. En todo este proceso, la lengua desempeñó su propio papel, la escrita, naturalmente, pero sobre todo la hablada.

Entre las palabras problemáticas, algunas de ellas creaban dificultades inimaginables, como por ejemplo las palabras «señor», «señora» o «señorita», por no segregar más que tres de ellas del convulso universo lingüístico.

Las tres palabras citadas eran consideradas, con criterio, fundamentales en la fase de transición. Cada uno de los países comunistas había tenido su propia experiencia, en ocasiones asombrosa, como en el caso de Albania. Este pequeño país, destacado por lo común por sus manías y atraso, le había dado a estas tres palabras un enfoque inesperado. Mientras que el término «señor» había desaparecido de la circulación ya en la primera fase del socialismo, la palabra «señora», como ocurría en la Unión Soviética, había ofrecido cierta resistencia. Sin embargo, la más hermosa de las sorpresas vendría de la mano de la tercera de las palabras, «señorita». Se había buscado tenazmente el modo de sustituirla, sobre todo en las escuelas infantiles, por ser la más próxima al morfema «madre». Pero, a pesar de la irritación que producía, era utilizada por decenas de miles de niños pequeños en vez de la palabra «maestra». Los esfuerzos para sustituirla habían fracasado uno tras otro. Los niños pequeños continuaban tenazmente llamando «señorita» a sus maestras. Y fue así como este inmenso ejército de niños se mostró inquebrantable hasta que el conmovedor encanto de la palabra «señorita» ocupó definitivamente su lugar en la lengua albanesa.

Desgraciadamente, y como si de un índice de falta de conciencia se tratara, los estudios de letras y de lengua albanesa no han prestado la menor atención hasta el presente y ni siquiera mencionan este fenómeno tan profético como emocionante.

En un sentido más amplio, el conjunto de la vida humana tropezó con graves demostraciones de empobrecimiento. Junto a la escasez de locales nocturnos, como se ha dicho antes, cada vez resultaba más raro dar con personajes grotescos, última esperanza de cualquier literatura que se encuentre amenazada. Y lo mismo con mujeres hermosas, en cuyos andares siempre revoloteaba tímidamente alguna historia de amor. En las aburridas salas de la Liga de Escritores resultaba

inútil tratar de hallar autores de imponente apariencia. Y mucho menos con parejos destinos.

Entre los que se habían salvado casualmente de la cárcel, los escritores salidos de la clase obrera o de los orfanatos escuchaban embobados los testimonios de sus colegas sobre la experiencia de la literatura soviética, pues habían estado allí invitados a conmemoraciones. Alguno de vez en cuando.

Cuando Lasgush Poradeci, en la pequeña Albania enfurecida por el estalinismo, alcanzó el esplendoroso desdoblamiento entre la vida y la muerte, cabe imaginar lo que se podría esperar de los poetas de Budapest o de Moscú. Pero los nobles ciervos del arte estaban aislados y eran perseguidos de modo inmisericorde, y no resultaba nada fácil que se pudieran reunir unos con otros.

Sin embargo, incluso en mitad del aturdimiento, la crónica ofrecía toda suerte de curiosidades. Personajes asombrosos en el corazón de Moscú. Estaciones de tren, barracas y denominaciones de campos de internamiento con nombres jamás oídos, como «Vtoroy rechka» (el segundo torrente o el torrente que sigue). Y de nuevo los jueces de instrucción, no uno, sino dos, o incluso más. Y algo nunca visto, únicamente oído, algo terrible, como en el caso de Mandelstam. Habían sido once las personas que habían escuchado aquel horror y Mandelstam, esposado, debía dar sus nombres.

Toda clase de textos para volverse loco, en un ruso con frecuencia inaudito, arremetían por todas partes.

Dos famosos versos de Fiódor Sologub: *V pole ne vidno ni zgi. Sluchitsya krik pomogi!* Desolado y sombrío el campo ennegrece. Se escucha un grito: ¡auxilio! Otro verso, esta vez de Mandelstam: *No lyublyu etu kurvu Moskvu.* Hete aquí que amo a esa puta de Moscú. Y otro, anónimo: La vida se acabó, de la muerte no sé nada.

Tras los primeros rumores sobre la llamada telefónica *tresminutos* Stalin-Pasternak, debieron de ser muy pocos los que imaginaron que el motivo podía ser algún poema o verso semejante. Resultaba bastante más convincente la idea de un desahogo de sobremesa. Incluso cuando se supo la raíz del mal: la expresión «el montañés del Kremlin», la mente, antes de reparar en historias de versos, era posible que se cuestionara si el término «montañés» tenía que ver con el Kremlin o más bien con Georgia.

Fuera como fuese, Montañés del Kremlin o Montañés de Georgia, el calificativo le había quitado el sueño a Stalin, puesto que, en ambos casos, contenía en esencia algo que no se debía saber y mucho menos declarar jamás. Se parecía al misterio de Gorki, por efecto del cual algunas frases del famoso escritor, tras haber salido de su boca o de su pluma años atrás, no solo debían ser borradas de la faz de la tierra sino que hasta el mismísimo borrado debía caer en el olvido.

El hecho había tenido lugar a comienzos de siglo, cuando Máximo Gorki, escritor reputado entre tanto, había escrito que, durante un viaje a Londres, el azar lo había llevado a estar presente en una reunión en la que el futuro jefe de los bolcheviques rusos, «un tal Uliánov, hinchado como un pavo y a grito pelado», según Gorki, hablaba de revolución.

Lo más probable es que Stalin no conociera por boca de Lenin, hasta el día de su muerte en 1924, la venenosa frase de Gorki. Mientras que, inmediatamente después de su muerte, se enteró con toda seguridad no solo de la frase sino del modo en que fue sumida en el olvido. Era extraño, por no decir ignoto, y radicalmente diferente al silencio dictado por el plomo, puesto que, muy al

contrario, abundaban las amabilidades y el sinfín de alabanzas y caricias enternecedoras destinadas a hacerle la corte al gran escritor.

Durante largo tiempo, a Stalin le resultaron incomprensibles aquellas carantoñas. Ahora bien, las suaves maneras que el áspero guía utilizaba con el escritor era posible que hubieran producido idéntica suavización en Gorki. Y cada año que pasaba, el veneno de antaño iba pareciendo más y más inverosímil.

Diez años más tarde, en 1934, Stalin se toparía con un espanto comparable. Su llamada telefónica a Pasternak solo podía ser un alarido de pánico. Como tal, lo quisiera o no, aquella llamada telefónica encerraría numerosos secretos.

No en vano, tres cuartos de siglo después los interrogantes acerca de si todo aquello había o no había ocurrido continuaban. ¿Se había producido la detención, el interrogatorio, la instrucción con uno o más jueces?

En ciertas ocasiones las respuestas parecían fáciles, por ejemplo las relativas a los jueces de instrucción. Que fueran uno o varios no tenía la menor importancia. Sin embargo... Sin embargo, cuando se supo que eran dos los instructores, pero que uno de ellos, el llamado Arkadi Furmanov, era tan diferente del otro, Nikolai Shivanov, que parecía caído de otro planeta, todos se quedaron boquiabiertos. ¿Un falso juez? ¿De otro tiempo? ¿Un subconsciente vestido con toga de juez de instrucción?

Fue bastante más. Arkadi Furmanov era un fiel amigo del poeta y a la vez la persona que interpretaba el papel de instructor en las sesiones en las que Mandelstam, presintiendo su detención, ensayaba cómo responder a las preguntas para no caer en la trampa. Fue, según parece, la primera vez que algo semejante ocurría en Rusia.

Eran muchas las cosas que sucedían por vez primera, sin que tampoco faltaran las que ocurrían por última vez. Las segundas resultaban incluso más estremecedoras, como la llamada telefónica que no se produjo jamás una vez Stalin colgó el teléfono. Pasternak se había abalanzado hacia el aparato para ofrecer una aclaración definitiva, pero al otro lado de la línea no respondió ser viviente alguno. Hasta que la gélida voz de Poskrebyshhev le hizo saber que no debía llamar nunca más a aquel número de teléfono, porque aquel número había dejado de existir en este mundo. ¿Me comprendes?, había repetido. Aquel número había sido creado para una única conversación, la que acababa de tener lugar...

Cuarta versión

Lo mismo que pensaba S. P. Bobrov (tercera versión), pero incluso con mayor certeza, se lo confió a B. Duvakin otro reputado escritor, Borís Shklovski.

—Él (Pasternak) mantuvo correspondencia con Stalin, habló por teléfono con él y no defendió a Mandelstam. ¿Conoce esa historia?

—No. ¿No lo defendió?

—Exactamente. Stalin telefoneó a Pasternak y le preguntó: «¿Qué se dice de la detención de Mandelstam?». Me lo ha contado el propio Pasternak. Él se azaró y le contestó: «Íósif Visariónovich, ya que me llama por teléfono, hablemos de historia, de poesía».

»“Pero yo le pregunto: ¿qué se dice de la detención de Mandelstam?”

»Le dijo algo más. Y entonces Stalin dijo: “Si a mí me detuvieran a un camarada, removería cielo y tierra (*ya by lez stenku*)”.

»Pasternak le respondió: “Iósif Visariónovich, si usted me telefona por eso, yo ya he removido cielo y tierra (*ya uzhe llazil na stenku*)”.

»A tales palabras, Stalin respondió: “Pensaba que era usted un gran poeta; sin embargo, veo que es un gran falsificador”.

»Y colgó. Me lo ha contado el propio Pasternak, llorando.

—Es decir, simplemente se aturdió...

—Se aturdió, claro está. Podía haber suplicado: confíeme ese hombre. Si él hubiera querido. Y el otro podía habérselo entregado... Pero se aturdió. Pues así, ¿me comprende?, ha sido esta historia.

(B. Sarnov no menciona el curioso hecho de que Pasternak hubiera mantenido correspondencia y otras conversaciones telefónicas con Stalin).

Esta anotación es de Izzi Vichnievski. Le hace esta justa objeción a Benedikt Sarnov, al tiempo que él mismo no aclara de dónde sale «el nuevo hecho interesante» relativo al intercambio de correspondencia y al resto de llamadas telefónicas Stalin-Pasternak.

En el texto de la cuarta versión se continúan observando ciertas lagunas. En el párrafo que comienza con la frase: «Le dijo algo más», no queda claro cuál de los dos, Pasternak o Stalin, pronunció ese «algo más».

El propio Pasternak continúa siendo, además, la fuente del embrollo.

Se ha aclarado, entre tanto, el misterio de Gorki. Y asimismo el secreto de los dos jueces de instrucción. No obstante, ni el misterio ni el secreto favorecen al poeta. Pasternak parece caer en picado. El análisis de la conversación telefónica sigue jugando más en su contra que a su favor.

Durante un tiempo cupo la esperanza de descubrir al denunciante. Un denunciante aumenta siempre el peso y la fuerza dramática de la víctima. Según Robert Littell, se había producido una primera denuncia, pero efectuada por una mujer, la actriz de teatro Zinaida Zaitseva Antónova, supuestamente amante del poeta. Pero no fue esto, sino otra cosa, lo que hizo palidecer la sombra de la denuncia.

La actriz era demasiado ingenua, hasta el punto de no ser consciente de lo que había hecho. En el capítulo décimo de su libro *El epigrama de Stalin*, Robert Littell describe una escena ciertamente increíble en la que la actriz, sin malicia alguna, les cuenta a sus colegas lo ocurrido el 20 de mayo de 1934, cuando por la tarde, tras los ensayos, un chequista había llamado a la puerta de su camerino para agradecerle su fidelidad a Stalin. Superado el momento de asombro, el chequista le había preguntado qué tipo de recompensa solicitaba por ello: el pasaporte para viajar al extranjero, una visita a Roma o París, o papeles protagonistas en el teatro. Cuando ella respondió que cumplía con su obligación y que no pedía nada a cambio, el chequista le había dicho que la negativa podía ser malinterpretada, de modo que la actriz solicitó que la ayudaran en su proceso de divorcio. En cuanto a la afirmación de que los órganos competentes sabían cómo mostrar su agradecimiento a «los que trabajan para nosotros», la actriz había respondido: «ignoraba que trabajara para vosotros».

La desdramatización de la denuncia, desde cualquier punto de vista, perjudicaba, incluso

indirectamente, a Pasternak.

La sospecha de que algo no iba bien en esta historia seguía agrandándose. Nadie dudaba de la existencia de la llamada telefónica, mas la cuestión era si el poeta había desempeñado algún papel, ya fuera para bien o para mal. En otras palabras, ¿cómo quedaba el poeta frente al príncipe, frente a la historia y a su propia conciencia?

La paradoja del desdoblamiento de los jueces de instrucción lo sobrepasaba, para cernerse, como se ha dicho, sobre todo el suceso. La duplicidad surgía desde la detención. El arresto de Mandelstam en 1934 no había sido ni el primero ni el único, como podía pensar la mayoría de la gente. Las detenciones, además, no fueron tampoco dos, como los instructores, sino más: tres o cuatro. Incluso durante la guerra civil, Ósip Mandelstam fue detenido en una ocasión por uno de los oficiales del ejército blanco de Wrangel, bajo la sospecha de ser bolchevique, y en otra ocasión lo detuvieron los mencheviques georgianos por ese mismo motivo.

Los internamientos habían sido también múltiples, como las detenciones. Y solo la muerte había sido una.

Que el arresto de 1934 no había sido el primero era fácil de entender en un país como la Rusia soviética. Lo inaudito es que aquella detención no hubiera sido la última.

Su última detención tuvo lugar en 1938. Tras ella llegaría la dama solitaria, la muerte.

De modo que había pasado bastante tiempo desde junio de 1934. ¿Qué había ocurrido entre tanto? ¿Dónde había estado toda esa gente en esos cuatro años? ¿Dónde había estado el propio Mandelstam?

Que había una tara en el calendario era lo menos que se podía decir. Las mentes humanas, con su natural inclinación a comprimir los sucesos, habían unido y convertido en uno los años 1934 y 1938. En tales casos, el descubrimiento de la verdad no puede partir sino de hechos básicos: tiempo y lugar donde aconteció el suceso. En relación con el primero, el tiempo, la detención de Mandelstam había tenido lugar en mayo de 1934. La llamada telefónica de Stalin se produjo en junio de ese mismo año. No obstante, todos los testimonios insistían en que Mandelstam había muerto poco después de la detención. Es decir, todos los testimonios señalaban como año de su muerte el de 1938, sin olvidar mencionar la detención, lo que implica que se trataba de dos diferentes detenciones y en ningún caso de la misma. Lo que asimismo quiere decir que la precisión debía proporcionarla la propia frase utilizada. No se trataba, pues, de «la detención de Mandelstam» en 1934 ni en 1938, sino de «una de sus detenciones», porque, con independencia de las sorpresas que nos reserve el mundo, todavía no había ocurrido en parte alguna, salvo quizá a lo largo de la venidera revolución cultural china, que a un detenido se le detuviera de nuevo durante el arresto... Lo que sería como decir que un muerto se había muerto estando muerto ya.

Este primer reciclaje del tiempo había sido suficiente para que la gente recordara que, tras la llamada telefónica del año 1934, Mandelstam había aparecido de repente en público aquí y allá, e incluso hasta que, en una ocasión, había ido de visita a Peredélkino, ¡y precisamente a casa de Pasternak! En suma, el poeta Mandelstam, tras la famosa llamada telefónica, contra todo pronóstico, había sido liberado. Algo que aún se ignoraba había sucedido y la estruendosa llamada telefónica no había tenido el dramatismo imaginado.

Que algo distinto había sucedido, lo indica un nuevo examen del lugar donde todo aconteció, lo que, como el tiempo, constituye la segunda condición fundamental del hecho. En el caso de la conversación telefónica, mientras el tiempo era el mismo para ambos interlocutores, el lugar

desde donde hablaban no podía ser más que diferente. En el caso Stalin-Pasternak, se sabe que el gran jefe telefoneaba desde el Kremlin, o desde un lugar que se suponía «el Kremlin». El poeta respondía desde su propia casa.

El Kremlin era siempre inmutable: edificio, poder, símbolo. Mientras que la vivienda del poeta no tenía nada que ver con algo parecido.

La llamada telefónica del año 1934 se había producido entre el Kremlin y el apartamento de Pasternak en la calle Volkonska. Lo que afirman al unísono todos los testimonios. Sin embargo, entre los años 1934 y 1938, los del comienzo y final de esta historia, Pasternak se mudó de casa en tres ocasiones.

Los que han vivido bajo un régimen socialista saben perfectamente que mudarse de casa no siempre supone una simple mudanza. En bastantes casos indica otra cosa, positiva o negativa. El ascenso de categoría o su contrario, la caída en picado, iban acompañados como primera señal de algo tan prosaico en la vida humana como «la mudanza».

El apartamento de Pasternak en la calle Volkonska era de lo más corriente que se pueda imaginar para un escritor: un apartamento comunal (*kommunalka*, como lo llaman en el ruso de la calle), con pasillo, teléfono y en ocasiones baño compartido por dos o tres familias.

No mucho después de la llamada, Pasternak consiguió un «cambio de apartamento». Y no para mal, como podía esperarse, sino al contrario. Se mudó a la calle Lavrushkin, a un gran edificio en el que residían algunos de los escritores más célebres de Moscú. Cabe pensar que los apartamentos aquí eran muchos mejores, y, por otra parte, un año después, en 1936, le concedieron la dacha en la famosa colonia de Peredélkino. Esta prerrogativa, reservada únicamente a los escritores de renombre, de no ser tomada como muestra de afecto, sería un indicador cierto de que la llamada telefónica de Stalin no había perjudicado lo más mínimo a Pasternak.

Los enigmas en torno a ella reverdecerían. Quizá se tratara de una llamada telefónica imponente, pero no en el sentido imaginado. Podía ser quizá otra cosa, una interpretación equivocada, derivada tal vez de un error de traducción de la expresión «el montañés del Kremlin», que es posible que se entendiera como «temerario», por no decir «paladín del Kremlin», en el sentido que le daban los caucasianos a los arrojados bravos de las montañas.

Esto último, que podía parecer en principio traído por los pelos, acabaría ocupando su lugar más adelante, hasta el punto de que, tras la caída del comunismo, un estudioso ruso llamado Alexander Anaikin manifestó abiertamente su convicción de que Stalin no solo no se había irritado con el poema, sino que era posible que se hubiera sentido orgulloso de él.

Siempre según Anaikin, los estudiantes mediocres y llenos de complejos en su adolescencia, como Stalin, sueñan con desatar el terror en los demás. En otras palabras, golpeando, eliminando, quebrando a otros. Ese poema, según el estudioso ruso, le habría proporcionado esa satisfacción al tirano.

El estudio de Anaikin no explica sin embargo una contradicción relativa a ambos poetas: Mandelstam y Pasternak. En el desarrollo de esta historia, su destino, la caída, el levantarse temporalmente y la caída de nuevo estuvieron condicionados por un vínculo que los unía. Entre tanto, en 1938, el destino le reservaba a Mandelstam una última detención, tras la cual llegó la muerte. Pasternak siguió en silencio la tragedia del que consideraba hermano de sangre, a la espera tal vez de las consecuencias que pudiera acarrearle a él. Pero no ocurrió nada salvo los

tristes presentimientos. O sucedió algo, pero tan secreto que nunca nadie tuvo noción de ello.

Las dudas, tras haber apuntado en todas direcciones, acabarían por detenerse un día en el núcleo de la historia: el poema. ¿Y si no había sido ese poema el origen de todo, incluyendo la muerte del poeta? ¿Y si había sido cualquier otra cosa?

No sería difícil en este caso imaginar el alarido de ¡basta!

Nos volvéis locos con todas esas... versiones. Todo tiene un límite. ¡Basta!

Y sin embargo...

Quinta versión

Comí con Pasternak...

Es así como comienza esta versión, según Nikolai Vilmont, viejo amigo del poeta (N. Vilmont, *Sobre Borís Pasternak, recuerdos y reflexiones*, Moscú, 1989).

Recuerdo que eran las cuatro de la tarde cuando sonó el timbre del teléfono.

Se narran otros detalles. La voz de un hombre al teléfono: camarada Pasternak, va a hablar con usted el camarada Stalin. La respuesta de Pasternak: no es posible, no diga tonterías. La voz al teléfono: se lo repito, va a hablar con usted el camarada Stalin. La respuesta: no se burle de mí. La voz al aparato: le doy el número de teléfono. Llame usted mismo. Pasternak, palideciendo, marca el número.

Otra voz al teléfono: le habla Stalin. ¿*Khlopochete* (está preocupado) por su amigo Mandelstam? Respuesta: no ha habido verdadera amistad entre nosotros. Más bien lo contrario. Nuestras opiniones divergían. Sin embargo, siempre he soñado poder hablar con usted. Stalin: nosotros, los viejos bolcheviques, jamás negamos a nuestros amigos. Y tampoco tengo intención de mantener una ociosa conversación con usted.

Aquí la conversación se interrumpe. Claro que solo he escuchado lo que dice Pasternak. Las palabras de Stalin no me llegaron, pero me las dijo el propio Borís Leoníдовich. Rápidamente e íntegras. E inmediatamente se abalanzó hacia el teléfono para asegurarle a Stalin que realmente Mandelstam no era amigo suyo y que no fue por miedo por lo que «renegó de una amistad que nunca existió». Esta aclaración, según Vilmont, le parecía indispensable, la más importante de todas.

No hubo respuesta telefónica.

Sarnov subraya que Nikolai Vilmont era en 1934 una de las personas más cercanas a Pasternak, pero guarda silencio sobre lo que llegó a ser ese mismo hombre diez años más tarde, cuando narra la historia.

Una primera ojeada al texto nos permite fácilmente comprender que el narrador Vilmont no se muestra demasiado benévolo con su amigo de antaño. Pero hay otras cuestiones, por paranoicas que parezcan, que resultan completamente normales en un régimen totalitario. ¿No fue sincero con el poeta ya en 1934? ¿No lo fue más tarde? ¿Fue el régimen el que lo transformó? Y, en consecuencia, su presencia al lado de Pasternak, justo cuando le telefoneó Stalin, ¿fue fruto de la casualidad? ¿O se convirtió en «tal» por ese tufo llamado envidia capaz de soportar casi cualquier cosa pero jamás la gloria de otro, aunque este sea un íntimo amigo? ¿Incluso una gloria

tan problemática, con todo lo bueno y con todo lo malo, como la de Pasternak?

Las frases que traicionan a Vilmont son las que narran lo sucedido tras colgar el teléfono el dictador. Según Vilmont, Pasternak se habría abalanzado hacia el aparato para recordarle a Stalin que jamás había sido amigo de Mandelstam. Ahora bien, según el propio Pasternak, en todas las reproducciones del suceso, este habría querido volver a llamar al gran jefe para algo bien diferente, precisamente para aclarar el malentendido relativo a la defensa o no del amigo. Seguro que era partidario de la defensa del otro, a pesar del aturdimiento momentáneo... Naturalmente que él, a pesar de las circunstancias...

Que Pasternak habría querido decir algo semejante es totalmente verosímil. Primero, por el hecho de que insistía en contar este episodio (el intento de telefonar por segunda vez). Segundo, por la permanente amargura que el caso le producía, sobre todo tras la muerte de Mandelstam en el campo de internamiento. (A ojos de todo el mundo jamás cesaba la pregunta: ¿habría podido salvar a su amigo de la tragedia o no?). Tercero y principal, por su intervención ante Stalin, un año después, para salvar al segundo marido de Anna Ajmátova y a su hijo Lev Gumiliov. En la carta que le envía al dictador en 1935, le recuerda precisamente la «crítica» del tirano por su agarrotamiento al teléfono (dicho de otra forma, por haber dejado tirado en el lodo al amigo) de un año antes. Stalin en esta ocasión tuvo en cuenta la intervención (Punin, el marido, y Lev, el hijo de Ajmátova, fueron liberados a la semana de recibir la carta, e incluso el mismísimo secretario del jefe, Poskrebyshchev, llamó a Pasternak para darle la buena noticia).

Finalmente, se mostraba hacia el poeta una cierta temperancia. El testimonio era convincente y lo corroboraban todas las crónicas, máxime cuando se trataba de personas y de hechos conocidos, el hijo de Anna Ajmátova, su segundo marido, la carta de Pasternak enviada a Stalin, en la que se recordaba precisamente la historia de la llamada telefónica.

Y sin embargo, curiosamente, el testimonio no desempeñó el papel fundamental que debía jugar. La razón debió de ser que mientras que todo lo demás levantó una gran polvareda, aquella intervención se realizó sin alharaca ni complacencia. Si no hubiera sido así, el expediente al completo habría adquirido otra resonancia, sobre todo cuando, de los tres principales testigos, Vilmont era el único que no pertenecía a la familia.

El segundo testimonio es de Zinaida Pasternak, la mujer del poeta. Mientras que el tercero le corresponde al poeta mismo, quien, como él mismo afirmó, había sido el causante, por no decir el principal culpable, de todo aquel interminable embrollo.

En el examen de este último, se menciona como razón principal del enredo la turbación. Mas esa turbación perdería de inmediato su importancia al ser considerada un rasgo típico de poetas.

En realidad, aquello de turbación solo tenía el nombre...

A primera vista podía parecer normal. Telefonea de repente el tirano del país. De quien depende la vida y la muerte de cada cual. Por lo tanto, todo el mundo experimentaría cierto grado de turbación.

Pasternak era un reputado poeta. Ahora bien, él se turbó más de lo conveniente. Cuando escuchó al teléfono la voz desconocida que le dijo que Stalin deseaba hablar con él, Pasternak sintió una punzada evasiva, mala. No deseaba aquella llamada. No se la creyó, pero en el caso que nos ocupa, su incredulidad era una forma de evasión. Quería pensar que alguien trataba de burlarse. Por eso pasó lo que pasó: la segunda llamada telefónica y, tras ella, la voz de Stalin.

Pasternak, mientras narra el episodio, no da a entender en ningún momento que «no quería

escuchar la voz del dictador» por razones comprensibles... aspereza, mala sombra, etcétera. Para captar, quizá, con mayor facilidad aquella turbación, sería necesario retroceder hasta aquella tarde de junio de 1934.

Mandelstam, uno de los más grandes poetas del país, está detenido. Todo Moscú no habla sino de esa detención. Cada noche que pasa y cada día que amanece, Mandelstam va adquiriendo rasgos aterradores, misteriosos. Sin embargo, Mandelstam tiene relación con todos los poetas renombrados. Incluyendo, claro está, Pasternak. Casi todo el mundo los imagina como un círculo de amigos junto al cual acaba de abatirse el rayo.

Pasternak tiene motivos para alterarse. El rayo ha caído prácticamente a su lado.

Además, Pasternak tienen otro motivo, esta vez colosal, para aterrorizarse. Dos meses antes, en un encuentro casual en plena calle, Mandelstam le ha leído *algo* suyo... Su primer pensamiento, en cuanto oyó el timbre del teléfono y el nombre de Stalin, voló hacia *aquello*... Lo mismo que pensó cuando oyó por primera vez la noticia de la detención de su camarada. Fue aquello... Que no sea aquello, por favor.

Aún no tenía nombre, lo que lo hacía más aterrador incluso. Según se contó más tarde, Pasternak, sin esperar al final, estuvo a punto de gritarle al autor: olvida que ese... poema... me lo hayas leído a mí. Eso no es arte. Es un suicidio. Yo no quiero ser partícipe de ello.

Por vez primera, aquella calamidad había adquirido nombre, se llamaba «poema».

Pasternak no había sido el único que se había irritado de ese modo. Durante la instrucción, Mandelstam había dado los nombres de todos aquellos a los que les había leído el poema. Mas el nombre de Pasternak no fue citado. Algo que Pasternak no sabía. Y menos Stalin. Incluso ciertos analistas han pensado que el objeto principal de la llamada telefónica del tirano fue precisamente enterarse de si Pasternak lo sabía o no. Stalin no quería en ningún caso que el poema se conociera. Sorprendentemente, en este punto su fijación coincidía con la del poeta.

El poema, como ocurre a menudo con los que brotan del resentimiento, era endeble. Algunos de sus versos parecían *stishki*, lo que en albanés significaría *vjershurina* (coplilla) o más exactamente *bejte* (aleluya). Los hubo que simplemente lo calificaron de provocación.

No solo el retrato de Stalin, sino todo lo demás resultaba tosco, desdeñoso: el estilo, el ritmo y la propia lengua rusa, tan alejada de la de Pushkin.

Kak podkovy kuyet za ukazom ukaz.

Komu v pakh, komu v lob, komu v brov', komu v glaz.

(Como herraduras forja un ucase tras otro.

Quién en la ingle, quién en la frente, quién en la ceja, quién en el ojo).

Una segunda presencia, aparte de la del propio poeta, se siente en estos versos. Se podría decir que el poeta y el tirano están inmersos en ellos, en un estado de insoportable y cegadora claridad, indecisos y temblando ante el mismo terror.

Era el ritmo de la tragedia que, hicieran lo que hicieran, los conducía al mismo punto de encuentro. ¿Quién eres tú para querer saber lo que sé o no sé yo? ¿Y tú, quién eres?

En ocasiones creían que tal vez, hartos ya, podían eludir ese teatro. Pero era imposible. El viejo ritmo seguía permanentemente allí. Y todo se repetía. ¿Quién eres tú que me asustas? ¿Y

tú, quién eres? Finalmente, ¿quiénes somos todos nosotros?

Un pacto ignoto trataba de germinar entre el tirano y el escritor. No era sino una funesta fascinación a la espera de manifestarse en el momento en que el segundo, sin darse cuenta ni él mismo, se quebrara interiormente. Hasta entonces, el otro, el tirano, a ojos del poeta había sido solamente una trivialidad, un error, una infinita negación. Y de repente se había producido una mutación. El desprecio se había esfumado, dando lugar al solapado acuerdo de que a la postre podían llegar a entenderse. De que, al fin y al cabo, su rango les permitía aceptarse mutuamente. Que no era necesario decirle al otro que era menos que nada, incluso siendo tan déspota como era, cuando él, el escritor, podía autoproclamarse lo mismo, ya que al menos sabía ejercer verdaderamente la soberanía... completamente solo... sin ayuda de nadie.

Agotado como pocas otras veces, sentía la necesidad de retirarse al calor de la familia, hasta que descubría que también allí, en el regazo de su esposa, entre las dulces palabras, las más tranquilizadoras eran aquellas que le aseguraban que no debía temer al tirano, puesto que, al fin y al cabo, de los dos el verdadero *tyrannus* era él. Pues el otro no pasaba de ser un imitador.

Sexta versión

Nos acercamos a la mitad de las versiones para alcanzar, al fin, el círculo familiar, en el que, como cabría suponer, las cosas suelen ser normalmente diferentes.

Zinaida Nikolaievna Pasternak, mujer del poeta, estaba enferma de bronquitis cuando sucedió el hecho. Desde la cama, como contó ella misma, escuchó el timbre del teléfono en el pasillo común, desde donde los vecinos llegaron corriendo para anunciar que a Borís Leonídovich lo llamaban del Kremlin. Pero lo que dejó atónita a Zinaida fue el rostro absolutamente impasible, según ella, de su esposo.

«Cuando oí las palabras: saludos, Iósif Visariónovich, me subió la fiebre. Solo escuché las respuestas de Borís totalmente anonadada porque hablaba con Stalin como si estuviera hablando contigo o conmigo.

»Desde las primeras frases entendí que se trataba de Mandelstam. Borís dijo que le había sorprendido el arresto de Mandelstam y que, aunque entre ellos no había habido amistad, estimaba sus obras como las de un poeta de primera clase y que siempre había reconocido sus méritos. Le rogó a su interlocutor que, en la medida de lo posible, aminorara el castigo de Mandelstam y que, si fuera posible, lo liberara. Borís habló llanamente con Stalin, sin triquiñuelas (*bez oglyadok*), sin diplomacia, de forma totalmente directa. Le pregunté a Boria cuál había sido la respuesta de Stalin a su propuesta de conversar sobre la vida y la muerte. Stalin había dicho que le gustaría, pero que no sabía cómo hacerlo».

Según se deduce de este testimonio, Zinaida acentúa, al menos en dos ocasiones, como un mérito de su esposo su muestra de sangre fría, cuando es precisamente la ausencia de sangre fría lo que mencionan todos los demás como una falta.

En relación con la solicitud de una posible liberación de Mandelstam, tal petición no es exacta, como cabe imaginar, puesto que ni el propio Pasternak la comenta y ni siquiera la insinúa.

Fruto de una prolongada congoja y de un doloroso examen de conciencia concerniente a lo que debía haber pasado y sin embargo no pasó, el testimonio de Zinaida Pasternak pertenece a la categoría de lo que, no siendo verdadero, tampoco podría ser calificado de falso.

Fue su esposa durante muchos años. Lo vivieron todo juntos, inseguridades, vacilaciones, angustias. Y hallaron respuesta a las cuestiones comprometidas, trataron de justificarse.

Sin embargo, la sensación de vuelco que suscita el testimonio de Zinaida va más allá de sus motivaciones de cónyuge. Al hilo de su testimonio, surge la pregunta: ¿es exacto todo lo que hemos sabido hasta ahora?; pregunta que se vuelve tremendamente apremiante.

En sus memorias, publicadas en 1993, muchos años después del suceso, Zinaida escribe, entre otras cosas, que pocas horas después todo Moscú se había enterado de la conversación con Stalin.

De estos pormenores se deriva que la iluminación positiva de la escena, el conocido optimismo a la soviética, no había sido sencillamente fruto del estrecho círculo familiar, sino que guardaba relación con la atmósfera general reinante.

El conocimiento en profundidad de la vida de la pareja Pasternak permite a los biógrafos afirmar con rotundidad que Zinaida Nikolaievna no se volvió «un poco soviética» por la presión de las circunstancias, sino porque siempre mantuvo la tendencia al buen entendimiento con el régimen soviético.

En los casos de escritores y artistas que tenían problemas con el Estado comunista, se conocen dos clases de esposas o amantes. Las que estimulaban el descontento de su pareja o, por el contrario, las que trataban de apaciguarlo. En el segundo caso podía deberse a la necesidad de equilibrio espiritual del personaje, o bien de protección frente a las adversidades cotidianas (hijos, destierro a zonas remotas, etcétera).

En la génesis del epílogo de Pasternak, predomina la imagen del escritor aislado contra el cual se alza toda la Unión Soviética, Estado y pueblo al unísono. En este cuadro, la definición de su mujer resulta más que paradójica. Por una parte, ella siempre fue su fiel esposa; por otra, continuó siendo una partícula de la Unión Soviética.

Si alguien le hubiera comentado en vida semejante idea a nuestro poeta, le habría colocado en una complicada situación. Al fin y al cabo, no se excluye que pudiera afirmar que una parte de sí mismo había sido rehén de su propio país en todos los sentidos. Su amargura posterior, cuando hubo de elegir entre el premio Nobel y el destierro de Rusia, parece haber acertado sus días. ¿Y si él, *el otro*, el déspota sufriera también sus propias amarguras? Podrían ser de otra clase, como todo lo que procedía del tirano, si bien no cupiera llamarlas de otro modo que amarguras.

Cansada de la búsqueda de cierta normalidad o de una razón atenuante, en la mente de mucha gente resurgió la imagen del déspota mientras caminaba encorvado en el entierro de su mujer.

No resultaba fácil para un dictador, que dominaba una tercera parte del globo, caminar así, aislado, tras el ataúd de su mujer, que se había suicidado.

Desde ese punto de vista, el resto de los interrogantes, incluidos los de la llamada telefónica poeta-tirano, parecían lógicos. ¿Por qué se hizo? ¿Qué influencia tuvo? ¿Tenía realmente por objeto el tirano aclarar la situación de Mandelstam o solo se trataba de un juego?

¿Un juego de quién? ¿Para confundir a quién?

El alarido: ¡basta, que nos volvéis locos!, podría repetirse indefinidamente en esta historia. Acompañado de débiles exclamaciones de sorpresa: entonces ¿qué fue aquella llamada

telefónica? Y ¿cuál fue la causa de lo que pasó? ¿Un poema, realmente? ¿O algo parecido? O bien, como se repite en los últimos tiempos: un poema, cierto, ¿pero no ese, el que conocemos? Digamos, una oda...

Séptima versión

«Nadia envió un telegrama al Comité Central. Stalin dio la orden de que se revisara el asunto... Después telefoneó a Pasternak. Lo que sucedió a continuación es hartamente conocido... Stalin informó de que se habían dado las directrices y que, con respecto a Mandelstam, todo estaba en orden. Le preguntó a Pasternak por qué no había intervenido (*hllopotal*)».

Este párrafo, aparentemente trivial, es de Anna Ajmátova, el personaje más famoso de todos los testigos. Son frases extraídas de su diario.

Como poco, cabría esperar algo más efectista de la gran dama de las letras ruso-soviéticas del siglo XX. Pero quizás, precisamente por serlo, se mostraba de ese modo, siempre distante, bastante ajena a lo que pasaba a su alrededor, y es por ello por lo que su testimonio resulta, a simple vista, decepcionante.

La escritora más mitificada de su tiempo, cuyo excepcional y primitivo salto a la fama se debió al inolvidable dibujo de su silueta por Amedeo Modigliani, casada desde muy joven con el célebre poeta acmeísta Gumiliov, había llevado, tras el fusilamiento de este en 1921, una vida desordenada como raramente se veía en Rusia.

Compañera perenne de la fama y la desdicha, bella, caprichosa, «reina del Nevá», según sus adoradores, «medio monja y medio puta», según Zhdánov, «la Safo rusa», según otros, «la Anna de todos los rusos», al estilo monárquico-imperial de un joven poeta, conocía y mantenía relación con los dos poetas del momento, Mandelstam y Pasternak.

Con el segundo, se habían dedicado recíprocamente poemas en absoluto inocentes, hasta el punto de que se decía que Pasternak, cada vez que se encontraban, se olvidaba de su propio estado civil y le pedía matrimonio, a lo que ella, naturalmente, se negaba.

Y hete aquí que, de nuevo en su diario, un 8 de julio del año 1963, tres años antes de su muerte, habla de los dos poetas.

«Nadia (es decir, Nadiezhda Mandelstam, la mujer del detenido) había enviado un telegrama...».

Más adelante relata lo que ha oído de la conversación poeta-tirano. «En el caso de que un amigo mío poeta acabara en la cárcel, removería cielo y tierra para salvarlo».

Pasternak le respondió que si no se hubiera movido (*hllopotal*-intervenido), Stalin no se habría enterado de este asunto.

«Pero ¿no es amigo suyo?». ¡Pasternak se achica! Stalin, tras un instante de silencio, vuelve a preguntar: «Pero ¿es un maestro o no?». Pasternak le responde: «Eso no tiene demasiada importancia».

B. L. (Borís Leoníдовich) pensó que Stalin quería saber si conocía o no el poema de Mandelstam. Y es así como explica él su confusa respuesta.

«¿Por qué hablar de Mandelstam cuando yo hace tiempo que deseo hablar con usted?

»¿De qué?
»Sobre la vida, sobre la muerte».
Stalin colgó el teléfono.

Como ocurre con el resto de versiones, también en esta, aunque proceda de un personaje de gran envergadura, aparecen contradicciones. De ellas, la primera y principal sería saber si la narración es directa o se la ha oído contar a un tercero.

La primera de las personas que viene a la mente es Nadia Mandelstam, la mujer del poeta, que fue durante años su íntima amiga. Es posible que ese tímido soplo de esperanza, producto normalmente de la prolongada desesperación, sea bastante más de la esposa del poeta mártir que de Ajmátova.

En el diario de Anna, se habla del suceso como si de una tormenta se tratara; más exactamente de dos, que, aunque pertenecientes al pasado, acabaron siendo inseparables la una de la otra.

Fuera cual fuera el modo en que haya sucedido, la intervención de las mujeres en lo que hoy podría denominarse expediente Stalin-Pasternak llevaría consigo tanto esperanza como desesperanza, tanto gozo como terror.

Lo que sucedía sobre todo cuando aparecía la sospecha y había falta de explicación. Y en tales casos las mujeres no tardaban en aparecer donde menos se las esperaba, en lejanos confines y lenguas remotas, incluyendo en ocasiones la muerte misma.

Como se ha repetido a menudo, Borís Pasternak aún estaba vivo cuando comenzaron las suposiciones sobre qué mujer se ocultaba tras el personaje de Lara Antipova en su novela *El doctor Zhivago*. ¿Era su esposa, Zinaida Nikolaievna, u Olga Ivínskaya, su amante? Tras su muerte, la rivalidad entre ellas, si bien parecía fácil de resolver, se enrevesó hasta volverse un enigma de escala cuasiplanetaria.

El ritual casi se volvía a repetir. Al principio parecía lógico que la mujer de la novela, es decir, «la doctora», fuera la amante, hasta que llegaba el día en que la esposa producía una impresión difícil de rechazar.

Tras el fallecimiento del escritor, ambas seguían vivas, al tiempo que tímidamente, con cautela, casi casi con paso espectral, se aproximaba una tercera rival.

No suele ser frecuente una injerencia así en la biografía de los poetas. Contrariamente a las afirmaciones de los estudiosos y a las certezas de los calendarios, era tan inusitada que habría podido ser calificada de intervención de los pueblos. Pues parecía que solo ellos, los pueblos, podían modificar lo inmutable, aunque ello fuera para largo, para muy largo.

La tercera mujer que se aproximaba a Borís Pasternak era Anna Ajmátova. Quien lo oyera por primera vez no podría evitar una sonrisa de sorpresa. Ciertamente algo así se rumoreaba, pero resultaba tan increíble que se desechaba al instante, puesto que ningún hecho o prueba daba testimonio de ello.

Con el paso del tiempo, la suposición había revivido, sobre todo tras su fallecimiento y sobre todo tras dejar las tres mujeres este mundo. Era como si ahora, llegado el tiempo de los fantasmas, resultara más fácil poner las cosas en su lugar.

A veces parecía fácil: al pueblo ruso, como a todos los pueblos que amaban de corazón la literatura, le satisfacía buscarles novia, a su gusto y conveniencia, a los poetas que idolatraba. En otras palabras, establecer y deshacer nupcias, sin importar que estuvieran fuera de todo tiempo y

de toda lógica.

Las primeras noticias del compromiso de Borís Pasternak y Anna Ajmátova podían haberse propagado, en forma de rumor, durante cerca de cien años, lo que no era tan extraño tratándose de un matrimonio milenario...

Sucede, por ejemplo, que el autor de estas líneas había oído hablar de ello por primera vez cerca de medio siglo después de haber dejado Moscú, en el año 2010. Volví entonces también por vez primera a la ciudad donde había sido estudiante, y en esta ocasión no en sueños, sino realmente. Volveré esta vez de verdad, me repetía, mientras no despegaba los ojos del billete París-Moscú, como para convencerme de que viajaría en un avión y no en el tranvía con cuernos de uno de mis sueños de tiempo atrás, por no mentar aquellas dos criaturas sorprendentes, medio rayos, medio prostitutas, a quienes había suplicado un mes antes que me llevaran en autostop...

Cabe imaginar cómo podía estar yo en mi primer día en Moscú tras medio siglo. Y máxime la primera noche. A medianoche, tras estar cambiando insistentemente de canales de televisión, me detuve, finalmente, en una película que me pareció más o menos normal. Mujeres atractivas, ambiente lujoso, producción rusa.

Es posible que el nombre de «Anna» de uno de los personajes me hubiera pasado desapercibido si no hubieran mencionado en la pantalla un libro prohibido. Durante la conversación, los ojos del autor del libro se entristecían a medida que la mirada de la mujer se hacía más tierna y hermosa.

Se diría que son Anna y Borís Pasternak, pensé. Había llegado a mis oídos, pero de forma muy vaga, algo sobre un posible romance entre ellos. Mientras que en la pantalla eran íntimos, casi amantes, por no decir prometidos.

Al día siguiente no olvidé preguntarle a mi acompañante ruso si, con la apertura de los archivos, se había descubierto algo semejante, pero él no me prestó la menor atención. Incluso añadió: hoy, qué es lo que no se dice de cualquiera.

Una cosa había llevado a la otra, hasta llegar a la llamada telefónica de Stalin, sobre la cual el acompañante tenía una opinión más precisa. Al parecer, había tenido lugar realmente, tal como se decía. Cuando le confesé que estaba escribiendo algo sobre aquella llamada, me respondió: ¡¿Ah, sí?! ¡Qué bien!

Habría querido volver al hipotético romance Anna-Borís y sobre todo a la cuestión de por qué las alcahueterías de los pueblos llegan con tanto retraso, pero algo me lo impedía. Quizás era la palabra «alcahuete», que no recordaba cómo se decía en ruso.

Octava versión

Si bien comienza de nuevo con el nombre de Nadia, Nadiezhda Mandelstam, la mujer del poeta mártir, es esta, sin embargo, la variante más sobria, por no decir la de mayor frialdad sobre el suceso.

En cierta forma es comprensible. Porque si un hilo de amargura, pesadumbre y descontento atraviesa de parte a parte esta historia por todo lo que no se hizo, sería ella la primera afectada.

«Stalin comunicó a Pasternak que la causa contra Mandelstam se estaba revisando y que todo

iría bien. Luego le hizo un reproche inesperado: por qué no se dirigió Pasternak a la Unión de Escritores o “a mí mismo” ni intervino tampoco en favor de Mandelstam...».

Como en la breve descripción de Ajmátova, el testimonio de Nadia Mandelstam comienza con las esperanzadoras palabras de Stalin, lo que significaría que no telefoneó en modo alguno a Pasternak para tomar consejo sobre lo que debía hacer con el *opalnyy* (intrigante) poeta, si castigarlo o perdonarlo, si no por otra cosa.

La cuestión de qué podía ser esa «otra cosa» parecía creada a propósito para pesquisas como estas.

Un análisis imparcial del testimonio revela que consta de dos partes o, más exactamente, de dos motivos. El primer motivo es una información, una noticia sobre una causa que va bien. El segundo lo conforma un reproche o una expresión de ira sobre el mismo asunto.

A simple vista podría parecer que ambos motivos, la buena noticia y el reproche, son contradictorios. Pero de un análisis en profundidad resulta que no solo guardan armonía sino que se reafirman el uno al otro.

En ambos casos Pasternak sale aliviado. En la conversación con Stalin queda claro que este le da una noticia favorable sobre el amigo encarcelado. El reproche, como se acaba de decir, solo acentúa la idea de que se trata de una buena noticia.

Sin embargo, en las memorias de Nadia, la viuda de Ósip Mandelstam, no resulta difícil apreciar la frialdad con que se refiere a Pasternak. ¿Se trata de una coincidencia, de un malentendido, de un sentimiento nacido posteriormente en relación con el compañero de su marido, el colega, el rival, el hombre, en fin, al que todo le salía bien mientras que al otro nada en absoluto?

Ampliamente conocidas, las memorias de Nadiezhda Mandelstam, o, más exactamente, su frialdad, serían decisivas para evidenciar la silenciosa confrontación entre dos genios.

¿Fueron los acontecimientos posteriores los que arrojaron luz sobre las tinieblas, o fue ella misma, como persona más cercana al poeta, la que conocía los secretos que nadie más podía saber?

Cuando la llamaron de la Lubianka, donde él estaba esposado, para preguntarle si quería acompañarlo o no al campo de internamiento, debió de producirse una de las escenas más trágicas de esta historia. Salvo su aceptación a acompañarlo, no sabemos nada más. Desconocemos cómo se desarrolló el encuentro entre ellos, las palabras intercambiadas, las miradas, las vacilaciones de ella, pero especialmente las de él. Ignoramos, sobre todo, el objeto perseguido por este despiadado teatro, vigilado, seguramente, por numerosos instructores (presentes y ocultos). Y naturalmente, tampoco sabemos qué sucedió fuera de escena, las promesas tal vez directas o de doble sentido.

El registro de la casa de Mandelstam durante su detención o inmediatamente después no habría sido menos despiadado. Según Anna Ajmátova, los agentes de la policía secreta revolvían furiosos, y sin mostrar el menor cuidado, los manuscritos del poeta. Esa rabia y simultánea falta de cuidado serían interpretadas después como la evidencia de que lo que buscaban estaba claramente definido: el manuscrito de un poema.

La escena recordaba una fiebre similar de casi un centenar de años atrás, cuando Pushkin, gravemente herido, yacía en el salón de su casa mientras la policía del zar buscaba el manuscrito del poema *Exegi monumentum*. Si en el caso de Mandelstam se trataba de la expresión «el

montañés del Kremlin», que no se sabía si estaba incluida o no en un manuscrito, en el registro en casa de Pushkin se conocía la existencia del manuscrito, pero el quebradero de cabeza no se debía al poema mismo, sino únicamente a una de sus palabras.

Se ha hablado hasta la saciedad de aquel registro, cuyo objeto no era necesariamente la destrucción del poema-testamento, sino simplemente del término *Alejandro*. Tan solo era una palabra, pero nombraba al zar ruso de entonces y resultaba, por ello, algo extremadamente delicado; lo que explicaría la sorprendente presencia en el registro de Vasili Zhukovski, el poeta ruso más conocido de su época. Era Zhukovski, pues, quien, como «supervisor literario del registro», profesión que, al parecer, acababa de venir al mundo, tenía derecho a modificar el texto o, en caso de imposibilidad, a deshacerse de él.

Zhukovski gozaba aparentemente de la confianza del zar, pero sobre todo de la del poeta. Le dolía lo que pudiera pasarle al poema más conocido de Pushkin y apresuradamente, para salvarlo, aprovechando el revuelo del registro, modificó seguramente en el acto la peligrosa palabra. Es decir, cambió la palabra Alejandro por la de Napoleón. En consecuencia, en la comparación entre las dos columnas monumentales mencionadas en el poema, la de Pushkin y la otra, la monárquica, la del poeta no se confronta extrañamente con la del zar ruso, sino con la del emperador francés.

Pero Pushkin no ha menospreciado «la columna del zar». Él simplemente escribe que la columna del poeta, es decir, la suya, «se eleva a más altura (*vyshe*) que la de Alejandro».

Zhukovski se muestra muy cuidadoso en la corrección que realiza. No se mete en dibujos sobre cuál de las dos columnas es la más alta, la del poeta o la del zar. Busca y encuentra otro rey para llevar la disputa lejos, a Francia. Y lo consigue. Su corrección había cumplido su papel, la salvación del poema durante la primera de las tempestades, la más peligrosa.

Más adelante, la corrección de Zhukovski no tuvo larga vida y decayó por sí misma sin que mediara intervención francesa, digamos, para que se sustituyera la columna napoleónica por cualquier otra, británica o turca si acaso. Y ello por la simple razón de que algunas copias del manuscrito habían permanecido, aquí y allá, en manos de amigos, ya en vida del poeta.

En cuanto al dramatismo, no cabía comparar ambos registros, y menos sus consecuencias. En el testamento de Pushkin había bastado con cambiar una palabra para que este se salvara, mientras que en el caso de Mandelstam no solo se buscaba la destrucción del manuscrito, sino que la exigencia iba más allá. Se debía eliminar hasta su recuerdo, e incluso el modo de conseguirlo.

Resulta difícil en tales casos eludir la sonrisa irónica y con ella la idea de que ¿acaso no se exagera en la descripción de lo que se califica de grotesco en cada época?

Entre tanto, la constancia de cosas increíbles, solo factibles en los libros y no en la vida, se transforma cada vez con mayor frecuencia en su contrario: en factibles solo en la vida y jamás en los libros.

Que en una de las callejuelas de «la aldea de los poetas», Peredélkino, se viera paseando y charlando a dos poetas no tenía nada de extraño y era fácilmente imaginable; ahora bien, de saber que no se trataba de Isakovski e Isaac Bábel, ni tampoco de Fadéiev y Pavlenko, se hacía imposible de creer que se tratara de los inseparables intrigantes Pasternak y Mandelstam en persona... Y por si fuera poco, era en el año 1937, de modo que sería lícita la exclamación: ¿son acaso fantasmas los que tenemos delante?

Porque era ciertamente 1937, es decir, tres años después del inolvidable 1934, el año en el que tantas cosas estremecedoras habían sucedido: la llamada telefónica, el aprisionamiento de Mandelstam, su internamiento, además del intento de suicidio, todo lo cual se recordaba vagamente como una historia ya cerrada.

Surgía de inmediato la duda de si los escenarios eran ambos reales. Es decir, si tenían que ver o no con el drama de junio de 1934 y todas sus consecuencias o si se trataba de una febril fantasía, al tiempo que la verdad genuina se daba en la callejuela de Peredélkino en la que dos poetas paseaban como cualesquiera otros poetas del mundo entero.

Mas para enorme asombro, la crónica exacta de los hechos, tal como cabe recordar, no excluye ninguno de los escenarios. Están absolutamente ratificados los tormentos que embargaron a Mandelstam (se conoce incluso la planta y la ventana desde la que se lanzó en 1934 para poner fin a su vida), se sabe de los campos de internamiento y las barracas en las que habría podido morir en silencio. Ahora bien, con la misma exactitud, si no mayor, se ofrece testimonio del escenario opuesto, el del alborozo, la llegada del huésped Mandelstam a casa de su amigo Pasternak, en Peredélkino, donde el segundo tenía su villa...

Dicho de otra forma, se admiten ambos escenarios, de los que dan fe de modo simultáneo los rumores, las noticias periodísticas, los informes de la policía secreta, los investigadores occidentales de la época y del presente. Y lo que resulta más asombroso: se admiten ambos sin reserva, sin adjudicarles la condición de que uno de ellos sea un sueño y solo real el otro.

Los fantasmas paseaban, pues, en 1937 por Peredélkino, charlando, leyéndose incluso algún verso el uno al otro...

¿El mismo hecho pero en dos diferentes aspectos, o dos hechos con un mismo aspecto?

Y como si no fuera suficiente, aparece de nuevo el poema entre ellos. El del alborozo, quizá. O tal vez algún otro. Jamás faltaron las palabras para otro poema. Al contrario que en el primero. Con tanta evidencia que lo evocaba hasta en el título: *Oda a Stalin*.

La mente, queriendo o sin querer, padecía un nuevo tormento. De ser así, ¿por qué Pasternak no se abalanzaba al teléfono para dar la noticia? La noticia de que Ósip M. había escrito, al fin, otro poema, adecuado en esta ocasión y hasta increíble, tanto que para anunciarlo es posible que aún no existiera línea telefónica en este mundo, aunque fruto de la conmoción pudiera ser tendida a propósito...

Salvo que...

El derecho al desconcierto era legítimo. Los signos del tiempo resultaban absolutamente indescifrables, a menudo con doble o incluso triple sentido...

Hacía años que decenas de estudiosos indagaban en aquellos tres minutos del lejano verano de 1934 sin obtener resultados. Se hurgaba en las crónicas, se examinaban las sucesivas versiones. En el año 2014 la prensa israelí conmemoraba el ochenta aniversario de la famosa llamada telefónica; pronto se cumplirá el siglo y todavía queda lejos el esclarecimiento del suceso.

Los enigmas apenas tardaban en reaparecer. Se recordaban, por ejemplo, las múltiples detenciones de Mandelstam, pero ninguna de sus liberaciones. Se llegaba incluso a suponer que la verdadera razón de cada una de las liberaciones solo podía ser la próxima detención...

Y había otros misterios que modificaban, donde menos se esperaba, el código o el mensaje de las cosas.

Y fue, sí, aquel verano de 1934, pocos días después de la llamada telefónica *tresminutos*, cuando, mientras se esperaba la detención de Pasternak, este dirigía, para asombro de todo el mundo, una sesión solemne en el congreso de escritores, el mismo que proclamó con alharaca el realismo socialista soviético-universal.

Continuaba siendo impenetrable la cuestión de los poemas a Stalin. Siempre había rumores sobre dos de ellos: «el malo», el del Montañés, que lo llevó a la tumba, y el otro, «el bueno», el que no lo salvó en absoluto, la *Oda*.

Cuando se hablaba de ellos, normalmente en voz baja, llegaba el momento en que la mirada de los interlocutores evitaba cruzarse. Había algo que no funcionaba en esta historia, pero que no se atrevían a expresar claramente. De acuerdo con la lógica, puesto que uno de los poemas mataba y el otro no, debió de ser la *Oda* el primero en ser escrito. Y después el otro, el homicida.

Sin embargo, si se presta la más mínima atención a la rememoración del hecho, se comprende que sucedió al revés. Todos los datos sostienen que el de «el Montañés» fue el primero de los poemas e incluso que la razón de la llamada telefónica fue él y solo él.

Este tipo de conversaciones terminaban por lo común con un silencio y un profundo suspiro que venía a indicar un escrúpulo del tipo: la culpa la tenemos nosotros por ocuparnos de enredos semejantes.

Circulaban habladurías sobre una fotografía de Lenin, tomada pocos días antes de su muerte, donde eran visibles las huellas de la sífilis. Resultaba increíble, pero Stulpanz, mi compañero de curso, trajo un día la foto de Riga. Jamás había contemplado algo tan desolador.

Esto lo explica todo, dijo. A continuación, cuando yo manifesté mi estupor de que no hubieran hecho desaparecer aquella foto, Stulpanz sonrió irónico. Eso mismo le había dicho él a un amigo, y el otro le había respondido que no solo no se la haría desaparecer sino que iría adquiriendo un valor cada vez mayor. Su explicación era, según él, de lo más sorprendente. Siempre según él, aquella fotografía no solo no perjudicaba a Lenin sino que, al ser la única señal de humanidad de aquel ser que podía tomarse por extraterrestre, era ciertamente posible que en el futuro fuera el único testimonio... a su favor.

Traté de contener un «uf» en mi fuero interno que, sin embargo, a él no se le escapó.

Veo que te resulta exagerado, dijo en voz baja. Lo mismo le había parecido a él en un principio. Pero su amigo le había explicado que tarde o temprano llegaría la hora de desmontar todos los terrores. Incluso a Marx le llegará la vez, añadió más tarde.

¿También a Marx?

Durante un instante nos miramos en silencio.

Pero en lugar de seguir con Marx, me preguntó: ¿qué mosca le había picado a Albania para que, a dos mil kilómetros de la Unión Soviética, se hubiera convertido de repente en su más fiel aliada, justo al contrario que Letonia, que estaba pegada a Rusia?

Me alcé de hombros, puesto que no sabía qué responderle. Él sintió que la conversación me incomodaba, como ocurría cada vez que se mentaba, incluso de soslayo, el servilismo de los pequeños aliados como Albania respecto a Rusia. Me habría parecido la peor de las humillaciones si Stulpanz, que lo sabía, no hubiera añadido, a fin de aplacarme, que Letonia había hecho lo mismo.

Stulpanz me escuchaba pensativo, mientras yo le repetía que, tratándose de fascismo o nazismo, Albania estaba a la altura del resto de países de la familia.

La Albania fascista, musitó entre dientes. En sus estudios sobre Migjeni, había creído percibir algo por el estilo, pero curiosamente la expresión se utilizaba raramente o en absoluto.

Le respondí que tenía razón y que, incluso yo mismo, apenas pronunciadas las palabras «Albania fascista», había sentido que mis labios no estaban acostumbrados a utilizarlas. Lo cierto es que no se mentaba ese periodo abiertamente ni siquiera en la actualidad, pero yo no era capaz de entender la razón. Tal vez tuviera que ver con las turbulentas relaciones entre fascistas, nacionalistas y comunistas albaneses. La consabida historia, repetida en voz baja, sobre cómo al principio los comunistas no se llevaban tan mal con los nazis, pero que les declararon la guerra el día que estos atacaron la Unión Soviética. Y a continuación venía la historia a la albanesa, con los nacionalistas que por rencor a los comunistas se habían unido a los alemanes ya que, aparte de abominar de los koljoses, en su opinión así lo exigían los intereses nacionales.

Stulpanz me escuchaba sin quitarme los ojos de encima. Pensé que tal vez le pareciera exagerado lo que le contaba, e incluso estuve a punto de enfadarme con él puesto que, si yo me había creído lo de la sífilis de Lenin, él estaba obligado a creerse asimismo mis exageraciones.

Como si hubiera adivinado lo que yo tenía en la cabeza, volvió de repente a Lenin, explicándome que, al principio, él también le había llevado la contraria a su amigo en relación con la enfermedad venérea del jefe ruso. Pero que, con independencia de su repugnante nombre, no era, al fin y al cabo, más que una enfermedad, es decir, algo completamente humano, como se solía decir en tales casos.

Yo conocía esta dulcificación del tono que conducía por sí misma a una especie de justificación de la crueldad de la época. Pero Stulpanz, en esta ocasión, estaba más irritado que de costumbre. Según él, Lenin había rebasado todos los límites. No era difícil adivinar que se refería al exterminio de la familia del zar. Cuando el trono cayó, arrasó con todo: zar, zarina, príncipe y princesas de corta edad, nadie lo ignoraba, pero hubo algo peor.

¿Qué pudo haber peor?, le dije.

Siempre hay algo peor, respondió. En otra ocasión te lo contaré y verás como te dejará boquiabierto. Y exclamaré: he aquí tu Lenin y mi Lenin a la vez.

La voz de Stulpanz estaba próxima al sollozo. Escucha, añadió poco después. Si hablo así es porque siento un profundo dolor. Has de saber de principio a fin lo que hizo ese hombre en mi Letonia. Y en tu Albania, sin duda.

Su forma de hablar se iba volviendo cada vez más enrevesada. Y bien fuera porque se percató o para tratar de hacer su confesión más inteligible, comenzó a introducir aquí y allá alguna que otra palabra en albanés, al tiempo que yo pensaba que cabía afirmar que un suplicio semejante aún no se había probado en este mundo: escuchar la narración de un letón en ruso aderezada con un albanés del siglo diecisiete.

Intentaba explicarme que, si acaso parecía que renegaba de su época, lo que en realidad pretendía es que fuera más aceptable. Pienso que también tú habrás tenido ese deseo. ¿O *quia*? El deseo de no sentir tanta vergüenza de esta época puesto que, al fin y al cabo, habíamos pecado por culpa suya. ¿*Asientes a ello*?

Me preguntaste qué podía haber peor que el fusilamiento de las princesas. Imagínate ahora lo que haría el jefe comunista ruso al recibir las noticias procedentes de las provincias remotas, sobre la base de las cuales se debían tomar las decisiones precisas para mejorar la situación del pueblo ruso. Absorto mientras hojea las listas, junto al nombre de cada provincia anota las

medidas a tomar con urgencia para librar a la gente del frío y el hambre, bajo la mirada de sus asistentes, que se maravillan de cómo una mente genial como la suya halla de inmediato la solución para cada caso. En Vorónezh, por ejemplo, bastará con aumentar en un once por ciento los fusilamientos sin juicio previo, lo que no puede decirse que sea necesario en Cheliábinsk. Mientras que en Ekaterimburgo, vieja madriguera antisoviética, por el contrario, un veintitrés por ciento sería insuficiente. Y así sucesivamente, con atención y cuidado paternales hallaría lo más conveniente en cada caso, desde Krasnoyarsk, por ejemplo, y Novosibirsk hasta Samarcanda o el Hoyo del Cuco. Doce por ciento...

¿Te parece insoportable?

Espera, aún hay más. Todas estas cifras y porcentajes pasaban por las manos de Lenin. A menudo acompañadas de un emotivo suspiro, como si se trataran de cartas de amor, de esas que probablemente él no había tenido ocasión de escribir nunca.

Y así había llegado hasta la familia real. Era la primera pregunta que aparecía en el horizonte junto con las primeras señales de la revolución. ¿Qué había que hacer con ella?

La caída, lógicamente inevitable, comenzaba con la del propio soberano, rubricada, necesariamente o no, por Lenin. La misma mano que firmó a continuación la ejecución de la reina. Tras lo cual les llegaría el turno a las princesas. A millones de jovencitas de todo el mundo les agradaba ser obsequiadas con ese apelativo mientras se peinan ante el espejo.

Entre los miles de millones de palabras creadas por todas las lenguas del mundo, era, sin duda, la más dulce y menos peligrosa. No obstante, la mano de Lenin no había retrocedido tampoco ante ella. Estaba convencido de que nada lo haría retroceder, ni siquiera aquellas brujas de nombre encantador. Y había ordenado su condena.

Y hete aquí el último de la lista, pero no en importancia, el zarévich. El hijo del zar. El heredero. El *tronosucesor*. El *tronoperdedor*.

Era sin duda el último objetivo de todo regicida.

Eran centenares los que habían caído sin interrupción. Hasta el punto de que los ojos y oídos del mundo entero se habían acostumbrado incluso a las caídas más insoportables, las de los recién nacidos con corona. No obstante, no te apresures a decir que todo el mundo lo sabía. La mano de Lenin se había alargado para rubricar lo que se sabe y simultáneamente se desconoce: la muerte de un zarévich hemofílico. Es esta una muerte especial. Habría bastado un pequeño rasguño para matar a un hemofílico, y esto Lenin lo sabía. Sin embargo, no dudó ni un instante en dar la orden de que centenares de balas de ametralladora impactaran con otras tantas muertes en el cuerpo del niño monarca.

Y ahora, a este hombre ya en la cima del poder lo imagino algunos años más tarde en una oscura calleja de Zúrich, frente a una pequeña prostituta suiza, medroso, vulgar, mascullando unas palabras en alemán: ¿cuál es tu precio, joven? Asqueroso, ¿no? Y sin embargo este hombre de pelo ralo, comparado con el enervante jefe ruso, el de los porcentajes, parecería angelical en su único instante humano: en vísperas de la sífilis, que compartiría con una pequeña puta europea.

Tardaste, pequeña puta.

Tardaste varios años.

Me sentía totalmente agarrotado, hasta el punto de no captar el sentido de aquellas palabras.

Stulpanz no me quitaba ojo. ¿Qué tardanza o qué error era achacable a la puta de Zúrich mientras le transmitía la sífilis a través de su húmedo bajo vientre?

Nadie podía saberlo, seguramente ni ella misma. De modo que había dejado este mundo solo hiriendo, pero sin acabar de rematar al monstruo.

Stulpanz me pidió disculpas por su delirante forma de hablar, mientras mi pensamiento, hiciera lo que hiciese, se remontaba a Marx, más exactamente a su enfermedad, más terrible aún que la de Lenin, pero Stulpanz parecía tan extenuado que no me atreví a recordársela.

Ya le llegará la vez a Marx, me repetía, mientras trataba de discernir el murmullo del otro. Tres minutos, decía, ¿me comprendes?, ay, hombre, solo tres minutos y por poco perdemos la cabeza intentando descifrarlos; piensa entonces en toda una época, la más alevosa de todas. Y tú me dices que siete versiones serán demasiadas.

Jamás serán demasiadas. Pocas, sí. Repitió las palabras en un albanés aún más antiguo, quizá del siglo dieciséis, del que ya había traducido un salmo.

De cualquiera de sus detalles, allá donde menos se espera, puede surgir el enigma. ¿Te acuerdas del día que hablamos de la Esfinge?

Estuve a punto de soltar un alarido.

Te comprendo. Estas cansado. Todos estamos cansados.

Iósif Sifilisovich Stalin..., dijo poco después. Y añadió algo sobre la época. Había leído un poema de Anna Ajmátova en el que menciona el apocalipsis y las palabras de un ángel: «que el tiempo no será más».

No dirás que debemos darnos prisa, pensé.

Pero él dijo algo totalmente incomprensible. Después añadió que Anna había expresado de nuevo su convicción de que algunos de los poemas de los años cuarenta los había escrito estando muerta.

Aunque ya lo había oído, a punto estuve de gritar que era imposible.

Imposible, repitió él.

Hacía tiempo que esta palabra era utilizada cada vez más frecuentemente por ambos, como si quisiera recordarnos que algo que no era posible estaba ocurriendo precisamente entre nosotros.

¿Sería acaso que nosotros mismos nos estábamos volviendo imposibles el uno para el otro?

Él, yo, los dos... A medida que pasaban los años, una parte de nosotros mermaba cada vez más en el otro.

Entre tanto, nuestras conversaciones seguían presentes en mi mente como antaño. Stulpanz, tú eras mi más íntimo amigo de curso. Pero no necesitas hacerte pasar por muerto. Porque lo estás de verdad...

Hacía tiempo que Stulpanz, tras nuestra partida de Moscú, se había suicidado. Lo que no me impedía continuar con él las conversaciones dejadas a medias. Sobre todo las relativas a la posible disputa entre Albania y la Unión Soviética. ¿Se trataba de una verdadera pelea o de un juego? ¿O de alguna otra cosa? Es decir, ¿no nos volveríamos a ver realmente o solo lo parecería?

Había ocurrido lo más insospechado del mundo. En la prensa soviética, incluida la letona, Albania era calificada ahora de fascista. Quizá le llegara el turno a Letonia de ser calificada de igual modo. Pero Stulpanz en el entretanto ya no estaba. Mientras que yo sí.

Stulpanz Jeronim, el difunto...

Lo quisiera o no, habría de soportar yo solo toda aquella amalgama de tinieblas y luz, pavorosamente entremezcladas como en todos los grandes malentendidos. No eran pocos los momentos en los que me parecía que aquellos tres minutos de Pasternak no eran sino una de mis exageradas manías, de las que mejor haría en desembarazarme.

Pero había otros instantes en los que me parecía lo contrario.

Puesto que me había encontrado cerca, casualmente o no, estaba obligado a hurgar porción a porción en aquellos doscientos segundos fatales en los que el ritmo de la tragedia había hecho que se tropezaran el poeta y el tirano.

Fue, sí, un contacto de mal agüero, que no debió acontecer y sin embargo sucedió, para desgracia de aquellos a los que consideramos nuestros hermanos de sangre.

Por eso nosotros, que algo sabemos al respecto, debemos dar testimonio de ello, incluso cuando este resulte improbable. A cada instante, segundo a segundo... Lo mismo que él y aquellos a los que consideramos nuestros hermanos de sangre habían dado testimonio quizá por él, sin que nadie lo supiera y sin ponerse de parte de nadie. Porque el arte, al contrario que el tirano, no aspira a la piedad. Solo la ofrece.

Novena versión

A cada instante, pues. Sin tomar partido. Y sin piedad. Novena versión. Año 1934. Nadie la pone en duda. Ofrece el testimonio una mujer. La sexta hasta ahora.

De las trece versiones, por lo que se ve, son mujeres en su mayoría quienes las proporcionan.

La primera, esa que durante mucho tiempo se creyó una fabricación del KGB, había correspondido, como se ha dicho, a la actriz Zinaida Antónova, un personaje más tarde olvidado. La décima corresponde de nuevo a una mujer, de la cual lo primero que se retiene es el nombre de Tchaikovsky, pues era su sobrina.

Las suposiciones, en cualquier caso, siempre apuntan hacia las mujeres, las más dulces y simultáneamente las más amargas cuando se trata de explicar lo inexplicable. Y así sucesivamente, comenzando por Helena de Troya.

Los primeros en preguntar quién era la mujer que llevaba aquel nombre eran los niños pequeños. Pero después nadie ignoraba que entre los miles de millones de mujeres de este planeta ella había vivido la más memorable de las historias de amor.

Era fácil de decir, pero bastante menos de comprender y, sobre todo, hacerla creíble.

Insistían en ello, aunque sin prestarle demasiada atención, como ocurre a menudo con los hechos sobradamente conocidos, los poemas homéricos y más tarde las tragedias antiguas. En su interminable ristra de versos, casi mil, plagados de carros de guerra y reyes asesinados, se menciona aquí y allá la historia de Helena como el escándalo más grande de su época.

Ocurre que la necesidad de conocer las zonas secretas del planeta se vuelve más irresistible que su contrario. Había ciertos periodos en los que a los seres humanos les parecía que el mundo que habitaban estaba tan lleno de misterios que de multiplicarse no quedaría lugar alguno donde poder ocultarlos.

Helena de Troya, antes que la heroína de la historia de una mujer que huye de la casa del esposo con su amante para regresar a ella veinte años después, como indica con total precisión su CV, había prendido en la imaginación universal justo por lo contrario. En otras palabras, de sus dos calificativos, «mujer fiel» y «mujer infiel», el arte había elegido el segundo, la infidelidad, dejándole la fidelidad a la vida real (o al realismo socialista, como diría Zhdánov).

Según una lógica más tangible, tras el ruidoso escándalo, de los dos posibles apelativos derivados de dos pueblos en guerra, Helena de Troya por la parte griega, y Helena de Grecia por la parte troyana, lo más probable era que se le adjudicaran ambos. Cada pueblo tendía a ligar su nombre, como si de una calamidad se tratase, al del adversario. Pero más adelante, cuanto la suerte de la guerra cambió y los troyanos fueron derrotados, decayó también con ellos su apelativo de Helena de Grecia para perdurar por los siglos de los siglos únicamente el nombre que conocemos, Helena de Troya.

Desde entonces, habrían de ser millones las palabras y pensamientos instigados por esta novia de la muerte, la cual, incluso cuando regresó a casa de su esposo, continuó llevando el nombre de la ciudad que sucumbió por culpa de ella.

Contra nuestras palabras y preguntas, se alza su silencio, casi absoluto. Faltan incluso los vulgares delirios: llévame. No me lleves. Condúceme a Troya. Pero allí, no. Devuélveme a Grecia. Pero allí, jamás.

No sabemos nada de todo ello. Del mismo modo que ignoramos si aún debemos respetar el silencio de la mujer o si continuamos preguntándonos por todo. Por el famoso rapto, si es que se produjo realmente, por el largo viaje (¿son de Troya las murallas de allá?), por tantas y tantas cosas, salvo por las tumbas de los soldados muertos, sobre las cuales normalmente ni se piden ni se dan explicaciones.

Veinte siglos más tarde, volvemos a ignorarlo todo de una florentina de nueve años, una tal Beatriz Portinari, cuya mirada se cruzó con la de un muchacho a la puerta de la iglesia. Y pasados otros nueve años, el azar la había llevado a sonreírle al mismo muchacho del que no conocía ni siquiera el nombre. Y luego nada. Y después todo.

Ninguno de los dos se volvería a ver jamás. Y naturalmente, tampoco se habrían de tocar nunca. Se casarían con otros. Tendrían hijos. Morirían. Pero el secreto del divino poema, el que ambos crearon en algún lugar de ninguna parte, allá donde nada nace o muere, sigue sin descifrarse.

Tres siglos después, alguien podría encontrarse casualmente con la tercera de las mujeres a fin de continuar la imposible conversación. Tiene un nombre precioso: Dulcinea. La dulce del Toboso. Y le llega a ella el turno de decir: yo no sé nada. Tampoco lo entiendo. Porque al contrario de cualquier otra mujer, yo habitaba en la mente de un loco. No obstante, vosotros dos, tú y el loco, habéis creado la tercera perla de la humanidad, como se suele decir. ¿Me entiende, señora? No, en absoluto. Nosotros no nos hemos tocado jamás. No importa, tú estás en su mente. Pero él la ha perdido, mi señor. Yo estoy sin fundamento en esa historia. Me encuentro, como si dijéramos, de casualidad, en una... demencia.

Hacía siglos que se sabía que la claridad mental o, dicho de otro modo, la razón, y su reverso, la ausencia de ella, se sentían incómodas en presencia la una de la otra. Sin embargo, en ciertas ocasiones era su ausencia la que atraía por encima de todo, sobre todo en el amor y en el arte. La palabra «misterio» no irritaba lo más mínimo a una parte de las mujeres, en particular a aquellas

a quienes resultaba fácil y les gustaba ser enigmáticas. Para esa clase de mujeres era sencillo convertir en armas de seducción un resfriado a comienzos de otoño, que empañaba su voz y las hacía resollar, o una pérdida de visión por causas conocidas. De su estado natural podían pasar, de ese modo, a un nuevo estado, al que los estudiosos rusos habían calificado de «estado de amor», remedando, según una antigua tradición, la expresión francesa «estado de guerra».

Es de suponer que mujeres con tales inclinaciones podían ser excelentes en multitud de cosas, pero no como testigos. A ello se debe que la sexta testigo resultara idónea para respetar el pacto de imparcialidad: era distante, mantenía la sangre fría y, en el caso de que hubiera perdido visión, en lugar de utilizar esa debilidad para poner ojos tiernos, se habría apresurado a visitar al oculista para encargarle las gafas adecuadas, etcétera, etcétera. En una palabra, la sexta testigo, la que no pertenecía a ninguno de los conocidos clanes «enigmáticos», era Maria Bogoslovskaja, o dicho de otra forma, la esposa de Sergei Bobrov, el poeta futurista de la época, del que el lector ya tuvo noticia en la tercera versión de este escrito.

Ella le confía su narración a Viktor Duvakin, el mismo que, en relación con el mismo asunto, ya había grabado en magnetofón a su marido.

He aquí el texto:

«Apenas regresé a Moscú desde el campo de internamiento, quise hacer algo por mi esposo. Conseguir una ayuda, una autorización para que pudiera publicar. Fui, pues, a ver a Pasternak. Al principio la conversación giró en torno a la situación de Sergei Pavlovich (el marido), sobre si podría ayudarle de algún modo... Pasternak de inmediato se ensombreció y dijo que él no tenía ninguna posibilidad. “¿Sabe de mi conversación con Stalin?”.

»No, no sé nada. Y él me lo contó todo. Y añadió: “no me resultó fácil hablar, tenía gente en casa”.

»Stalin le había preguntado qué pensaba de Mandelstam. “Y es ahí donde reside la sinceridad y honorabilidad del poeta”, me dijo Pasternak. “No puedo hablar de algo que no siento. Eso me es ajeno. De modo que le respondí que de Mandelstam nada podía decir”.

»Es decir, ¿Pasternak no dijo: Mandelstam es un gran poeta?

»No, no dijo nada. Eso contó él mismo, que no dijo nada.

»Y se justificó diciendo que no podía mentirse a sí mismo.

»¿Pero cómo recayó la conversación en eso?

»Porque le hablé de varios poemas de Sergei Pavlovich (Bobrov). Me dijo que no eran precisamente esos los que le gustaban de Bobrov. Y además... que no tenía ningún poder para hacer nada... “Usted misma lo comprende, tras aquella conversación mi prestigio (*moy prestizh*) está por los suelos...”».

(Texto según Ósip y Nadiezhda Mandelstam, Moscú, 2002).

Observada atentamente, la primera parte de la narración, esa en la que Maria Bogoslovskaja repite el conocido ritual de las mujeres rusas, quienes, al regreso del campo de internamiento donde está confinado el marido, recorren Moscú de arriba abajo en busca de ayuda, resulta totalmente creíble. Se entrevista con Pasternak y el inicio de la conversación entre ellos es igualmente normal, hasta el instante en el que él «se ensombrece», según ella, y le dice que no tiene posibilidad de ayudarla.

Es ese el instante en el que algo se quiebra entre ellos. Ignoramos si se produjo o no un

silencio por parte de Pasternak. Tampoco contamos con ningún otro testimonio sobre la situación creada ni sobre las preguntas que Pasternak pudo hacerse a sí mismo sobre la sinceridad: le era legítimamente exigida a él, pero ¿eran acaso los demás sinceros con él?

La ingenuidad de Pasternak era conocida. No obstante, fuera esta como fuera, no dejaría de captar que a la sencilla, imparcial, ingenua, etcétera, Maria Bogoslovskaja lo primero que le faltó en este encuentro fue precisamente sinceridad.

Es posible que algo haya captado, si bien no quiso ponerlo de manifiesto por respeto a su colega internado. Sin embargo, tras su pregunta: «¿Sabe de mi conversación con Stalin?» (que pudo ser formulada de forma algo diferente: «Seguramente sabrá de mi conversación con Stalin»), escucha la monstruosa respuesta de ella: «No, no sé nada». Pasternak se contiene de nuevo, en lugar de exclamar: ¿señora mía, habéis hecho dos mil kilómetros para decirme esta mentira? ¿Cómo puede ignorar lo que durante meses ha estado en boca de todo Moscú? ¿Si no usted, su marido Bobrov, a quien nada se le escapa, no se lo habría contado?

Pasternak no solo no le dijo nada de eso, sino que hizo algo inimaginable. Le contó a ella, a Maria, la sencilla, la conversación más diabólica de toda su vida, sin evitar siquiera su peligrosa esencia. ¿Lo hizo para no traicionarse a sí mismo, como afirma, o por respeto al colega, etcétera, etcétera? En ambos casos su sinceridad queda intacta.

Para comprender algo más, resulta obligado retroceder a la tercera versión, uno de los testimonios base, contado por el propio Sergei Bobrov.

El hecho tiene lugar entre Sergei Bobrov y el profesor y crítico literario Viktor Duvakin, muy presente en los acontecimientos de la época.

Bobrov y Duvakin se encuentran solos tras el verano moscovita de 1934, tras la detención de Mandelstam y, claro está, tras la llamada telefónica de Stalin.

Bobrov inicia la conversación.

¿Conoce usted, Duvakin, la historia de por qué Pasternak no defendió a Mandelstam?

Sin esperar la respuesta del otro, Bobrov, como para armarse de coraje, se apresura a decir que ha oído la historia un par de veces.

Varios son los detalles extraños desde el inicio de esta conversación. El primero, a la par de inesperado, es que Bobrov dice saber algo que, según él, Duvakin no sabe. (Ambos forman parte del círculo de Pasternak y no existe constancia alguna de que Bobrov fuera más próximo al poeta que su interlocutor para legitimar lo que se ha dicho más arriba). Otro de los detalles pasmosos es que Bobrov no solo está al tanto de «ese algo» sino que, para subrayarlo, se apresura a decir que lo ha oído un par de veces, incluso en una ocasión de boca de su propia esposa (la sencilla, la discreta, etcétera, Maria). En tal caso, su superioridad (en el supuesto de que el conocimiento de los asuntos de Pasternak se pueda tomar por superioridad) resultaría evidente frente a Duvakin.

La respuesta de Duvakin es la más imprevista que quepa esperar de este diálogo. Al contrario que Pasternak, Duvakin no es ingenuo y sabe cómo conducir las cosas hasta el final. Su respuesta supone una ducha fría para Bobrov. Él no solo sabe lo que le ha sucedido a Pasternak, sino que, al contrario que Bobrov, no lo sabe por su mujer, pues él, Duvakin, lo ha escuchado todo de boca del mismísimo Pasternak.

Duvakin no se detiene ahí. No sale en defensa de Pasternak, pues incluso admite el error del colega, pero sin embargo, ante el cinismo de Bobrov, y sin ocultar su irritación, le hace la pregunta: ¿y tú de dónde has sacado semejantes noticias? (Esas tonterías, esos cuentos). ¿Del

propio Pasternak, como yo, o de otros (Shklovski, digamos)?

Sergei Bobrov se debió de sentir en un aprieto como raras veces en su vida. Las preguntas, por no llamarlas dudas, son múltiples. Las respuestas, casi imposibles. La primera y principal, ¿cuándo ocurrió «el suceso»? ¿Antes del internamiento de Bobrov? ¿Durante, después?

No menos torturante sería la pregunta: ¿por qué? Y son varios los interrogantes, unos incluso más embarazosos que otros. El primero sobre todo: ¿por qué Bobrov se lo cuenta a Duvakin? Pero otros, como ¿cuál fue la verdadera razón por la que envió a su mujer a ver a Pasternak?, no son menos inoportunos.

Entonces, ¿cuándo y por qué?

Rara vez se daba que un «cuándo» y un «por qué» acabaran siendo tan inseparables. Una de las últimas publicaciones de la conversación grabada en magnetofón es de 2002, cuando todos los personajes ya estaban muertos. Sergei Bobrov murió en 1971, por lo que su conversación con Duvakin habría tenido lugar entre 1934 y 1971. Treinta y siete años son demasiados para rememorar un instante tan breve. Pertenece a ese periodo, entre otros, el año *escandinavo* de 1958. Fueron innumerables los que en aquel año fatal lo examinaron todo. Buscaban precisamente el misterio de la llamada telefónica, aunque se hubiera producido un cuarto de siglo antes.

No resulta difícil imaginar la llegada de Maria, esposa de Sergei Bobrov, al campo de internamiento donde su marido debía purgar su pena, tal como le ocurriera a Mandelstam antes que a él.

La llegada de las mujeres rusas a aquel extraño paisaje, que sería en adelante «el suyo», iba acompañada del consabido ritual de tristeza, lágrimas bañando las mejillas, primeros instantes de silencio, hasta desembocar en la pregunta: ¿qué está pasando en Moscú?

La respuesta era a veces compleja y otras innecesaria, por lo que podía ser reemplazada por el gesto de encogerse de hombros. ¿Qué pasaba? Ya se sabía. Todo se iba enrareciendo, comenzando por las llamadas telefónicas y a continuación el resto, como cabe imaginar. El alejamiento de los conocidos, y sobre los amigos, mejor no preguntar... Sin embargo, era evidente que él preguntaría, ella respondería y que la conversación, finalmente, se acabaría produciendo. De los Mandelstam no se sabía nada. De las dos damas tampoco, salvo el rumor de que una de ellas había querido suicidarse, aunque afortunadamente no era cierto. Cuál de ellas, habría preguntado, no creo que fuera Anna. Lo mismo me parece a mí, la otra, Tsvetáieva. También preguntaría por Pasternak, sin duda, pero la respuesta resultaría confusa. ¿Le recuerdan la llamada telefónica del gran jefe? María se encogería de hombros de nuevo. Era probable que esperara el sempiterno reproche de él por su incapacidad para enterarse de las últimas nuevas, pero curiosamente le llegó otra petición de su marido. La mirada abstraída y la palabra «escucha» fueron seguidas de un prolongado silencio. Después repitió «escucha», sin quitarle los ojos de encima, y con voz pausada comenzó a desarrollar algo. Es posible que en algún momento interrumpiera lo que le estaba diciendo para indicarle que no había razones para que desorbitara así los ojos. Ella conocía a Pasternak, de modo que no sería extraño que pasado mañana, a su regreso a Moscú, fuera a verlo... Como cualquiera de las mujeres que tenían a sus esposos en internamiento... Y no hacía falta preguntarse por qué. Resultaba evidente.

Pero era precisamente eso lo que en este caso resulta lo menos evidente. ¿Por qué envió Bobrov a su mujer a ver a Pasternak? ¿Creía realmente que haría por él lo que no lo había hecho

por su amigo Mandelstam? Y finalmente, ¿creía que Stalin escucharía su intervención? Era posible que el propio Bobrov no esperara nada de todo eso. Entonces el interrogante «por qué» habría de resultar más oportuno que nunca. Sería formulado en el primer momento, luego después, y luego perennemente, como el tañido de campana al atardecer, hasta hoy.

Y todo este embrollo por el testimonio de una mujer sencilla, marginal, que de forma espontánea hace surgir la idea de que quizá el principal rasgo de los enigmas del comunismo es precisamente su aparición donde menos se los espera. El hijo que denuncia al padre, la abuela al nieto, al ministro su propio sastre. Los clichés caían en desuso como nunca jamás. Y entre ellos los que concernían a las mujeres.

Entonces, ¿qué hacer? ¿Renunciar a ellos precisamente cuando se iban haciendo cada vez más intrincados, como en el caso de Pasternak?

Nunca jamás.

Décima versión

Olga Ivínskaya. La amante. Sobresaliente, lógico. Rival de la esposa Zinaida Pasternak, en vida, pero sobre todo en la zona celeste del arte. La polémica sobre cuál de las dos podría ser el personaje de Lara en *El doctor Zhivago* fue tan conocida y difundida que su sola mención puede tomarse tanto como muestra de cultura como de lo contrario.

Los enredos del tipo mujer-amante, según un antiguo cliché, se resuelven normalmente en favor de la amante. En el caso de Pasternak, no queda claro. Da la impresión de que si el propio poeta hubiera asumido el papel de juez, se quedaría posiblemente aún más pasmado que en su conversación con Stalin.

«Cuando retumbó (sonó, repiqueteó) el teléfono del Kremlin: con usted hablará el camarada Stalin, B. L. (Borís Leonídovich) casi se quedó mudo». Es este el testimonio de los primeros instantes del suceso, que Olga Ivínskaya ofrece tal como se lo ha oído a otras personas, y principalmente a Pasternak.

Según ella, «el dirigente habló en tono desabrido (*grubovato*), y tuteando como tenía por costumbre. Dime, ¿qué se dice en tus círculos literarios sobre la detención de Mandelstam?

»B. L., tal como acostumbra, en su intento de evitar las cuestiones demasiado tangibles y dispersándose en consideraciones filosóficas, le respondió: “Usted sabe perfectamente que no se dice nada, porque para que fuese así sería necesario que existieran esos círculos literarios. Pero no existen, y nadie dice nada porque todos tienen miedo”.

»Largo silencio al otro lado de la línea telefónica y después: “Bien, entonces dime, ¿qué piensas tú de Mandelstam? ¿Qué piensas de él como poeta?”.

»Y aquí B. L., con sus características vacilaciones, comenzó a decir que Mandelstam y él eran poetas de corrientes totalmente diferentes.

»Cuando B. L. dejó de hablar, Stalin en tono burlón le dijo: “Vaya, no sabes defender a tu camarada”. Y colgó.

»B. L. me ha dicho que en ese momento se quedó totalmente helado por la forma tan humillante en que le había colgado el teléfono y que realmente fue así como se sintió» (Olga

Ivinskaya. *Rehén de la eternidad: mis años con Pasternak*, Moscú, 1972).

Benedict Sarnov llama la atención sobre el tuteo de Stalin, que no cree fruto de la fantasía de Ivinskaya. Ciertamente, su testimonio es el único que ofrece este detalle. De las dos posibles explicaciones: el tuteo como signo de intimidad o de desprecio del tirano desabrido, Ivinskaya elige la segunda.

El propio Pasternak no lo mencionó jamás, o bien no se percató de ello debido al desconcierto o porque no deseaba recordarlo, como ocurre con las humillaciones demasiado hirientes.

Olga Ivinskaya. Amante de Pasternak durante catorce años. Su primer encuentro, según ella, fue en abril de 1947, en las oficinas de la revista *Novy Mir*, donde trabajaba como redactora y se ocupaba de tediosos asuntos relacionados con las publicaciones. Ella, hermosa, rubia típicamente moscovita, treintañera, poeta. Él, famoso, pero inseguro y problemático, aproximándose a la sesentena. Hasta aquí, el cliché resulta familiar. Después, como si soplara un vendaval, todo se desmorona.

Comienza con la esposa del poeta, a quien normalmente se imagina como la perdedora del duelo. No sin cierto temor, «los examinadores» de *Zhivago* ponen de relieve que la rivalidad entre Olga Ivinskaya y la esposa de Pasternak debió de ser todo menos leve. En primer lugar porque Zinaida Pasternak no fue en absoluto una nulidad de mujer, sino al contrario. Son muchos los que recuerdan el inolvidable concierto de su primer marido, el pianista Heinrich Neuhaus, quien de repente se dio de cabezazos contra el piano, estallando en sollozos, porque, como explicaría después, aquel día se había enterado de que su Zinaida mantenía un romance con Pasternak.

Con independencia de la idea difundida más tarde de que los hombres de los años veinte y treinta lloraban con mayor facilidad que los de después, tampoco se podría decir que estallar en sollozos ante trescientos espectadores porque te ha dejado la mujer fuera algo cotidiano.

Bastaría esta declaración a lo Bach (si cabe llamar así el cabezazo contra el piano) para que Zinaida Neuhaus se convirtiera en el romántico centro de atención de la época. Tampoco es difícil de imaginar lo impactante de la historia cuando, tras saberse quién perdió a su mujer, se supo de inmediato quién se la había llevado: Borís Pasternak.

El poeta no solo lo sabía, sino que se encontraba en la sala donde ocurrió el hecho. Y por si no bastara, él, el rival triunfador, hacía lo mismo que el perdedor: lloraba.

Borís Pasternak se casó realmente con Zinaida Neuhaus, lo que no significaba que más adelante no se produjeran nuevas sorpresas en su vida erótica. Entre ellas, la más estremecedora fue, sin duda, la del año 1949, cuando en el apogeo de su idilio con Olga Ivinskaya, se cernió sobre ellos la amenazante sombra de la prisión.

En tales casos, la mente apunta automáticamente hacia el *partenaire* masculino, sobre todo cuando el personaje es imponente y sospechoso de tantas cosas, como Pasternak. Pero curiosamente no fue él, sino la dulce rubia la que había terminado esposada.

Tras la primera extrañeza, la gente recordó que la sorpresa no había sido tan inesperada. En casos tales, fueran cuales fueran las apariencias, e independientemente de a quién se le colocaran las esposas, estas le iban, en primer término, mejor a él que a ella. No era la primera vez ni sería la última que les ocurrían estas cosas a las mujeres hermosas: encontrarse inesperadamente en medio del terror.

En este caso el cliché, menos vulgar y más sofisticado, circulaba del mismo modo: por medio de una mujer hermosa, obtendrían de Pasternak lo que no habían obtenido de los Bobrov, Surkov, Duvakin, las cinco hermanas S. o del último discurso de Zhdanov.

Y en el caso de que no fuera necesario, toda vez que las sombrías ideas del poeta eran sobradamente conocidas, entonces se imponía otra razón: el encarcelamiento de la amante para presionar al personaje. La toma de rehenes era una práctica tan vieja como el mundo. Máxime cuando entonces Olga se había quedado embarazada de Pasternak, lo que convertía su encarcelamiento en doblemente significativo.

Estas razones no impedían que suposiciones absolutamente insensatas surgieran por doquier. Un verdadero embrollo de sospechas y preguntas sobre lo que podía ser Olga Ivínskaya, si una traviesa moscovita o agente de la CIA, como, cada vez con mayor frecuencia, eran descubiertos tales agentes en los últimos tiempos. O peor, agente doble, por no llegar a mentar la suposición de que Olga, contrariamente a lo que pudiera creerse, era una mujer tan fuerte e importante que no habría sido ella la encargada de vigilar a Pasternak, sino Pasternak el encargado de descubrir su secreto...

El caos campaba por sus respetos. Las palabras resultaban incomprensibles, igual que los pensamientos, por no hablar de los hechos mismos. ¿No comprende nada?, había preguntado un buen día el director Meyerhold medio en broma. Para añadir de inmediato: para llegar a comprender algo lea *Macbeth*.

Cierto que el teatro, con mayor celeridad que cualquier otro fenómeno, se entromete en la mente humana. Teatro, terror, horror. En la mayoría de lenguas europeas la palabra «terror» suena parecida. Entre los rumores que circulaban sobre Pasternak, pérfidos en ocasiones, secretas muestras de devoción en otras, se mencionaba su traducción de *Hamlet*, que se llevaba prolongando desde hacía años.

Hamlet, bien como tragedia, bien como personaje, representaba un acto de escisión con la época. La alianza del príncipe danés con el fantasma acentúa incluso más ese divorcio.

Un acto de escisión suscita espontáneamente la pregunta sobre en cuál de los extremos reside la culpa, en el del hombre o en el de la época. Parece más fácil, por supuesto, creer que la culpa es del hombre, incluso de los hombres, por no decir de pueblos enteros, que no de la época.

Una observación más íntima nos permite apreciar que la afinidad Pasternak-Hamlet puede deberse precisamente a la complejidad de las relaciones padre-hijo. Por medio del fantasma, el príncipe Hamlet conoce la verdad de la muerte de su padre el rey. En la historia de Borís Pasternak con el Estado soviético, existía igualmente una muerte, la del hijo que llevaba Olga Ivínskaya en su vientre cuando fue encarcelada. Tanto en la muerte del padre como en la del hijo, el drama era semejante; sin embargo, más que centrarse en el parecido con Hamlet, los investigadores de la época podían haber prestado mayor atención a otro personaje, el Fausto de Goethe, traducido igualmente por Pasternak. Fausto, aparte de una amante encarcelada, Margarita, que recuerda a Ivínskaya, estaba en posesión de algo mucho más secreto y preñado de misterio: el pacto con el diablo. En el mundo comunista, cada vez que se hablaba de escritores de renombre, se pensaba, como era harto conocido, en aquel pacto, si bien raramente se hablaba de él.

Entre tanto, la vida rusa, lejos de cualquier ontología, había encontrado su propia solución. El azar y las circunstancias habían hecho que, tras su aventura de catorce años, plagada de

insospechado dramatismo (como si no bastara su perenne castigo, Ivínskaya había sido encarcelada otra vez con su hija), las tumbas de Borís y Olga se encontraran un día próximas la una a la otra en Peredélkino.

Allá donde siguen, mientras se escriben estas líneas.

Undécima versión

La esperanza de dar con una versión lo más imparcial posible retornaría de forma natural con el testimonio de un hombre totalmente ajeno en todos los sentidos: el destacado filósofo, historiador y diplomático británico Isaiah Berlin.

Una noche en vela con una mujer rusa fue suficiente para dividir la biografía de Isaiah Berlin en dos partes: la inherente, británica, y la otra, la extraordinaria: ruso-soviética.

Cualquiera a quien le parezca exagerada esta comparación cambiará de parecer en cuanto sepa el nombre de la mujer: Anna Andréievna Gorenko, es decir, Anna Ajmátova.

Aquella noche existió realmente. Una noche de noviembre de 1945. En una verdadera ciudad rusa, a la par que soviética, San Petersburgo, alias Leningrado. En el apartamento de la célebre poeta. Una noche en vela, ciertamente. Del mismo modo que son ciertas las palabras de Stalin: «Vaya, nuestra hermana nos mete en plena noche en su casa espías extranjeros».

Parecía que las desgracias jamás abandonarían a Anna Gorenko. Desde el fusilamiento de su primer marido, Nikolai Gumiliov, en 1921, cuando acababa de cumplir los veinte años, hasta el calificativo adjudicado públicamente por Zhdanov cuando tenía cincuenta años de «medio monja, medio puta».

Tras su primer matrimonio, su segundo esposo, Nikolai Punin, acabaría en prisión en 1938 y, como si no fuera suficiente, en ese mismo año sería detenido a su único hijo, Lev Gumiliov. Cabe imaginar la angustia, la infinita tristeza, las largas esperas a la puerta de la prisión previas a las visitas, por no mencionar las sospechas, la prohibición de publicar, la soledad y las críticas venenosas.

Era mucho para cualquiera, y máxime para una mujer. Incluso para una diva, a quien el destino había hecho pagar por adelantado su futura fama, su admisión en Oxford y su tardía gloria universal. Por no mencionar sus comienzos de ensueño, amada por uno de los poetas rusos de mayor renombre y pintada por uno de los genios mundiales del arte, Amedeo Modigliani, en un café parisino de Montparnasse, ni su perenne final, cuando ni los libros, ni los poemas, ni los recuerdos, ni hasta los dramas musicales en su honor, servían en absoluto de contrapeso a su tristeza.

Por volver a Pasternak, a Mandelstam, a la noche en vela e incluso al dicho posterior de Anna relativo a que tal vez la guerra fría Oriente-Occidente había comenzado precisamente aquella noche de noviembre; dicha afirmación, por ingenua que en principio parezca, contenía pese a todo algo de cierto. En una palabra, el primer pensamiento que suscitaba aquella fría noche, tanto entonces como después y hasta hoy incluso, es posible que no difiriera del evocado por Stalin: el erotismo. Se trataba de un enredo, una trampa, un pavor, del que nadie sabía, pero que todos imaginaban. Ni ellos mismos, de ser interrogados, habrían sabido responder con claridad. Existen

versos y palabras de ella al respecto. Aun más de él. El británico no esconde que jamás la olvidó. Él era mucho más joven y vivió treinta años más que ella. En el año 1997, cuando Berlin murió, Anna, de haber estado viva, tendría ciento siete años...

Inmediatamente después de «la noche de Santa Anna», la que cambió su vida, Isaiah Berlin se apresuró a viajar a Moscú para verse con Pasternak. Era aún el año 1945 y sentía que iba a ser expulsado de la Unión Soviética, lo que sucedería realmente un año después, en 1946.

Había una razón más para darse prisa a fin de no olvidarse de nada. Inolvidable como fue, la noche con Anna no cesaba sin embargo de cubrirse de bruma por la cantidad de motivos que habían sido citados en la conversación, una parte de los cuales tenían relación con las idas y venidas en el tren Moscú-San Petersburgo, que Anna hacía normalmente en compañía de su inseparable amiga Lidia Chukóvskaia, hija de Kornéi Chukovski. Todo el mundo sabía que bajo una coral de vías y sirenas, ellas se explayaban contándose las recientes novedades, desde la posible llegada de Rainer Maria Rilke desde Viena hasta el papel que habrían desempeñado los franceses en el suicidio de Maiakovski a través de la hermana de Lili Brik, y otras por el estilo. De este revoltijo es difícil que se librara Pasternak. La misma precipitación del británico para verse con él tras haber dejado la casa de Santa Anna demuestra que el poeta también formó parte de sus interminables confidencias.

«Puedo hablar de esta historia, tal como la recuerdo, tras contármela el propio Pasternak en 1945». Según él, cuando en el apartamento comunal moscovita de la calle Voljonka había sonado el teléfono, aparte de su mujer y su hijo no había nadie más.

Isaiah Berlin ha contado esto varias veces.

Según él, tras una introducción bastante parecida a la de las demás versiones: voz desconocida al teléfono, la suposición del poeta de que alguien quería burlarse de él, la aclaración de que realmente era Stalin quien estaba al teléfono, sigue la pregunta de este último:

¿Estaba Pasternak presente cuando Mandelstam leyó su libelo en verso? Pasternak le había respondido que le parecía irrelevante el hecho de estar o no presente, y que se sentía feliz de hablar con Stalin, pues siempre había sabido que ocurriría y que debían verse para hablar de cuestiones extremadamente importantes. Stalin le había preguntado si Mandelstam era un maestro. Pasternak le había respondido que como poetas ambos eran completamente diferentes y que él apreciaba la poesía de Mandelstam, pero que sin embargo no se sentía interiormente próximo a él, aunque, de todas formas, eso no tenía importancia.

Mientras contaba este episodio, Pasternak se zambullía en consideraciones metafísicas y digresiones, temas sobre los que deseaba conversar con Stalin en un diálogo profundo de contenido histórico. No obstante, pese a ello, Stalin le preguntó de nuevo si había estado presente o no en la lectura de los versos de Mandelstam. Pasternak le había vuelto a responder que lo más importante era la necesidad que sentía de entrevistarse con Stalin y que tal encuentro no debía retrasarse ya que todo dependía de él, pues debían hablar de cuestiones esenciales, de la vida, de la muerte.

«De haber sido yo amigo de Mandelstam, sabría defenderlo mejor», había dicho Stalin, y colgó el teléfono.

«Pasternak trató de contactar con él de nuevo, pero no lo consiguió. Toda esta historia parece haberle causado un profundo sufrimiento: de esta forma, tal como lo he explicado aquí, me lo

contó él mismo al menos un par de veces» (Isaiah Berlin, *Encuentros con escritores rusos. Historia de la libertad*, Moscú).

El británico dice haber escuchado en dos ocasiones la historia de la llamada telefónica de boca del mismo Pasternak. Por lo tanto, lo menos que se puede decir es que en esta historia hay cosas que no están claras.

Son varios los detalles confusos. ¿Había tenido o no había tenido lugar aquella llamada telefónica? En el caso de que hubiera existido, ¿podía ser reproducida exactamente? Finalmente, ¿lo que contaba el poeta ruso fue comprendido correctamente por el británico?

Se trata, sobre todo, de la segunda parte de la llamada telefónica, la que jamás tuvo lugar. O que no podía tenerlo. Más exactamente, que no debía tener lugar.

El enrevesado modo de hablar de Pasternak no contribuía seguramente más que a aumentar la confusión.

Se trata, en este caso, de la demanda que hace el poeta para que se produzca una segunda conversación. De la cortante respuesta del secretario se desprende que no habrá más interlocución telefónica con Stalin.

Esto era lo esencial.

Pasternak tal vez tuvo la sensación de que no llegó a comprender al otro. Quizás el pensamiento de estar a su merced no le había permitido concentrarse.

Lo sorprendente es que, una vez concluye el secretario, cuando el poeta trata de recordarlo todo con frialdad, la incompreensión persista. Incluso las palabras del secretario se vuelven cada vez más escurridizas.

Sentía que habrían de permanecer inmutables por siempre, incapaces de ser reemplazadas por las habituales fórmulas de rechazo: el camarada Stalin lo siente, pero está muy ocupado. O no moleste al camarada Stalin. O incluso peor: lo que se había que decir ya se dijo. Por no llegar hasta: el camarada Stalin no desea hablar más con usted.

Había momentos en los que le parecía que las huellas de aquellas palabras, si bien no pronunciadas por el secretario, se percibían, no obstante, aquí y allí en su modo de hablar.

Venían después otros momentos en los que se reprochaba a sí mismo inquietarse más de lo debido. Él mismo era un gran escritor y no debía devanarse los sesos para adivinar lo que pasaba por la mente de algún otro, ya fuera en Moscú, ya en el Kremlin. Muy al contrario, era él quien formaba parte de los misterios de este mundo, y pues a ellos tanto les interesaban, que los analizaran si querían.

En los últimos tiempos, por ejemplo, el rumor de que Anna Ajmátova había escrito una parte de sus poemas estando muerta se reavivaba cada vez más frecuentemente.

Cuando Pasternak lo oyó, lo tomó por una carantoña verbal, más propia de Anna que de ningún otro. Más adelante, el rumor le fue pareciendo cada vez más lógico, sobre todo al comparar la luz que el arte del realismo socialista debía proyectar, en contraposición a la lobreguez del decadentismo.

Cuestiones estas que se debatían no solo en las reuniones y plenos interminables, sino en todas partes. Las gentes parecían captar cada vez mejor cuánto de compasivo había en la ausencia de luz en el arte. Incluso ya no les costaba imaginarse la congoja que antaño pudo despertar Homero en las viandantes, mientras se detenían a escucharlo en un rincón de la calle.

¡Qué bien canta este rapsoda! ¡Qué desgracia que le falte la vista! Y estaban a punto de decirse: ¡quién sabe qué maravillas compondría si la tuviera!

Se necesitarían tal vez siglos para imaginar su respuesta burlona: lloran la pena por lo que ha sido el más grande regalo que, quizá, haya recibido nunca de los dioses: enceguecer mis ojos. Porque los dioses habían sabido que él no precisaba ni de sus ojos ni de nuestras apariencias, pues era posible que lo perturbaran.

De ese modo se había evocado su ceguera, mas sin determinar si se trataba de un castigo o de un don. El silencio en torno a ello proseguía, lo mismo que el silencio alrededor de la criatura humana más próxima a él, la que nadie mencionaba: la mujer del poeta, la señora Homero. No hay duda de que era ella la que aliviaba la titánica labor del gran lord del arte. También es posible, por ejemplo, que ella hubiese escrito su segundo poema, la *Odisea*, si acaso anduviera falto de tiempo el maestro.

¿Qué poemas había escrito Anna mientras estaba, según ella, muerta? ¿Y por qué continuaba insistiendo en ello?

Cabe interpretarlo como la fascinación por el «oscurecimiento adrede», según se decía y criticaba en los plenos, o quizá fuera algo más profundo. La segunda palabra sugiere abiertamente la amenaza. En los ambientes del Instituto Gorki no solo eran los estudiantes de primer curso los que creían formalmente que el optimismo mostrado por Shólojov lo perjudicaba. Se decía incluso que hasta él trató de moderar, al menos, la alegría en su mirada. En otras palabras, empañar la vista, utilizando gafas mal graduadas, por ejemplo, o algo similar.

Las gentes tenían todo el derecho a menear la cabeza sin entender nada. Esta vasta y resplandeciente patria soviética, se decía. Plagada de pancartas, pioneros y mítines. Y no obstante los enigmas brotaban donde menos se esperaba.

¿Qué eran aquellos ojos que había que debilitar? ¿Aquellas llamadas telefónicas que solo sucedían una vez en la vida? ¿Esos Shólojov con tres ojos... o esas Anna que escribían estando muertas?

¿Qué estaba pasando, pues? ¿No haría falta un ¡basta ya!? ¿Y otra explicación? Naturalmente.

Duodécima versión

¿Qué pasaba?

El tirano se divierte...

Las palabras son de Vladimir Soloviev, investigador de la época, autor del libro *El fantasma que se muerde los codos*, sospechoso de ser agente del KGB, algo que admitió él mismo en 1992.

Palabra más venenosa contra los poetas es difícil que se pueda pronunciar alguna vez en este mundo. Se mezcla en ella la negra envidia que despiertan las gentes del arte con la enfermiza adoración por los tiranos, sus opresores. Y sobre todo, el íntimo deseo de que ocurriera realmente así, que el tirano se divirtiera.

La pregunta misma es malvada, sinuosa, por la simple razón de que lo más retorcido que pueda existir era la materia misma de la que procedía: el dominio.

El tirano y el poeta, por más alejados que cupiera imaginarlos o proclamarlos, eran ambos déspotas. Lo primero que irradiaba la palabra solo podía ser tenebroso: opresión, violencia, destronamiento. Mas el lenguaje humano, como sucede a menudo en casos semejantes, es capaz de crear usos lingüísticos más suaves. El dominante o la dominante puede utilizarse en el mal sentido o adjudicarse asimismo a un genio del arte o a una dulce rubia.

En este sentido, a la páfida expresión: el tirano se divierte, habría que buscarle una versión más exacta: ¿se podría estar divirtiendo el tirano con el poeta? Precizando aún más: ¿se podría estar divirtiendo porque así lo quiere? En otras palabras: ¿conseguiría el tirano arrodillar al poeta? En esencia: ¿lo derrocaría? Si bien lo mismo cabría decir del poeta en relación con el tirano.

En toda esta doble historia, lo esencial son dos elementos: el destronamiento y el trono. Parecen simultáneamente próximos y lejanos. Dos o tres poetas podían compartir el mismo trono, lo que jamás sucedía con los tiranos. Asimismo, que el trono en el arte podía permanecer vacío durante siglos, lo que no era habitual con las tiranías. El momento del destronamiento era aún más sorprendente. Para un rey o, más exactamente, para un reinado era suficiente un breve instante, un apuñalamiento o unas gotas de veneno, mientras que para el poeta hasta un milenio podía resultar insuficiente.

Cuanto más imposible parece la comparación, más crece la manía de seguir inflándola. Se muestra astuta, con dos caras, peligrosa, pero quizá precisamente por ello más cautivadora.

Por retornar a la conversación telefónica con Stalin, al contrario de lo que había esperado Pasternak, el sonido del timbre en el vacío, en lugar de disiparse con el paso del tiempo, se volvía cada vez más inquietante.

Comenzó con la duda de si debía o no pensar más en ello (¿por qué demonios debía devanarse los sesos él y no ellos sobre los detalles de la conversación?). Siguió con lo impreciso de las palabras del secretario y con todo lo demás. Había experimentado una suerte de turbación, naturalmente, pero quizá no tuviera la magnitud que había supuesto. Al fin y al cabo, había hablado con un pedazo de secretario, no con Platón. Y en cuanto al amansamiento de Stalin, si realmente tuvo lugar, no tenía por qué prestarle atención.

Así pensaba, lo que no era ningún obstáculo para que poco tiempo después creyera lo contrario. ¿Qué mal había en rememorar los detalles? Es sabido que de ellos procede con frecuencia lo insospechado. Además, se trataba de cosas esenciales, sobre todo para el destino de Mandelstam.

Y el hecho era de los que no suceden a diario. Habían hablado poco antes por teléfono y ya no podían hacerlo de nuevo. Uno de los interlocutores no levantaba el auricular. Y sin embargo ambos estaban todavía vivos. Pasternak, por supuesto, y Stalin, ¡demonios!, también. Al parecer, el único difunto era un tercero: el teléfono.

Pasternak había alargado su mano hacia el aparato, sin tener claro ni siquiera él mismo si deseaba hacerse con él o hacerlo pedazos. Su mano quedó en suspenso toda vez que precisamente en ese momento el aparato emitió un ruido sordo.

Era la voz del secretario del Kremlin.

¿Qué?, había preguntado Pasternak, al tiempo que el otro, con absoluta frialdad, le expresaba algo denegatorio.

Pasternak creyó haber pronunciado otro «¿qué?», tal vez el mismo, pero aún más innecesario

que el anterior.

Las demás palabras, si bien escasas, todavía parecían más inútiles.

A Pasternak le pareció que había llegado a pronunciar la palabra «malentendido» antes de reiterar su petición de hablar de nuevo con Stalin.

Del otro lado de la línea, la respuesta llegó igual de tajante. El camarada Stalin no... El camarada St... no. El camarada St... no tiene... quizá tiempo... Quizá otra cosa... el camarada St... Simplemente, no quiere...

Todas en conjunto y tal vez ninguna.

Ninguna, naturalmente... no obstante, precisamente entre ellas Pasternak pareció haber escuchado algo increíble.

Incluso más allá de lo increíble, hasta el punto de que cada vez que lo recordaba, le invadía la duda de que quizá solo fuera producto de su imaginación.

Agotado, lo rememoraba todo, hasta que, desazonado, se convencía de que todo había sido verdad.

Lo increíble tenía que ver con una especie de suave concordia, que venía de lejos. La palabra «suave» sin embargo parecía totalmente falsa, puesto que no solo no contribuía a restituir nada del cruel menosprecio con el que se rechazó la demanda de aclaración del poeta, sino que eliminaba cualquier esperanza de ello.

El camarada Stalin... no. El camarada St... nunca. El c. St... jamás.

Según el secretario, aquel teléfono, al contrario que el resto de teléfonos del mundo, había sido creado para una sola vez. Dicho de otra forma, para una única conversación. Más exactamente, para la conversación recién tenida... Inmediatamente después, de una manera que nadie podía explicar, aquel teléfono desaparecería.

Algo tan delirante no se había escuchado jamás.

Los interrogantes de cómo se podía hacer desaparecer un teléfono acabaron por plantearse. Con los detalles: ¿cómo se lograba, desde el cableado de la línea, tal vez, o de forma que la mente no lograba concebir? Porque era aquella la zona inerte, sin duda, el espacio desolado del que había creído saber bastante más que el resto.

En esencia, sin duda. En la profundidad de profundidades. Allá donde faltaban las palabras para nombrar las cuestiones espinosas. Como la de la imposibilidad de encuentro, incluso oral, de los poetas con los déspotas.

Algo sabía, naturalmente, pero no de forma tan inmisericorde. Y se lo hizo saber aquel aparato banal, utilizado por millones de manos humanas, que, de repente, precisamente cuando menos se esperaba, se cubría de misterio.

Era probable que de aquel rumor, como ocurre con las grandes habladurías, se enterase todo Moscú: Pasternak quería hablar por teléfono con el gran jefe, pero fue la naturaleza misma la que se lo impidió.

Cansadas de fantasías, las gentes tenían tendencia a creer que, como si no bastara con el resto de enigmas, estaba escrito, al parecer, que llegaría el día en que el teléfono se autodestruiría tras la primera conversación.

La historia se muestra normalmente parca sobre lo que ocurre entre poetas y tiranos. La verdad es con frecuencia reemplazada por inventivas tan fáciles de recordar como de olvidar.

*Dos locos en Roma son.
Un Séneca y un Nerón.*

Según una antigua costumbre mortuoria (un uso de muerte, como se diría en albanés antiguo), el genial dramaturgo pasaba, de la mañana a la noche, la mayor parte del tiempo en la corte imperial.

Toda Roma hablaba de ello, sin hallarle respuesta a la pregunta de cuál de los dos se divertía con el otro. A simple vista, parece natural que el que se divertiera fuera el emperador. Máxime en el último acto de la crónica que ofrece un Séneca tendido en la bañera mientras se corta las venas, en cumplimiento de la orden dada por el otro de que no ha de salir vivo de allí.

La escena, pues, era transparente: el primer poeta de Roma en la bañera llena de agua caliente, intentando cortarse meticulosamente las venas, lo que, merced al agua caliente, le haría más dulce la muerte. No muy lejos, el tirano de Roma esperando con curiosidad la noticia de cómo iba el suicidio. Entre ellos, decenas de cronistas y espías que iban y venían de acá para allá para ofrecer las últimas noticias: el corte se acelera, se ralentiza, aumenta o disminuye la temperatura del agua, hay cierta esperanza de perdón.

Alrededor, entre tanto, Roma rebulle de nuevas y murmuraciones. La crónica, curiosamente, no manifiesta pena alguna por el dramaturgo. En lugar de congoja por la pérdida del pobre poeta, predomina la idea de que el tirano y el artista se sacan los ojos el uno al otro.

Hace tiempo que Séneca ocupa el centro de las habladurías. Por si no bastaran las dádivas del palacio imperial, hace el amor con la madre del tirano, que es además la tía materna del futuro monarca. Todo indica que Nerón está al tanto, pero el motivo de su «irritación» no tiene nada que ver con eso. Hace tiempo, además, que Nerón ha dado muerte a su propia madre, y en absoluto por esa causa, de modo que esa historia se diría superada por ambos. Sin embargo, el motivo de su «irritación», si bien no parece importante en sí mismo (como la mayoría de impulsos de los tiranos), nos induce a pensar que la memoria de la humanidad, incluso en los casos en los que no siente animadversión, tampoco ha sido indulgente con los grandes poetas.

El cliché de que tal vez no necesiten ser defendidos aparece aquí, seguramente, de la forma más cruda. Y eso lo saben ambas partes: la humanidad y los poetas.

La expresión «dos zares tiene hoy Rusia», que se sobreentiende referida al zar y al escritor más célebre de su país, Tolstói, era de las que parecen concebidas a propósito para designar las altas esferas: poetas, cielos, reyes, que franquean, sin embargo, países y épocas para acabar cómodamente en boca de todos. Lo que resultaba más difícil de concebir era la acogida que se dispensaría a la expresión.

Había dos clases de acogida. La primera, la dispensada por el innumerable ejército de lectores, curiosos y amantes en general del arte libresco. La segunda, la dispensada por los propios rivales, es decir, el escritor y el soberano. En relación con la segunda, cabría decir en primer lugar que, en vez de sentirse halagados por la popularidad, era probable que se irritasen ambos, el escritor aún más, naturalmente, y algo menos el soberano.

Por retornar al océano de lectores, todas las posibilidades apuntaban a que, entre ambos contendientes, estos eligieran al escritor y no al soberano.

La atracción que entraña la paradoja sería el motivo principal, conocido desde hacía siglos.

Rusia no podía tener dos zares, del mismo modo que no podía tener dos cielos ni dos lunas.

Entre tanto, se había producido el milagro de los milagros; alguien que no podía ser reemplazado, el zar, podía sin embargo desdoblarse en un hombre sin corona ni trono, ni el menor signo de realeza.

Es decir, los rivales continuaron siendo la principal curiosidad.

El zar ruso de la época se llamaba Romanov. No existen testimonios del juicio que le merecía Tolstói. Y menos de ninguna comparación con él. (Dos Tolstói tiene hoy Rusia, etcétera).

Sin embargo, el segundo, para su desgracia y nuestro gran pesar, con notable desenfreno verbal, no dejó nada por decir contra su rival. Sus diatribas, que sonarían increíbles e indignas dichas por cualquier otro, todavía sonaban peor en boca del canoso genio ruso.

Dos zares tiene hoy Rusia... la deslealtad que irradiaba la expresión se percibía de lejos. Aunque Rusia, como todo país monárquico, solo podía tener un soberano, el desdoblamiento real en este caso actuaba en favor del pretendiente.

En ningún caso suena la expresión a hostilidad contra el escritor rival. (Rusia ya tiene un zar, no hay necesidad de otro, etcétera). Se mire por donde se mire, la expresión no hace sino reproducir la adoración por el genio de las letras. (Habíamos creído tener el zar adecuado, sin saber de la existencia del otro... el verdadero).

Como sucede a menudo en las ruidosas apuestas, cuando entre los seguidores del vencedor se manifiestan insatisfacciones del tipo: ah, sí... (En este caso: ah, si el triunfador se hubiese mostrado más contenido...).

Con el paso del tiempo, el desarrollo de esta extraña historia o, más exactamente, el deseo de perfeccionarla es posible que hubiera concluido con la pregunta: ¿acaso era posible que el gran Tolstói hubiera estallado de ese modo?

La respuesta habría que buscarla entre dos exclamaciones opuestas: ¡imposible! O bien: ¡posible, ¿por qué no?!

Lev Tolstói no era un hombre introvertido. Sus conversaciones en Yásnaia Poliana, no obstante fueran a menudo delicadas, como las mantenidas con Chéjov o Gorki, eran ampliamente conocidas. Bastaría un simple examen de ellas para descartar los falsos enigmas.

A primera vista, da la impresión de que Tolstói no solo no habla del zar ruso, sino que pertenece al reducido círculo de personas que ignoran la famosa expresión sobre la doble monarquía.

Se habla ciertamente de un déspota de las letras, pero que no es ni zar ni ruso. Se trata de un lejano inglés, que Tolstói no se cuida en absoluto de nombrar, William Shakespeare. Y como los que tratan de evitar malentendidos del tipo: quizá se trate de otro Shakespeare y no del que conocemos, al referirse a sus obras, no se olvida de remarcar *Hamlet* y *Macbeth* como dos de los insustanciales opúsculos de ese dramaturgo sin valor.

Nadie se cree lo que ven sus ojos.

La nulidad del zar que es zar ante la majestad del escritor zar.

Shakespeare ha de ser destronado.

Él no solo no es grande, sino que es poco menos que vulgar.

¿Qué es esta ceguera nunca vista?

En la familia de los genios se manifiestan aquí y allá las señales de la envidia, pero no existe un ejemplo como este.

¿Un ataque de ira? ¿Pérdida del equilibrio? Y por qué no: ¿locura?

No. Los casos son innumerables. Las conversaciones, infinitas. Los interlocutores, serios: Rusia debe abatir a Shakespeare. Y no solo ella. El mundo entero, incluyendo la Inglaterra que lo engendró.

Decimotercera versión (epilogo)

Rara vez se ha hablado y escrito tanto sobre una conversación telefónica. Los análisis de texto han sido innumerables, e igualmente tenaces las interpretaciones opuestas. Los testimonios que los archivos nos proporcionan son de naturaleza tal que, en lugar de ayudarnos a hacer creíble el contenido de la conversación, no solo no lo consiguen sino que nos inducen incluso a dudar de que la conversación misma haya tenido lugar.

En realidad, la conversación telefónica se produjo. El 23 de junio de 1934. Se ha determinado con exactitud el nombre de los dos interlocutores: Iósif Stalin, jefe supremo del Estado más amenazador de la época, y Borís Pasternak, distinguido escritor y a la vez malquisto por ese Estado y por su jefe.

Los archivos indican que la conversación duró tres o cuatro minutos. El texto al completo de cada personaje es claramente identificable en los registros. Las primeras palabras de los interlocutores determinan los lugares desde donde se dirigen el uno al otro. Uno, el Kremlin; el otro, el apartamento moscovita del escritor.

A simple vista, no hay nada oscuro, por no decir «misterioso», en este intercambio de frases. Uno de los personajes, Stalin, le hace varias preguntas al otro, Pasternak, relativas a un tercero, también escritor, cuyo nombre, debido a su detención, está en boca de todo el mundo: Ósip Mandelstam.

Pasternak le responde de determinada manera, pero el jefe se muestra insatisfecho con la respuesta, hasta que finalmente cuelga el teléfono.

El asunto se complica de repente al introducir otra dimensión, la que podría denominarse «zona inerte». Es ella la que acarrea la incompreensión y la neblina que persistirá decenas de años.

Presente simultáneamente en dos zonas imposibles la una respecto a la otra, la historia nos abrumará a todos por su propia imposibilidad. Habrá de ser la campana de alarma de todo cuanto impide que jamás se pueda adormecer la conciencia humana. Ósip Mandelstam ni ha estado ni estará nunca solo en su propia lejanía. Y en ello reside, según parece, lo que, por evitar la rimbombante palabra «inmortalidad», resultaría más fácil y más natural llamar «infinidad» en el caso de Mandelstam y de todos sus semejantes.

Noviembre de 2018

Nota del editor:

Por respeto a sus lectores, el autor ha solicitado del editor la posibilidad de una futura publicación completa de este libro.

Índice

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Primera versión

Segunda versión

Tercera versión

Cuarta versión

Quinta versión

Sexta versión

Séptima versión

Octava versión

Novena versión

Décima versión

Undécima versión

Duodécima versión

Decimotercera versión (epilogo)

Créditos

Título original: *Kur sunduesit grinden. Rreth misterit të telefonimit Stalin-Pasternak*

Edición en formato digital: 2023

DISPUTES AU SOMMET

Copyright © Librairie Arthème Fayard, 2022

All rights reserved

© de la traducción: María Rocés González, 2023

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-474-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Contents

1. [Cubierta](#)
2. [Primera parte](#)
3. [Segunda parte](#)
4. [Tercera parte](#)
 1. [Primera versión](#)
 2. [Segunda versión](#)
 3. [Tercera versión](#)
 4. [Cuarta versión](#)
 5. [Quinta versión](#)
 6. [Sexta versión](#)
 7. [Séptima versión](#)
 8. [Octava versión](#)
 9. [Novena versión](#)
 10. [Décima versión](#)
 11. [Undécima versión](#)
 12. [Duodécima versión](#)
 13. [Decimotercera versión \(epilodal\)](#)
5. [Créditos](#)